

Carmen Clemente Travieso

Luisa Cáceres de Arismendi *Teresa Carreño*

ENSAYOS BIOGRÁFICOS





Luisa Cáceres de Arismendi
Teresa Carreño
ENSAYOS BIOGRÁFICOS

Luisa Cáceres de Arismendi / Teresa Carreño. Ensayos biográficos
1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

Luisa Cáceres de Arismendi (1799-1866). Ensayo biográfico
1.ª edición, Asociación Cultural Interamericana, 1942
2.ª edición, Agrupación Cultural Femenina, 1975

Teresa Carreño (1853-1917). Ensayo biográfico
1.ª edición, Agrupación Cultural Femenina, 1953

© Carmen Clemente Travieso
© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición y corrección

María López

Diagramación

Odalís C. Vargas B.

Diseño de portada

Greisy Letelier

Imagen de portada

Detalle del cuadro de *Luisa Cáceres de Arismendi* (1899) por Emilio Mauri.
Detalle de la fotografía de Teresa Carreño por George Grantham Bain Collection
(Library of Congress). Restored by Adam Cuerden

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-5044-3

Depósito legal: DC2022000684

Carmen Clemente Travieso

Luisa Cáceres de Arismendi
Teresa Carreño

ENSAYOS BIOGRÁFICOS

PRESENTACIÓN

Carmen Clemente Travieso: entre el periodismo y la historia

Generalmente, suele destacarse como logro relevante de Carmen Clemente Travieso el haber sido la primera reportera en nuestro país. Significa lo anterior que salía a la calle en compañía de un fotógrafo, entrevistaba a la gente, reunía datos pocos conocidos, hacía acopio de información fundamental y, a partir de ese contacto directo con los protagonistas del suceso o acontecimiento objeto de interés, ofrecía al público el contenido noticioso.

Sin embargo, importa destacar que esta no fue la única actividad que ella se procuró, es decir, que no se limitó en exclusiva a su compromiso con el periodismo. Fueron varios los campos en donde hizo y aportó al país, y de ellos también se acostumbra tratar. Pues si algo la caracterizó fue una existencia ajena al descanso.

En efecto —además del desempeño reporteril, como quedó visto—, se le valora como promotora de los derechos de la mujer en diferentes ámbitos (educativo, electoral, laboral, maternal...). Como si no le bastara hablar de derechos femeninos en el seno hogareño —para destacar la realidad de un país donde el padre permanecía ausente—, también destinó energía al activismo político (perteneció a la primera célula femenina del Partido Comunista de Venezuela) y fue figura activa en la defensa de los derechos humanos, así como en la organización

gremial. Para dejar en claro que, además, podía aportar en el campo intelectual, colocó el acento en el estudio de la historia patria, sin olvidar la producción literaria con aportes en la cuentística nacional y la poesía. Sin lugar a dudas, ha recibido otras definiciones que, para no dudar, olvido en este instante, pero con lo dicho tenemos un perfil representativo de la venezolana a la que nos acercamos.

Esta caraqueña, que vivió entre 1900 y 1983, acumuló a lo largo de su vida méritos suficientes como para que no queramos olvidarla. Los pocos biógrafos que la han mirado con atención destacan al bisabuelo, don Lino de Clemente y Palacios, vinculado por lazos familiares con el Libertador, como un dato destacable de su ascendencia. Pero, en realidad, esta referencia no parece haber sido para ella cuestión digna de relevancia o, por mejor decir, carta de presentación.

En cambio, sí valoró el trabajo como sinónimo de nobleza, sí vio en el esfuerzo diario la estela de méritos que quiso construir para su propia honra. Entre esos méritos encontramos los aportes que legó para la memoria del país. Por esa razón, entre los enfoques o perspectivas que podríamos privilegiar al momento de estudiar el legado que recibimos de esta mujer, quiero recordar los que se vinculan con su trabajo intelectual. O, para decir más puntualmente, con algunos de sus aportes en el ámbito de la historia.

Con apoyo en la acotación precedente, llamo la atención sobre un aspecto que preciso puntualizar: no ha faltado quien vea a nuestra autora como una destacada historiadora. También ha habido quien la ha valorado como responsable de obras de divulgación histórica. De manera que tenemos dos valoraciones: historiadora o divulgadora de nuestro pasado. ¿Por cuál optar?

Me inclino a sostener que Carmen Clemente Travieso cultivó ambos discursos: el histórico propiamente hablando (la disciplina social que aporta conocimientos sobre el tema que

estudia) y el divulgativo (la persona que toma el aporte de uno o varios especialistas y contribuye a difundirlo). Pues bien, esta mujer dejó un legado como historiadora y, asimismo, como divulgadora de información histórica. Llegados a este punto, vale la pena indagar cómo procedía nuestra autora a la hora de elaborar sus materiales históricos, es decir, cómo procedía la historiadora.

En primer lugar, tuvo acceso directo, inmediato, a una de las mejores colecciones bibliográficas y hemerográficas que se reunió en Caracas por manos particulares. Me refiero a la biblioteca de Rudolf Dolge. Este estadounidense había llegado a Venezuela a finales del siglo XIX. Con el paso del tiempo, se apasionó por el país que lo acogió y, poco a poco, fue formando una de las más prestigiadas bibliotecas privadas que se haya conocido en nuestro ámbito cultural. Actualmente, ese patrimonio pertenece a la Biblioteca Nacional.

Vino a suceder que Carmen Clemente trabajó con Dolge durante quince años. Detalles sobre esa intimidad laboral que, al cabo de muy poco tiempo, se tornó en relación de maestro a discípula, lo refiere la propia autora en un registro memorístico que dio a conocer en *El Universal* (“Emocionada evocación de Rudolf Dolge, norteamericano de Caracas”), al morir este venezolano venido del Norte, en 1950. Entonces, en aquellos anaqueles, tuvo a su alcance libros que fue devorando con vocación de especialista. Los leyó mientras trabajó en esa oficina y los siguió consultando cuando dejó de trabajar para Dolge.

Otra fuente que utilizó fue la misma a la que han echado mano muchos historiadores antes que ella: el contacto directo con los descendientes de personajes que se proponía historiar. Hablaba con ellos, exploraba esa memoria viva y, de ese contacto, obtenía el dato puntual que necesitaba. Por cierto, así habían procedido, antes que ella, Juan Vicente González y Arístides Rojas, por citar dos intelectuales de resonancia imprescindible.

La tercera fuente se la proveyó el Archivo Nacional (hoy Archivo General de la Nación Francisco de Miranda). Precisamente, sobre este repositorio documental escribió en *El Nacional* (“El Archivo Nacional. Fuente original de nuestra historia”), en octubre de 1948. En esos renglones lamenta el poco interés que despertaban los documentos resguardados en ese espacio privilegiado. Y, a su vez, deja ver que para ella sí eran familiares los volúmenes preservados en aquellas estanterías.

Hay que advertir que esas fuentes directas no fueron el único material con los que trabajó. A la par de ellos, se valió de las siempre necesarias fuentes secundarias. Arístides Rojas, por ejemplo, fue una de ellas. De hecho, en algunos momentos escribía libros que se apoyaban exclusivamente en fuentes secundarias. Para ello, ahí estaban los libros de Dolge y de la Biblioteca Nacional. En esos momentos estaba actuando la divulgadora de información histórica.

Entonces tenemos que ella fue historiadora y, como tal, legó libros que, todavía, en muchos aspectos no han sido superados, por ejemplo, su *Mujeres de la Independencia* (1964). Esas páginas son labor de historiadora. Solo basta ver la bibliografía en la que encontró apoyo para llegar a los resultados que arrojó, y no habrá dudas sobre lo que aseguro. (Sirva el momento para hacer esta acotación: he leído tesis de grado y trabajos de ascenso en las escuelas de Historia que no muestran esa exigencia en la compulsión de fuentes consultadas. Ese rigor sí se constata en este volumen de nuestra autora que recuerdo aquí).

Un libro de Carmente Clemente Travieso que cruza la historia y la divulgación histórica es *Las esquinas de Caracas* (1956). Sin duda, representa su obra más consultada y, debo señalar, la que ha sido reimpresa el mayor número de veces. Como su título lo indica, fue un homenaje a su ciudad natal, con privilegio en la historia y el paisaje urbanístico.

En relación con el primer libro que publicó, en 1942, fue *Luisa Cáceres de Arismendi...* (2.^a ed., 1975). Esta es una de sus exploraciones que se ofrece en el volumen actual. Con él demostró la importancia que concedió a la biografía centrada en vidas femeninas. La otra biografía que se reúne en esta oportunidad es la dedicada a *Teresa Carreño* (1953, tiene otras eds.). En realidad, no fueron estos títulos los únicos en este campo; también aportó varios bosquejos humanos en el mencionado *Mujeres de la Independencia. (Seis biografías de mujeres venezolanas)*. Este volumen ha sido incluido en la colección Bicentenario Carabobo e indicado con el número 81 de la serie.

En lo que se refiere al título sobre la esposa de Juan Bautista Arismendi, estaba tan consciente de los limitados aportes que ofrecía en estas páginas divulgativas que, en la primera edición, apela a un subtítulo: *Luisa Cáceres de Arismendi (1799-1866). Ensayo biográfico*. Ahí la palabra “ensayo” puede interpretarse como manifestación de su honestidad intelectual, pues la autora incluye en la bibliografía final un solo registro, *Historia de la Isla de Margarita (hoy Nueva Esparta)*, de Mariano de Briceño. Este libro que ella consultó no había tenido circulación en el siglo XX, pues solo se conoció en el país la edición datada en 1885.

Es decir, me inclino a calificar ese escrito en términos de “glosa” del libro de Mariano de Briceño. Pero debo aclarar que es un glosa necesaria, por cuanto el volumen que le ha servido de base no se resuelve en la fórmula tradicional propia del género biográfico, que va siguiendo paso a paso el tránsito vital de la persona objeto de atención. Me refiero a que la *Historia de la Isla...* tiene excursos —rodeos, podríamos decir— que, a ratos, deja en suspenso el relato vital para analizar acontecimientos sociales, políticos o militares que fueron el telón de fondo de aquellas vidas. Y, además, porque ese libro también habla de la pareja Cáceres-Arismendi, es decir, otorga atención

tanto al militar, a Juan Bautista, como a la mujer que fue faro y guía de aquel núcleo familiar: Luisa Cáceres. Tanto confió la autora de *Luisa Cáceres de Arismendi...* en el libro que le sirve de soporte, o sea, *Historia de la Isla de Margarita (hoy Nueva Esparta)*, que no pone en duda o, por mejor decir, no cotejó datos fundamentales con documentación de la época.

Por esa confianza que le inspira el libro que le ha servido de apoyo informativo, repite la fecha que proporciona Mariano de Briceño sobre la muerte de doña Luisa. Esa data sería el 2 de junio de 1866. Sin embargo, cuando se consulta la prensa de la época, por ejemplo, *El Federalista* (4 de junio de 1866, p. 3) nos enteramos de que el deceso ocurrió el domingo 3 de junio del año indicado.

También constituyó esfuerzo divulgador, el segundo título que se incluye en el presente volumen. Lo publicó en 1953, once años más tarde de su oferta de 1942. Esta vez presenta *Teresa Carreño (1853-1917). Ensayo biográfico*. Y, como en el anterior, insiste en la idea de ensayo y, también, al final, ofrece la bibliografía consultada. Sobre la remisión al género ensayístico, puede derivarse la idea de intento o prueba y, también, la de escrito ligero sin el peso erudito o, si se prefiere, ligero de acopio documental. En todo caso, fue determinante para la escritura de esta pieza la consulta del libro de Marta Milinowski, *Teresa Carreño*, y, además, aportes de José Antonio Calcaño, Arístides Rojas y Juan Bautista Plaza, todos mencionados en la bibliografía final. Posterior a la edición del volumen de Milinowski, varias informaciones que proporciona este material de 1953 han sido sometidos al rigor de los especialistas. Fechas, lugares y aportes se han venido precisando con el paso del tiempo. Por ejemplo, puedo recordar en este momento que las cenizas de Teresa Carreño ya no reposan en el Cementerio General del Sur, como señala el último párrafo de esta biografía, pues en 1989 fueron trasladadas al Panteón Nacional.

Es importante acotar que las biografías sobre venezolanas no abundaron en el siglo XIX: ni escritas por hombres ni tampoco por mujeres. Aunque, para hablar con justicia, ellos dedicaron más atención a esta materia que ellas. En realidad, el interés por la vida de las venezolanas se fue definiendo muy lentamente.

Por ejemplo, Juan Vicente González apenas recordó, en un par de líneas, los méritos intelectuales de la caraqueña doña Catalina Oriola, a finales de la colonia; en el presente preferimos más noticias al respecto pero, sin dudas, fue un comienzo. Sobre ella solo destacó, en 1865, el autor de la *Biografía de José Félix Rivas* que era “jóven hermosa i de tanta instruccion, que la llamaban ‘la ciencia’” (ortografía original). De los años finales del XVIII e inicios del XIX, destaca Arístides Rojas a Manuela Olano; los datos biográficos que ahora se proporcionan a lectores interesados son más prolijos de los que vemos en González y, además, no solo se detiene, como en la remembranza de 1865, en la belleza física de esta caraqueña y en sus destacadas dotes intelectuales, también pone de relieve su manifiesta vida pública en la Caracas de entonces.

Al llegar al cierre del XIX, el panorama comienza a mostrar perspectivas más esperanzadoras para nuestro interés. Mencioné la *Historia de la Isla de Margarita...*, libro que, aunque la edición más conocida es de 1885, ya estaba concluido en julio de 1870, de acuerdo con información que proporciona *La Opinión Nacional*. Por su lado, Arístides Rojas había escrito el año anterior, en *La Nación* (septiembre de 1884), su biografía sobre Eulalia Ramos Sánchez de Chamberlain, texto que recoge Miguel León Rivero y, adicionado con otros documentos, publica en 1925.

En la década siguiente, continúa el interés en las biografías de venezolanas. En el folleto *Semblanzas zulianas*, de 1891, Juan Antonio Lossada Piñeres reunió noticias referidas a doña Ana María Campos. Cuando cerraba el siglo, Manuel Landaeta

Rosales escribía varias semblanzas de esposas de presidentes; era el año 1900. Por su lado, el diario caraqueño *El Tiempo*, concedía espacio en sus columnas para otros rasgos biográficos de venezolanas.

Hemos arribado al siglo XX. En esa centuria se hace evidente la necesidad de conocer qué habíamos legado nosotras para la historia de nuestro país. Es así cómo el presbítero Rafael Lovera Solano escribe unas *Páginas patrióticas*, que publica en 1911, donde incluye una breve semblanza de Luisa Cáceres de Arismendi. Emilio Constantino Guerrero también obsequia en el recuerdo a Luisa Cáceres en *Los héroes de la epopeya*, libro que alcanzó segunda edición en 1915. Hasta hubo una tesis de grado en la UCV sobre esta caraqueña asentada varios años en Margarita, la presentó C. García Salazar en 1939. Sumo a esta lista el folleto de Luis Alfredo Colomine, *Breve biografía psicológica de Dolores Vargas*, que se leyó en 1945; versaba sobre la viuda de Rafael Urdaneta.

He organizado este rápido recuento que, desde luego, no agota el punto que pretendo demostrar: la acentuada atención en la biografía centrada en las venezolanas. Lo característico es que son autores quienes concretaron la tarea. No hay biógrafas, tal como hemos visto.

Y, repentinamente, surge Carmen Clemente Travieso y es ella, mujer autodidacta, con un dominio de la escritura que la sitúa en el grupo de los destacados de esos años, quien toma para sí el género, lo moldea, lo hace suyo y lega al interés de un público no especializado en historia, biografías de lectura amena, amén de instructivas, para la memoria de todos los venezolanos.

MIRLA ALCIBÍADES
agosto, 2022

I

Luisa Cáceres de Arismendi

TERCER CONCURSO FEMENINO VENEZOLANO

VEREDICTO

Los abajo firmados, nombrados Jurado para conocer del mérito de los trabajos concurrentes al Tercer Concurso Femenino Venezolano, en materia de Ensayo, Crítica, Historia, etc., promovido por la ASOCIACION CULTURAL INTERAMERICANA, reunidos en el Local de la Asociación hoy, 3 de marzo de 1942, dictamos el siguiente Veredicto: Hemos examinado el único trabajo presentado para este Concurso, titulado: "Luisa Cáceres de Arismendi—1799-1866", y considerando que reúne las condiciones exigidas por las Bases del Concurso y que además tiene mérito suficiente para merecer el Premio acordado, así lo declaramos.

En Caracas, a 3 de marzo de 1942.

(Fdo.) Lucila L. de Pérez Díaz.

(Fdo.) Cristóbal Benítez.

(Fdo.) Héctor Cuenca.

Abierto por la Junta Directiva de la Asociación Cultural Interamericana, en presencia del Jurado, el sobre correspondiente al lema de la obra premiada, se halló ser su autora Carmen Clemente Travieso.

Nota a la segunda edición

Como un homenaje a la mujer venezolana, en este Año Internacional de la Mujer, la Agrupación Cultural Femenina edita este libro de Carmen Clemente Travieso, y la Editora San José tiene el privilegio de realizar su impresión.

La obra de Carmen Clemente Travieso es suficientemente conocida en nuestro país, pues ha erigido una valiosa contribución al rescate de nuestros valores históricos; rescate por demás necesario en esta etapa de penetración cultural y de pérdida de la fisonomía nacional, como hechos complementarios de la dependencia económica que nuestro pueblo debe romper para alcanzar su pleno desarrollo.

La posición humana y política de Carmen Clemente Travieso no ha estado nunca desvinculada del sentido de su obra. Su presencia en las luchas del pueblo venezolano ha sido activa. Siempre ha estado al lado de los oprimidos y los marginados y por ello, siempre hemos contado con su esfuerzo creador en las luchas específicas de la mujer.

Al lado de un valioso grupo con preocupaciones sociales, Carmen Clemente Travieso fundó, en 1936, la Agrupación Cultural Femenina, organización de dilatada trayectoria no solo en las movilizaciones femeninas por el derecho al sufragio y por la reforma del Código Civil, sino en todo el proceso político venezolano.

Cuando en 1975 estamos celebrando el Año Internacional de la Mujer y recibimos el homenaje, como mujeres que somos, de este distinguido y consecuente grupo que es la Agrupación Cultural Femenina, no podemos sino pensar que el homenaje solo puede ser recibido en la medida en que reconozcamos el compromiso que tal hecho reviste, porque implica continuar una trayectoria en la cual mujeres como Carmen Clemente Travieso, y sus compañeras de la Agrupación Cultural Femenina, se han hecho merecedoras del reconocimiento más profundo de las antiguas y las nuevas generaciones.

ESPERANZA VERA

Prólogo

Este ensayo biográfico sobre la vida de Luisa Cáceres de Arismendi, escrito por Carmen Clemente Travieso, es más que un libro como otro cualquiera. Es un símbolo. Representa el eslabón que une dos épocas en la civilización venezolana. La época heroica —llena de luchas casi sobrehumanas por lograr una patria independiente— y esta, de luchas no menos heroicas por conocer y mejorar esa misma patria. Es la vida de una mujer de ayer vista por una mujer de hoy.

Comprender y desdoblar frente a nosotros esa vida de dolor y sacrificio, presentarnos el cuadro de esa juventud delicada y fuerte que supo mantener, sin rendirse ni doblegar su dignidad, la actitud erguida de sus convicciones y de su amor, no es solamente narrar, es también ejemplificar.

Decirnos hoy: “Todo esto lo hizo una mujer, una niña de dieciséis años”. Y lo hizo en aquel tiempo, cuando no se estudiaba ni se leía tanto; cuando no se recibía a cada instante, por la prensa y por la radio, la palpitación tumultuosa del mundo; cuando la instrucción de una joven no llegaba más allá de algunos conocimientos elementales; cuando la vida casi claustral de los hogares no permitía entrever lo que sucedía en el resto de la sociedad. Y aquella mujer, aquella niña, luchó de este modo; supo sacar de su frágil cuerpo de muchachita mimada,

de su mente, casi ayuna de lecturas, el valor extrahumano que se necesita para sacrificarlo todo, hasta lo más arraigado en el sentimiento femenino: su instinto maternal. Años de dolor, prisiones, humillaciones, hambre, destierro, soledad. Y ella firme y alta frente a su deber, como si hubiera sabido que estaba modelando en carne viva y alma propia el ejemplo para siglos venideros.

Contarnos hoy todo esto es clavarnos en el pecho una interrogación cargada de responsabilidades: “¿Y nosotros qué hacemos?”.

Porque si esos sacrificios se hicieron por la patria, la patria está aquí con nosotros todavía. Crecida en su función de humanidad, de célula consciente en un mundo que lucha por el progreso. Y si ya no la atan cadenas, sino lazos de solidaridad y responsabilidad con los pueblos del mundo, hoy sus ataduras son todo aquello que la retrasa en marchar a la par de las demás naciones; lo que la rebaja y deprime ante sí misma y ante los otros países. Hoy sus cadenas son el analfabetismo, la despoblación de sus tierras, sus campos sin cultivo, sus niños abandonados, todo lo que la dilacera y la ata a una posición de inferioridad y atraso, aun en medio del adelanto que ha logrado alcanzar en la hora actual.

Luchar por mejorar todas esas condiciones; sentir en corazón propio el eco doloroso de estos problemas; romper estas cadenas de hoy, constituye nuestro más urgente deber.

Deber. Ante esta palabra se nos ocurre considerar un punto: pensamos que en la mente de Luisa Cáceres no llegaba a alzarse con relieves firmes y rotundos la idea primordial de la palabra patria. Creemos, más bien, que ella sentía arder como una quemadura honda el sentido claro de la palabra *deber*. Bien pudo Juan Bautista Arismendi decir y sentir aquellas duras y heroicas palabras: “Sin patria no quiero esposa”. Pero ella, joven y tierna, quizás solo sentía que su esposo luchaba por algo grande que

ella debía secundar. No pensaba estar haciendo labor de patria, sino cumpliendo un deber. Y sobre esa línea recta de la palabra *deber*, marcaron sus pies la huella de sangre y de gloria que nos dejara como un camino a continuar.

Esta lección rediviva y sublime del deber es la que recogemos en el libro de Carmen Clemente Travieso. Y nos place que sea una mujer, y una mujer de esta generación preocupada y luchadora, quien lo haya escrito, abonando así algo a la enorme deuda que tenemos contraída con aquellas hermanas del pasado.

No podemos dejar sin una cálida palabra de aplauso la labor de la Asociación Cultural Interamericana, por su valiosa cooperación a la cultura venezolana y a la divulgación e intercambio de esa misma cultura entre los países hermanos. Anualmente celebra estos concursos donde se premia el esfuerzo intelectual de nuestras escritoras. Así han triunfado varias compañeras, y tenemos ya un número de libros en circulación editado por cuenta de la Asociación. Efectiva labor de progreso que bien merece estímulo y apoyo de todos los que quieren un ambiente mejor para nuestro desenvolvimiento intelectual.

Para la compañera Carmen Clemente Travieso, mis entusiastas congratulaciones por el triunfo obtenido en este año con su trabajo histórico. Y la expresión convencida de que si sigue trillando el camino que hoy con tanto éxito comienza, sabrá desentrañarle a la historia el oculto latido de vida y renovación que esconde en sus pliegues, pues bien sabemos que lo grande de la historia no es tanto enseñarnos el pasado como indicarnos el camino hacia el porvenir.

LUISA DEL VALLE SILVA DE BRAVO

A los millares de mujeres anónimas que ayer trillaron los caminos de la patria ensangrentada en pos de un ideal de libertad, y cuyos nombres y gestos magnánimos no ha recogido la historia.

A los millares de mujeres anónimas de mi pueblo, heroicas, sacrificadas e ignoradas, cuyos nombres y gestos magníficos no podrá recoger la historia.

A las compañeras de la Agrupación Cultural Femenina.

A Cecilia Clemente Travieso, hermana y compañera ejemplar.

Durante los años de 1814 a 1819 de nuestra historia patria, se destaca con vigorosos relieves la figura de la esclarecida venezolana Luisa Cáceres de Arismendi, esposa del coronel margariteño, Juan Bautista Arismendi.

Pertenece Luisa Cáceres a ese escasísimo número de mujeres cuya experiencia en el dolor de la vida se limitó a un breve lapso. La época de su vida, desde los quince hasta los diecinueve años, fue una continua sucesión de dolores y sufrimientos; y en esos cuatro años, su figura cobra un recio perfil de tragedia, que destruye sus ilusiones de joven, y la proyecta sobre la inmortalidad, haciendo eterno su nombre en la historia de la emancipación venezolana.

I

Luisa Cáceres era la hija mayor de don Domingo Cáceres, natural de Caracas, y de su esposa, doña Carmen Díaz. Sus dos hermanos menores se llamaban Félix y Manuel Cáceres.

Luisa nació en Caracas, el día 12 de septiembre de 1799. Siendo hija única fue educada en medio de los solícitos y tiernos cuidados de sus padres, creciendo en un ambiente de austeridad y aislamiento.

Es educada para ejercer el sagrado ministerio de esposa y madre. Por el atraso en que se encontraba la instrucción pública en esa época, su espíritu no fue cultivado, aprendiendo solamente a leer y a escribir y todas aquellas normas de sociabilidad que trasmitían los padres a los hijos desde lejanos tiempos. Pero a pesar de su escasa instrucción, Luisa pudo elevarse a su destino y perfeccionarse moralmente durante su infancia.

Las austeras costumbres de sus padres, en medio de las cuales vivió sus más tiernos años, forjaron en ella una mujer de recio temple moral, capaz para soportar, sin desmayar, las fuertes amarguras que la vida le reservaba como corolario a su glorioso y trágico destino.

En el año de 1814, y cuando aún no había cumplido sus quince años, ya era Luisa una joven de rara y sugestiva belleza y de grandes atractivos personales. Las vicisitudes de la vida

no le dejaron tiempo para deslumbrarse con los placeres del mundo, siendo de carácter concentrado y de escasa y mesurada palabra. La historia nos la presenta como a una linda flor tierna y modesta, llena de los encantos y atractivos propios de toda mujer educada en un medio familiar y honesto.

Desde sus más tiernos años, Luisa era gran admiradora del general José Félix Ribas —quien era a su vez gran amigo de su padre—, en cuya casa un día conoció al general Juan Bautista Arismendi, quien más tarde había de ser su esposo.

En una fiesta de Navidad, por el mes de diciembre de 1813, se encuentran los dos amigos con la familia Cáceres. Ribas les presenta al coronel Arismendi —ya viudo— y este queda prendado de los atractivos de Luisa. A los pocos días, Arismendi hace a sus padres una formal declaración de sus pretensiones, pero su proposición fue rechazada a causa de la tierna edad de la niña. Desde ese momento, Luisa esquiva su presencia durante las visitas del coronel margariteño, y este incidente, sin resultados por el momento, decidió la suerte de la única hija de Cáceres.

*

Domingo Cáceres era hombre de hábitos extraños a la guerra, pero su íntimo amigo, el comandante Juan José Toro, pidió su compañía y el profesor de latín se vio obligado a abandonar su casa, sus discípulos y sus estudios para ir en su ayuda a la guarnición de Ocumare.

El día 6 de marzo, Rosette sorprende la guarnición. El jefe apenas si puede escapar con vida. Cáceres se queda sin hacer mayor caso del Decreto de Guerra a Muerte y, pensando que el español respetaría su vida, sale a la plaza a informarse de lo ocurrido, y allí recibe la muerte de las tropas invasoras.

La familia de Cáceres recibe la noticia con doble espanto: el que le infunde la inesperada muerte del padre de la familia y el terror de saber que Rosette amenazaba a la población

con el saqueo y el degüello. Bolívar sabe el peligro en que está Caracas y destaca en su auxilio a trescientos hombres, al mando del coronel Montilla.

Arismendi, entre tanto, desempeña la comandancia militar. Reúne en aquel momento desesperado a la juventud adolescente de Caracas, en su mayoría estudiantes, y organiza una expedición de ochocientos hombres. Rosette acaudillaba a tres mil soldados.

El 14 de marzo sale Arismendi, al frente de su expedición de jóvenes estudiantes para Ocumare. Entre los jóvenes estaba el hijo mayor de Cáceres. Todos perecen, y Félix Cáceres queda prisionero, para ser más tarde —y a los diez días de sacrificado su padre— muerto a machetazos por el bárbaro Rosette. Así comienza la adversidad a afincarse en la vida de Luisa Cáceres.

Arismendi, milagrosamente, salva la vida en la derrota de Ocumare. Poco después, Ribas devuelve la victoria a los patriotas y es mandado por Abril a tomar las riendas del Gobierno en la isla de Margarita.

El 7 de julio de 1814, seis mil ciudadanos se precipitan a emigrar por la vía del este, con dirección a Barcelona. Entre ellos va la familia Cáceres. Bolívar y Ribas preceden a la numerosa emigración en retirada. En el sitio de Los Largos, cerca de Guarenas, rinden la primera jornada; allí pasan la noche, durmiendo a la intemperie y en el suelo. Al atravesar la quebrada de Guarenas, Luisa pierde su calzado y la maleta donde guarda su ropa, y se ve obligada a seguir caminando descalza hasta que uno de los compañeros le consigue unas cotizas, que ella se calza para continuar la marcha. El Libertador, en persona, se constituye en salvador de las mujeres que tenían que atravesar el peligroso paso de Los Reventones.

Atraviesan la montaña de Capaya, los ardientes arenales de Tacarigua y Uñare. Diego Ibarra, edecán del Libertador, instala a la familia Cáceres en un cuartucho y les proporciona

algunos alimentos. Son indescritibles las penalidades que sufre Luisa Cáceres en su huida a Barcelona. Las cuatro tías mueren durante la travesía y de la familia solo queda ella, su madre y un hermano de once años. Luisa y los dos miembros de la familia encuentran albergue en una de las casas que las autoridades proporcionaban a los emigrados. Cuando llegan están afiebrados y extenuados por la larga caminata, encontrando solamente una escasa y mala ración de comida.

Debido a los reveses de la batalla de Aragua, los emigrados tuvieron que seguir el viaje a la costa de Cumaná, en el pueblecito de Pozuelos, distante a tres leguas. Pero Luisa ya no camina, sino que se arrastra, sintiéndose exhausta por las fatigas y dolencias de cincuenta y ocho leguas de penosa peregrinación.

Al salir nuevamente la caravana, Bolívar fija su atención en la niña que llora porque no puede caminar ni sostenerse en pie y, movido a compasión, la coloca en el anca de su cabalgadura. Recorre así gran parte del camino y luego la entrega a Páez, encargándole mucho su cuidado. Así se separan la madre y la hija. Páez la coloca en el anca de su bestia y de este modo la lleva a Santa Fe, caserío cercano a Cumaná. (En sus últimos años, la esposa de Arismendi recordaba este incidente, encomiando la lealtad, el respeto y los cuidados que le prodigara el jinete de Bolívar. Páez atendía a todo: a su alimento, al agua, al descanso de la niña sometida a su cuidado. Estas atenciones la atrasaron, y Luisa se aterraba al verse sola, con aquel tosco y comedido oficial, transitando por los bosques solitarios).

Al llegar a Santa Fe, Luisa es restituida a su madre, y llegan a Cumaná con el resto de las tropas salvadas de Aragua, seguidos por el grueso de la emigración. El 25 de agosto llegan a Cumaná y encuentran que allí todo es agitación y sobresalto. La emigración queda estacionada en Cariaco, desde los primeros días de septiembre, sufriendo allí las más lastimosas privaciones.

Los emigrados que han quedado en La Esmeralda buscan refugio en Margarita, donde Arismendi les dispensa garantía y protección, y allí llega el hijo de Cáceres, quien le informa de la familia. Arismendi, inmediatamente, las manda a buscar. Madre e hija pasaron a Pampatar y de allí a La Asunción, en octubre de 1814, a los tres meses de su huida hacia el Oriente.

El día 4 de diciembre de 1814, el coronel Arismendi celebra sus segundas nupcias con Luisa Cáceres.

Arismendi se establece junto con su desposada en un pintoresco pueblo del norte —distante tres leguas y media de la capital, La Asunción, y a una legua de Juan Griego— y allí se entrega a sus pacíficos trabajos.

*

Los patriotas estaban totalmente sometidos, y se inicia una época de espionaje, secuestros y persecuciones para lograr el exterminio de los llamados insurgentes.

Las autoridades españolas visitan la casa del coronel Arismendi, siendo cortésmente recibidos y obsequiados por Luisa.

Un joven caraqueño, Pedro Berroterán, quien era oficial de los patriotas, le comunica un día a Luisa la pérfida acechanza que se prepara para hacer preso a Arismendi. Pero Arismendi no da crédito a sus palabras, aun cuando cede ante las súplicas de Luisa, quien le pide que no asista a la fiesta inventada para capturarlo.

Las autoridades españolas, al saberse burladas, se apoderan de Luisa y a altas horas de la noche se la llevan presa a La Asunción, sin dejarle tiempo ni para recoger la ropa necesaria.

En una cabalgadura, la conducen en calidad de detenida y la alojan en la casa de las señoras Amnés, conocidas adictas a los realistas.

En la noche del 23 se decreta la prisión de Arismendi y este es solicitado en toda la isla. Arismendi se había ocultado en compañía de su hijo Ignacio, de dieciséis años de edad.

Todos los bienes de la familia Arismendi son confiscados por los españoles.

El 24 de septiembre de 1815 es recibida Luisa en la casa de don Cristóbal Amnés y confinada en un aposento, sin dejarle comunicación alguna con los dueños de la casa y siéndole prohibida la correspondencia con su madre. Careciendo de todo, hasta de la ropa necesaria, no llega a afligirse sino ante el negro porvenir que se le presenta a su esposo.

Por la serranía de Copey, llega Arismendi protegido para libertar a su esposa, y le envía una nota con las órdenes para la fuga. Luisa, temiendo ser descubierta, y pensando que la vida de su esposo corría un grave peligro, no accede a sus planes. A pesar de sus dieciséis años, tuvo la cordura de resistir a la poderosa tentación. Presintiendo los resultados de su negativa, la joven valerosa se apresta a ocupar el puesto que el destino adverso le preparaba.

Días más tarde, Luisa es conducida a la Fortaleza de Santa Rosa y encerrada en un estrecho calabozo. Un centinela vigila hasta sus menores movimientos y es obligada a comer el rancho que le dan como único alimento.

Permanece sentada noche y día sin moverse para no llamar la atención del celador. Un día, el capellán de la fortaleza, de regreso de sus oficios, pasa por su puerta y se queda contemplando aquella mujer en actitud de vencida, de humillada. Movidó a compasión por su estado, logra que le lleven comida de su propia casa, que le supriman al centinela y que le coloquen una luz que ilumine el calabozo durante la noche.

Entre tanto, el jefe realista Urreiztieta le propone a Arismendi el rescate de los prisioneros españoles que están en

su poder, ofreciendo a cambio la libertad de su esposa. “Diga Ud. al jefe español que sin patria no quiero esposa”.

(Más tarde, en sus conversaciones íntimas con su hijo, quien admitía la posibilidad de que su madre no fuese querida por él, este le decía: “Hijo, entonces como ahora mi amor por tu madre era entrañable, pero de nada me habría servido lograr la vida de la esposa si la patria se perdía”).

Por cálculo, considera Urreiztieta más ventajoso conservar la vida de la joven prisionera, y aunque la negativa de Arismendi lo enciende en cólera, no toma represalias contra la vida de Luisa Cáceres.

*

A pesar de los crueles tormentos que sufre Luisa en el calabozo de la Fortaleza de Santa Rosa, su ánimo y su fe en la obra redentora y heroica de su esposo, no decaen ni un momento.

Los soldados se divierten oyéndola hablar de política y se complacen en trastornar las noticias del movimiento patriota para verla confundida, gozándose en la angustia que refleja su semblante atormentado.

La noche en que fuera arrebatada de su hogar, Luisa no tuvo tiempo para traer ropa que cambiarse en la prisión, y los soldados la llevan al río para que lave las prendas que tiene encima, las cuales vuelve a vestir húmedas sobre su cuerpo cuando llega la hora de regresar al calabozo.

Día y noche llora Luisa por el desamparo en que se encuentra, hasta el momento en que ve a una humilde y pobre prisionera como ella, que sobrelleva con admirable valor los escarnios y burlas de las tropas. Desde ese momento, toma la resolución de no llorar más y se reviste de dignidad para enfrentarse a la situación, convencida de que nada logrará con sus lágrimas ante la manifiesta maldad de aquellos hombres privados de todo sentimiento de humanidad.

Habiendo trascurrido un mes desde su prisión, una noche, oye una gran alarma y se da cuenta de que se prepara un asalto al cuartel. La lisonjea la esperanza de un triunfo de los suyos, pero al amanecer, cuando todo está en calma, solo oye los lamentos de los moribundos y de los heridos de la refriega. Horas más tarde, los soldados la sacan de su prisión para pasearla sobre la explanada del cuartel, donde han sido fusilados los infelices prisioneros. Luisa tiembla ante la idea de que ella también va a ser sacrificada, pero estaba equivocada: el objeto de sus verdugos era que se paseara por sobre los cadáveres de los patriotas fusilados, que caminara por sobre aquellos cuerpos sin vida que habían tenido la osadía de querer libertarla.

La sangre derramada va a desembocar en el aljibe de la prisión, y a Luisa la obligan a calmar su sed con aquella agua putrefacta y pestilente, mezclada con la sangre de los suyos. Cuenta Luisa los instantes de vida que le restan y llega a apreciar la calidad del patriotismo de su esposo, al negarse a aceptar el canje que le daría la libertad.

Después de efectuado el asalto, los españoles piensan que Arismendi no volvería a hostilizar la plaza si exponían en la explanada a su mujer. Con ello solo lograron afirmar su entereza moral y la de su esposa, identificada ya con el heroísmo del caudillo de la revolución de Margarita.

En la prisión, Luisa es obligada a trabajar y le llevan los sacos de coleta que sirven para llenar la metralla de la artillería del castillo. Recibe unas tijeras, hilo grueso y una aguja, propios para el caso.

Entre tanto, se acercan los días de su alumbramiento y los cuidados de la madre la asaltan en aquel horrible desamparo. Piensa en el abrigo que necesitará el hijo que va a venir, y busca la manera de proveérselo, sin encontrar más que un velo de punto que trajera sobre sus cabellos, al salir de su casa para

ingresar a la prisión. Con gran cuidado, Luisa corta un abrigo de niño, y se dispone a coserlo con el hilo y la aguja que le dieran para zurcir los sacos de metralla que servirán para hostilizar al padre.

Pocas veces la vida ofrece una situación tan dolorosa e interesante como esta de nuestra valerosa heroína en la prisión de Santa Rosa. Los innumerables reveses que sufría no eran de los que se dejan traslucir en los insólitos caprichos de la suerte. Habiendo crecido en medio de un piadoso hogar, ajeno a las vicisitudes mundanas, no pensaría nunca esta suave mujer verse prisionera en un asqueroso calabozo, rodeada en su desamparo por oficiales y soldados crueles e ignorantes, que creían tener en su poder a una mujer llena de juventud y de atractivos. Sin embargo, Luisa pone de manifiesto a sus verdugos un extraordinario poder, cuya influencia irresistible les llegó sin que se dieran cuenta de ello. La ultrajaban de palabra, pero no se atrevieron a llegar más allá de las palabras.

A los pocos días de ingresar a la prisión, los oficiales frecuentaban su calabozo y se entretenían en conversaciones políticas con el fin de provocarla. Le hablaban de una manera patética de las desgracias que la esperaban con motivo de la rebelión que acaudillaba su esposo, exponiéndole, al mismo tiempo, el cambio favorable que se operaría si rompía los vínculos que la ataban a aquel traidor que la había abandonado en manos de sus enemigos. En sus conversaciones trataban de degradarla y de obligarla a comprar su libertad con la infamia.

Así fue como Luisa se enteró de que Arismendi se había negado a canjearla por los prisioneros españoles que tenía en su poder. Comprende entonces el móvil heroico que obliga a Arismendi a proceder de este modo, y sus enemigos no logran quebrantar su habitual serenidad.

Un día, le pregunta un oficial qué nombre iba a ponerle a su hijo.

—El de su padre —responde Luisa, fríamente.

El oficial le replica que el primogénito de Arismendi no llevaría el nombre de un traidor, que se llamaría Fernando como el rey, y que sería educado en España, muy lejos del lugar en que su padre sería ahorcado.

—No llevará otro nombre que el de su padre —respondió con entereza la cautiva.

—Si tal cosa sucede —respondió el oficial—, verá usted a su hijo ensartado en la punta de una bayoneta.

Estos hombres inhumanos se proponían quebrantar la fortaleza moral de su víctima, pero como hemos visto a través de todas las angustias vividas por esta ejemplar mujer, tan abrumada por los sufrimientos, su entereza moral no sufrió menoscabo y demostró una vez más el fuerte temple de su espíritu, acostumbrado ya a los dolores y a las privaciones de la vida.

El 23 de enero de 1816, Luisa empieza a sentir las novedades de parto. Lo que más distinguió el carácter de esta valerosa mujer fue la voluntad enérgica que observó durante sus grandes infortunios, absteniéndose hasta de manifestar sus propias necesidades. En su casa, cuando podía satisfacer sus caprichos y sus padres trataban de complacerla, siempre tenían que adivinar lo que necesitaba o quería para que no careciera de nada. Ante esta fuerza moral, se concibe que no se doblegara jamás ante el enemigo ni siquiera para reclamar lo que en su calidad de mujer y de cautiva estaban en el deber de proporcionarle.

Luisa pasa tres días de angustia solitaria en esos críticos momentos en que toda mujer necesita la ayuda y compañía de otra mujer. Su natural recato la hizo guardar silencio, pero notando el cabo que no tomaba los alimentos, avisa al oficial de guardia y este dispone que otra señora, también prisionera, pase al calabozo de Luisa a prestarle los auxilios necesarios. La

mujer designada para asistirle encuentra a Luisa agotada de tanto sufrir.

La lluvia de esos días mantenía el cuarto que le servía de prisión completamente empozado, y la buena mujer se da a la tarea de secarlo para poder acercarse a la enferma. Pide un poco de licor y se lo da a Luisa para hacerla entrar en calor y reanimar las fuerzas perdidas.

El día 26 —y bajo la reacción del vino tomado— da a luz una niña que nace muerta por asfixia.

Cuando van a echarle el agua del bautismo, el oficial le pregunta qué nombre quiere ponerle y ella responde —sin saber que es una niña—, “Juan Bautista”.

Da con ello muestras de que solo tenía presente el recuerdo del esposo en aquellos momentos conflictivos, y soñaba, en medio de sus dolores y suplicios, perpetuar la memoria del hombre amado en la carne inmaculada del hijo que anhelaba su corazón de mujer.

La mujer que la acompaña regresa a su calabozo, dejándola sola con el cadáver de su hija. Luisa recibe aquella prenda de su amor sin vida, y es fácil de imaginar toda la amargura que brotaría de su corazón al estrechar entre sus brazos la carne inanimada de su hija. Quiere darle vida y calor y cubre el cuerpecito con los abrigos que le ha preparado su previsión de madre, y con ternura dolida de mujer cruelmente golpeada por el destino, la coloca en el catre que a ella le sirve de lecho en sus noches insomnes.

Pero la piedad de sus verdugos no se conmueve ni ante este inmenso dolor de una mujer en su sacrosanta función de madre. No hay piedad, ni conmiseración, ni respeto para aquella carne en suplicio. Y de sus labios no sale una sola queja, ni una sola palabra para condenarlos ni para juzgarlos. Así se presenta Luisa Cáceres ante la historia, ante los ojos de la humanidad, ante los ojos de la mujer venezolana que la contemplan, con su

hija muerta entre los brazos, formando el justo concepto de la mujer heroica y valerosa, ante cuya personalidad, ante cuyo valor y espíritu de sacrificio, toda frase, toda palabra es inexpresiva...

Dos días transcurren y nadie se ocupa de exhumar el cadáver de la hija de Luisa Cáceres. El dolor y la angustia llegan a embotar sus sentidos, que no de otra manera se explica el que su corazón no estallase de dolor ante el largo espectáculo de la hija muerta y fría en su cama.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, pide ayuda y le mandan a dos niños del pueblo para llevar el cadáver a la sepultura.

La madre entrega el cuerpo en la única almohada que tiene, pues no le han proporcionado ningún transporte para enterrarla.

Cuando los niños regresan, le entregan la almohada y las prendas de vestir que cubrían el cuerpo de la niña muerta. Luisa, sorprendida, les pregunta la razón de por qué no la han enterrado con sus vestidos.

—Nosotros la hemos botado en un zanjón —responden los niños—, y le devolvemos los vestidos y la almohada porque creemos que usted los necesita.

Y el cuerpo de la hija de Luisa Cáceres no mereció los honores de una sepultura, sino que fue arrojado entre los desperdicios de la quebrada del castillo de Santa Rosa...

*

El 29 de enero, el brigadier Pardo dirige al capitán Moxó esta carta que la historia ha conservado:

La mujer de Arismendi ha dado a luz en su prisión un nuevo monstruo. A esta y a otra señora presa, he mandado al gobernador de Pampatar que las envíe a La Guaira, donde deben estar sin comunicación. Arismendi, según voz, ha hecho matar a nuestros prisioneros y, en este caso, convendría decapitar a su mujer.

También tengo entendido que esta señora escribe a su marido, y este a aquella, y no conviene que esté aquí.

Más adelante agrega:

Los enemigos envían continuamente mujeres con niños pequeños a llevar y traer noticias; y como es lastimoso matar a unos y otras, se les echa otra vez, y esto puede costarnos caro; espero que me diga usted también si todos los niños, las madres, etcétera, han de morir o qué se ha de hacer con ellos.

La salud de Luisa se resiente y contrae una grave enfermedad del estómago, causada por la humedad en que vive y por el rancho que come diariamente. El cabo que lleva la ración nota, en su pálido semblante, la enfermedad que la agota y le sugiere que tome un poco de licor que él mismo le sirve. Luisa se resiste a tomarlo, pero al fin cede y logra mejorarse con ese remedio, llegando a dominar la enfermedad en pocos días.

Mientras Luisa padece heroicamente estos conflictos, Arismendi se prepara a atacar resueltamente al enemigo.

El 26 de enero se da la acción memorable de El Mamey. Las escenas del combate se suceden de una manera violenta y corre por los campos la sangre de los patriotas acaudillados por Arismendi.

Luisa soporta los sufrimientos físicos y morales impuestos por sus verdugos sin exhalar una queja, dando pruebas de un tenaz valor.

Los representantes del gobierno español, en Margarita y en Caracas, consideraban como una buena presa a la débil niña, por cuya mediación trataban de conseguir el sometimiento del terrible caudillo.

A principios del mes de febrero de 1816, la salud de Luisa manifiesta, de un modo alarmante, los resultados de su

continuo padecer en la hinchazón de los pies y de las manos. Pero a nadie habla de sus quebrantos ni lanza quejas que no van a ser atendidas. Silenciosamente, sufre sus males físicos a los que se agrega el malestar moral por el roce constante con soldados y militares groseros y faltos de consideración, respeto y humanidad para con la prisionera.

Entregada Luisa a sus recuerdos, y en medio de una terrible soledad, vive sus días en la prisión.

*

Un día, se presenta en su calabozo una escolta que le ordena salir, sin anunciarle el objeto de la partida. Como ella sabe que de esta manera son sacados los prisioneros para ser llevados al patíbulo, cree que ha llegado para ella su último momento.

Los soldados, para acabar de doblegarla, le indican el lugar a donde la llevarán para ser fusilada. Luisa Cáceres se detiene y conmina a los soldados a que cumplan las órdenes recibidas, sin seguir más adelante, creyendo ser mejor para ella acabar de una vez con la vida antes que seguir en medio de tan crueles penas.

La escolta no le hace caso y a empellones la obligan a continuar la marcha hasta llegar al lugar designado, en donde se detienen.

Luisa, con su personal entereza de ánimo, se presenta ante sus verdugos, quitándose antes sus zarcillos de oro, única prenda que le quedaba, y entregándolos como premio de gratitud al soldado que con tanta bondad la tratara durante su enfermedad. El soldado se niega a recibirlos y solo a instancias de ella los acepta.

De pie espera Luisa la orden de fuego, recostada de un árbol sobre el cual se apoya en un instante de debilidad, en que parece que las fuerzas, que hasta allí la han dirigido, la hubieran abandonado de repente.

Pasan los minutos, y la víctima, con los ojos abiertos, en actitud erguida, fría, indiferente, aguarda el instante que le arrebatará el último aliento...

Su pensamiento está tan lejos de la escena que no se da cuenta de que han pasado varios minutos y ella todavía está de pie y viva...

Los soldados, a unos pasos distantes de ella, la apuntan con sus fusiles. ¿Cuánto tiempo pasa? Luisa no lo sabe. Ella está en el dintel de la eternidad, con sus ojos desmesuradamente abiertos, sostenida por su admirable valor, impávida como la estatua del dolor.

El oficial, después que la contempla torturada, bajo el frío de la muerte, da la orden a la escolta para que la regresen nuevamente a la prisión.

Toda esta escena de crueldad fue cuidadosamente preparada por el comandante del castillo con el objeto de amedrentar a la esposa de Arismendi, queriendo vengar en una inocente mujer los delitos políticos del esposo.

Pardo y Moxó consideran que la prisión de la esposa de Arismendi debe continuar, como medida necesaria al sometimiento de la causa del rey. Por tanto, determinan trasladarla al Fortín de Pampatar para luego ser remitida presa a Caracas.

A pesar de todo lo sufrido, Luisa todavía puede conservar su imponente dignidad y su valor en aquellos continuos martirios. Nunca la intimidaron la oscuridad de la mazmorra ni el maltrato con que sus verdugos la vejaron, ni los peligros de que siempre vivió rodeada.

Un día, el comandante del regimiento que guarnecía la fortaleza manda a buscar a Luisa para que ocupe la misma pieza en la que él duerme. Y esta, revistiéndose de dignidad, ordena al asistente del mismo comandante que restituya su lecho al calabozo que le había sido designado a su llegada. Ninguno de los presentes se atrevió a oponerle resistencia.

Pocos días permaneció en las mazmorras del Fortín de Pampatar. Durante esos cortos días, se alimentó con la ración de harina con aceite que se daba a los soldados por todo alimento.

Sola, entregada a aquella soldadesca inculta, sin noticias de sus familiares, perdida toda esperanza de liberación, debilitada su salud por los tormentos padecidos durante su prisión y por los largos días de encierro y mal comer, era de temerse que su desesperación estallase en alguna crisis de nervios, pero Luisa permanece erguida y valerosa, como una blanca vela en medio de un océano tormentoso.

Y abroquelada en su valor espera la orden de continuar la marcha...

Llega al fin la hora en que debía salir de Margarita, sin que ella supiera a dónde iba a continuar su martirio. Un cabo, de nombre Rubio, le notifica la orden de seguir la escolta que mandaba. La conducen a la playa y allí se entera de que va a ser embarcada en la goleta de guerra, al mando del alférez de fragata don Juan Gabazo.

Marineros casi desnudos se aprestaron a tomarla en brazos para trasportarla al bote que flotaba a alguna distancia de la playa. Pero Luisa se resiste a ser embarcada de ese modo. El cabo Rubio se ofrece para llevarla y con todo respeto la conduce en brazos hasta la embarcación y, al dejarla allí, le entrega un lío con sus ropas. La atención de aquel buen hombre cuidó de lavarle una prenda de vestir. Dentro le incluye algunos artículos que ella descubre mucho después de su llegada. La emoción la turba un poco, y con el pensamiento da las gracias a aquella buena alma que se cuidó de hacerle algún bien en medio de sus infortunios.

A las once de la mañana, la sientan sobre cubierta en una silla y en ella permanece hasta el día siguiente, a las cinco de la tarde, sufriendo todas las privaciones y tormentos que le imponía su natural pudor.

Al llegar a la bahía de Cumaná, la *General Morillo* tomó a su bordo a la familia del Dr. Andrés Level de Goda, quien se dirigía a Caracas, en donde desempeñaba las funciones de fiscal de hacienda de la Real Audiencia. Acompañada Luisa por personas respetables, obtuvo las comodidades que necesitaba en su viaje a La Guaira.

Era a este puerto que venía destinada.

Al llegar a tierra se ve rodeada de una gran cantidad de personas que estaban ávidas de conocer a la esposa de Arismendi, cuyo cautiverio ocupaba la atención pública.

La escolta la conduce en presencia del comandante de la plaza, el teniente coronel don Remigio María Bobadilla, alojado en la antigua factoría, que hoy es la Casa de Aduana.

La prisión de Luisa Cáceres no reconocía causa legal. Si hubiese sido acusada del delito de infidencia, tocaba solo al competente tribunal la instrucción del proceso. Pero entonces las leyes de la monarquía y sus formas judiciales no podían proteger a los patriotas, que eran parias para los pretorianos españoles.

Por sus recriminaciones, le dio a entender que la fidelidad a su marido y la firmeza de sus opiniones eran todo su delito. Y le propone que abandone a su esposo y abjure de sus propias convicciones para poder declararla inocente. Luisa, acostumbrada ya a los fieros desahogos de los hombres del cuartel, oye sin inmutarse aquellas voces destempladas y le dirige estas palabras, que hubieran podido confundirlo: “No es así como usted debe tratar a una mujer honrada e inocente”.

Bobadilla, en respuesta, ordena que Luisa sea encerrada bajo llave en una de las últimas piezas de la factoría Y allí pasa toda la noche sin dormir, sentada en una mesa.

Al día siguiente es trasladada al Parque de Artillería, edificio que hoy sirve de cuartel en la plaza de la Alameda, ocupando allí una estrecha pieza, ventilada solamente por una pequeña ventanilla que daba a la misma plaza.

Cerca de la puerta de entrada, la vigila un centinela noche y día. Quieren privarla de toda comunicación con la calle, pero Luisa se opone a la orden y obtiene éxito, pudiendo así recibir un poco de aire en aquel ardiente clima.

En la pieza solo hay un banco de madera, y buscando en el lío de su ropa, Luisa encuentra una pieza de lienzo ordinario que había colocado allí la amable previsión del cabo Rubio. Da al lienzo la forma de una almohada y la tiende sobre el banco que le sirve de lecho.

Antes de acostarse, se acerca a la puerta a aspirar un poco de aire y cambia unas palabras con el centinela vigilante, que resultó ser un reinoso —como entonces se nombraba a los naturales del Reino de Nueva Granada—. Luisa comprende que aquel soldado pertenecía a su partido y así le dice:

—Es extraño que usted siga la bandera de los españoles.

—Niña —responde el soldado—, yo fui hecho prisionero en una acción que perdieron los patriotas.

El joven granadino da a Luisa muestras de benevolente interés, y sabiendo que ella no ha aceptado la ración de caraotas y casabe que se le ha servido, le lleva vino y bizcochuelos para que se alimente.

El alcaide de la prisión también se compadece del infortunio de Luisa. Este buen hombre había recibido, en otro tiempo, favores de don José Domingo Cáceres, y al tener noticias de que era su hija la prisionera, se ofrece a mandarle la comida de su propia casa.

Luisa sufre en la cárcel de La Guaira lo mismo que en el castillo de Santa Rosa. Allí su vida fue cruelmente atormentada durante los ocho días que permaneció encerrada, prohibiéndole salir de su calabozo sin escolta.

Nada sabe Luisa del destino que darán a su persona y la incertidumbre agrava su martirio. Sin embargo, no piensa ni por un instante en que le puedan dar la libertad.

Le notifican que marchará a Caracas y se tortura pensando en la cárcel que la acogerá en la capital.

*

En una mala bestia llega, bajo la custodia del teniente coronel Antonio Guzmán, quien servía en esta ciudad de sargento mayor del Batallón de Veteranos de Caracas.

El 22 de marzo de 1816 —domingo de Pascua de Resurrección—, vuelve Luisa a la ciudad natal al cabo de dos años no cumplidos. Salió emigrada y entra presa; entonces una niña inocente y hoy en lo mejor de su bella juventud, ligada a uno de los prohombres de la época y soportando el peso de grandes infortunios, cuyo término no se podía vislumbrar...

Al llegar a la portería del convento de la Inmaculada Concepción, el jefe que la acompaña le ordena bajarse. El monasterio abre sus puertas obedeciendo a una orden anticipada y Luisa entra, cerrándose tras ella las puertas: estaba en su nueva prisión.

Cuatro días después —el 26 de marzo—, Moxó publicó en la capital y fijó en las esquinas este bando:

En la ciudad de Caracas, a 26 de marzo de 1816, el señor don Salvador de Moxó, brigadier con letras de servicio, gobernador y capitán de estas provincias, dijo: que habiendo agotado todos los recursos de paciencia, sufrimiento y benignidad para atraer a verdadero conocimiento de sus errores a todas aquellas personas que se empleaban en el detestable crimen de la infidencia al rey nuestro señor; haciéndose caudillos para reunir gentes con que de grado o por fuerza invaden las poblaciones cometiendo robos, asesinatos y todo género de maldades; y conociendo que ya todo eso de conciliación y de indulgencia con semejantes criminales es un perjuicio de los lugares pacíficos y subordinados a S. M., que se ven acometidos de improviso por hombres tan inmorales e inhumanos, decreta: que cualquier persona que aprehendiese viva o

muerta las de los traidores: Juan Bautista Arismendi, en Margarita; Zaraza; Cedeño; Monagas, y otros de los que capitanean partidos de malhechores en toda la extensión de esta provincia, las de Cumaná, Guayana y Barcelona, sea remunerado con la cantidad de seis mil pesos en que se tasa la cabeza de cada uno de aquellos malvados, y los más de su especie que aparezcan en cualquier parte, abonándose por la Real Hacienda la expresada cantidad; y para que llegue a noticia de todos, publíquese por bando y fíjese en los lugares acostumbrados e insértese en la gaceta para su circulación en todas partes.

SALVADOR MOXÓ

II

El Monasterio de la Concepción estaba situado en la manzana que forma el ángulo sudoeste de la Plaza de Catedral, hoy Bolívar. A principios del siglo XVII se levantaba allí una casa de dos pisos, a expensas de doña Juana de Villela, viuda del capitán don Lorenzo Martínez, ambos de origen español.

La piedad de esta señora, con real licencia, convirtió en convento aquella fábrica; la dotó con siete mil ducados castellanos y tomó el hábito con sus cuatro hijas, tres sobrinas y dos jóvenes más, el 8 de diciembre de 1637.

El obispo, don Juan López Aburto de la Mata, les puso la clausura. La primera abadesa fue doña Isabel de Tiedra y Carbajal, religiosa del Convento de Santa Clara, en la ciudad de Santo Domingo.

Antes de la revolución eran pingües las rentas de este monasterio. Su mayordomo colectaba cerca de dieciocho mil pesos cada año, destinados a la mantención de sesenta y dos religiosas de velo negro, y del personal correspondiente a su servicio

La Capitanía General obligó a la superiora del convento a convertir aquel asilo en prisión improvisada para la esposa de Arismendi, sabiendo cómo era de poderosa la autoridad real en la comunidad, por las particulares distinciones que le

dispensaba Morillo, el dictador de Venezuela y del Nuevo Reino de Granada.

Desde la portería, pasa Luisa a la celda que se le tenía destinada en el piso superior. La abadesa la recibe con estas palabras: “He sido engañada”, dichas con dulzura, pero con sorpresa al mismo tiempo. Luisa le manifiesta que realmente no se le ha dicho la verdad sobre la causa de su prisión, y le refiere en breves términos los sufrimientos que padeciera en el calabozo del castillo de Santa Rosa, la enfermedad que allí había contraído y la hidropesía de que estaba padeciendo.

A pesar de su encierro y de la incomunicación en que la mantienen día y noche, Luisa considera su nueva prisión como un sueño de ventura, en oposición a la pesadilla que la estremeciera de horror en las mazmorras del castillo. En aquel recinto de piedad y de silencio encuentra una tregua para su desgracia. Los tormentos sufridos, a causa de la poca piedad de los hombres que la habían torturado, la llevan a albergar este pensamiento que llegó a decir en sus recuerdos: “El pesar de la separación de mi marido, se alivia al pensar que es hombre aquel de quien la desgracia me aleja”, desviándose del otro sexo el impulso irresistible del horror que le inspiran los hombres de la fortaleza en que vivió y de los cuarteles que habitó.

Luisa pensaba que si llegaba a quedarse sola en el mundo, sin esposo y sin madre, tal vez podría morir plácidamente en aquel convento que le habían asignado como prisión.

Y en efecto, en calidad de presa estuvo en él. No se le permitió salir de su celda a ninguna hora, y allí permanecía encerrada junto con una criada que le designaron para su servicio personal. Solamente la abadesa la veía. No se le permitió asistir a la misa los domingos, aun cuando debiera oírla como precepto. Cada quince días, después de confesada, se le administraba el viático en su propia celda, considerándose como enfermedad su reclusión.

Cuando sintió restablecida su salud, pide a la abadesa que le proporcione algún trabajo y le permiten bordar un paño para el altar, tarea en la que Luisa emplea sus días y sus noches, tratando de olvidar con el trabajo manual las humildes condiciones de soledad y abandono en que estaba sumida.

Tal era la vida de Luisa Cáceres en el Monasterio de la Concepción en que estaba prisionera.

*

El 23 de noviembre de 1816, y después de reñida lucha, Arismendi liberta totalmente a la isla de Margarita de sus tiranos, a los que obliga a huir en medio del fuego dirigido desde el castillo de San Carlos, que los realistas abandonan, después de haberle sembrado una mina explosiva para que volara junto con los patriotas. Arismendi aprovecha la pólvora y los cañones por ellos abandonados y los dispara causando serios descabros a la escuadrilla en que se han refugiado, obligándolos a huir a la desbandada.

Durante estos sucesos, Bolívar se encuentra en Puerto Príncipe y Arismendi le escribe inmediatamente comunicándole la acción e invitándole a regresar al país a tomar la suprema dirección de la guerra.

Las hazañas de Arismendi no llegan al asilo religioso en que Luisa permanece prisionera. Al cabo de ocho meses de encierro en el convento, ella no ha recibido una sola noticia de su esposo. La reclusa no podía salir de su celda ni le era permitido hablar con persona alguna, y a esto se sumaba que las autoridades ocultaban cuidadosamente los triunfos de los patriotas, considerándose como un crimen de lesa majestad auxiliar al insurgente o tenerle como simple amigo. También la guerra mantenía totalmente incomunicada a la isla de Margarita.

Morillo y sus expedicionarios convierten a Venezuela y Nueva Granada en un vasto campo de conquista, y para afirmar

sus dominios cometen toda clase de atropellos. En Santa Fe, el tribunal de sangre del Pacificador derrama la de los patriotas con espantosa profusión, llenando de luto el virreinato. Expropián a los huérfanos y viudas. Moxó, en Caracas, después de su administración rapaz, da rienda suelta a sus instintos sanguinarios al invadir Bolívar las costas de Ocumare. Sacrifica en el camino de los Valles de Aragua a cuarenta patriotas, que son sacados de sus casas a las altas horas de la noche, exacerbándose cuando sabe las noticias de las victorias del general José Antonio Páez en las sabanas de Apure, quien ha derrotado las tropas al mando del coronel español Francisco López.

El triunfo de Arismendi, que ha nublado el horizonte de la política del rey, se refleja sobre Luisa Cáceres y así la abadesa recibe un día la orden de entregarla para ser conducida a La Guaira, y como esta preguntara cómo sería transportada, le informan que será conducida a pie a su destino.

Sobre una mula proporcionada por el convento, sale Luisa el día 24 de noviembre a las ocho de la mañana, en compañía de una escolta mandada por el mayor de la plaza. Resignada, se deja conducir pensando una vez más que el odio banderizo se vengaba en ella, sin dejarle conocer siquiera el objeto de su viaje.

Atraviesa la ciudad sobre su cabalgadura, en medio de las burlas y escarnios de una multitud inconsciente que maldecía en ella el nombre del caudillo triunfante. Al llegar a la Plaza de la Pastora, se detiene la escolta y Luisa es entregada bajo la custodia de cuatro facinerosos que la conducirán a su destino, regresándose la tropa a su cuartel.

Entregada a la grosera soldadesca, guarda silencio y paciencia durante la larga jornada. A las seis de la tarde llegan al sitio de El Peñón, donde los habitantes del caserío la hacen objeto de viva curiosidad, mostrándose unos compasivos y otros, escarneciéndola.

*

Después de pasar diez horas sentada sobre la mula, es encerrada en una de las bóvedas de la plaza, la llamada “el infiernito”, vecina a otra que estaba colmada de patriotas que permanecían desnudos a causa del bochorno. Allí la instalan, y el alcaide le señala un cuero que está extendido en el suelo para que se acueste, advirtiéndole que allí ha pasado su última noche una vieja que ha sido ahorcada en El Cardonal aquella misma mañana. Cierra la puerta y queda Luisa emparedada en un estrecho subterráneo, verdadera mazmorra de los moros, en donde la víctima sufre el lento martirio de la asfixia por el aire sofocante y por los miasmas. (Estas prisiones fueron luego destruidas por el Gobierno del general Guzmán Blanco).

Veinticuatro horas pasa Luisa sin alimento, cuando el alcaide le arroja la asquerosa ración del presidio.

El patriota M. Escurra, encerrado en la bóveda vecina, le presta valiosos y útiles servicios que Luisa agradece en lo más íntimo de su ser, y se sorprende gratamente cuando le presentan un azafate de comida que le ha sido enviado por una mano desconocida.

*

Desde el violento embarque de Luisa en Pampatar, en marzo de 1816, había sido enviada de un lugar a otro ignorando su destino, hasta que al fin se ve embarcada en un buque cuyo capitán la recibe a bordo en calidad de prisionera. Las autoridades españolas la embarcan, sin suministrarle ni aun aquello que tiene derecho a exigir en su calidad de deportada.

La remiten a Cádiz, por orden de Moxó, en el buque llamado *El Pópulo*, al mando del capitán Navas, que se hace a la mar el día 3 de diciembre de 1816, en compañía de doce buques más ricamente cargados de caudales y frutos del país.

Cuando han salido mar afuera, más allá de las islas Bermudas y rumbo al norte, avistan las señales de un buque corsario. Gran confusión se produce en la embarcación: creyendo que el corsario puede ser Arismendi, que viene a libertar a su esposa, todos los viajeros se precipitan a solicitar la intervención de Luisa, dándole algunas prendas de valor para que las guarde en su poder.

El corsario les da caza hasta apresarlos...

Junto con Luisa navegan, en *El Pópulo*, el brigadier don Manuel Fierro y la señora doña Mercedes de Arévalo.

El corsario era un buque de Buenos Aires mandado por un norteamericano, quien apresó a toda la tripulación y pasajeros, apoderándose de las naves y del rico cargamento. Se dirigió luego a las islas Azores y en la Santa María desembarcó a los pasajeros capturados, que llegaban al centenar.

Esta imprevista situación le brinda a Luisa una magnífica oportunidad para liberarse, pero le faltan recursos para permanecer en tierra extraña y volver a Venezuela por su propia cuenta.

Admitió la posibilidad de que el corsario la restituyera a Margarita, pero, al mismo tiempo, surgió el temor de poner su destino en manos de un desconocido cuyos sentimientos ignoraba, y así sacrifica la grata idea de restituirse a su marido y de poner término a sus largos sufrimientos.

Resuelve, en consecuencia, manifestar su resolución al capitán Navas y este se hace cargo de la joven prisionera. El brigadier Fierro aplaude su acción y juzga conveniente prestarle una ayuda: hace instruir, en la isla portuguesa, una justificación en la que constaba que la señora doña Luisa Cáceres renuncia a la libertad que el corsario le brinda para seguir a su destino, según la orden de la Capitanía General de Venezuela.

Varios pasajeros se reúnen para comprar y armar un buque abandonado que existía en la villa de Santa María. En él

siguen, rumbo a España, Manuel Fierro, la señora de Arévalo, Lorenzo Gabani, capitán de uno de los buques capturados, y Navas, quien lleva a Luisa consigo.

La navegación fue borrascosa y el inseguro barco estuvo a punto de naufragar, sufriendo Luisa las consiguientes angustias y penalidades durante la travesía. A bordo es informada de que, al llegar a España, será confinada a la Casa de las Viudas o al Hospicio Provincial. Y sabiendo ella que estos establecimientos siempre se mantenían celosamente custodiados por una guardia, se propuso solicitar la reclusión en otro lugar más propicio a la evasión que ya en secreto meditaba.

A los cuarenta y cinco días de haber salido de La Guaira, y a los quince de la escala, arribó a San Lucas la esposa de Arismendi. Siguió por tierra junto con la comitiva hasta el Puerto de Santa María e inmediatamente pasó por mar a Cádiz, a donde llega el día 17 de enero de 1817.

*

Mientras tanto, Arismendi se ha adueñado de Margarita desde los primeros días de noviembre de 1816, desalojando a los realistas y ocupando la isla con el ejército a su mando.

La situación general de las fuerzas patriotas, a fines de 1816, no es muy halagüeña: el ejército del centro se había diseminado después de la batalla del Juncal, dispersándose los fuertes cuerpos de caballería que mandaban Monagas, Zaraza y Cedeño. Piar, con el grueso de las tropas, se dirigía hacia Guayana, concibiendo, en octubre de 1816, la ardua empresa de libertar a aquella importante provincia que abre al invasor las puertas de Venezuela y Nueva Granada. Páez había ocupado a Nutrias y a San Fernando, replegándose hacia Achaguas por la proximidad del ejército de Morillo. Mariño, aspirando al mando supremo, estrechaba a Cumaná, gobernada entonces por Prado.

Todos estaban fuertemente amenazados por las dos divisiones que Morillo dirigía desde Nueva Granada a Venezuela, y que en enero de 1817 se habían reunido en Guasdualito.

Los realistas ocupaban todas las ciudades de la Capitanía General de Costa Firme, con excepción de Barcelona; y en estas azarosas circunstancias, Margarita sola se presentaba ante el enemigo libre e inexpugnable.

Unos meses más tarde es atacada nuevamente Margarita por los realistas, y el ejército patriota, al mando del teniente coronel Luis Gómez, resiste y defiende la plaza heroicamente. Arismendi entonces se encontraba con Bolívar en Guayana. Cuando regresa en 1817, la encuentra libre, como la había dejado en 1816, pero completamente talada por las tropas de Morillo.

Arismendi llega con el propósito de emplear toda su energía en recuperar la persona de su esposa, dondequiera que esta se hallase.

III

En el mes de enero de 1817, llega Luisa a Cádiz. Navas, capitán de *El Pópulo*, la presenta a la primera autoridad de Andalucía.

El capitán general le pide la actuación jurídica y la nota oficial de la partida de registro; Navas le contesta que no las tiene. Cuando le pregunta cuál es el delito de la prisionera, le contesta que él lo ignora, agregando:

—El comandante del Puerto de La Guaira dispuso sacarla de las bóvedas de la prisión y embarcarla en mi buque.

—Así proceden los pacificadores de América —exclamó el capitán indignado. Y se dirige a Luisa solicitando de ella informes sobre la causa de su prisión.

—No sé, señor —dijo Luisa—. Yo soy la esposa del general Arismendi, tal vez será este mi delito.

El capitán, extrañado de este proceder de las autoridades españolas de ultramar, le dice que a ninguno puede hacerse responsable por las acciones de otro, en las que no ha tenido participación alguna, y agrega:

—Los gobernantes de una sociedad bien ordenada y con sentido práctico no deben cometer actos de tal naturaleza bárbara, castigando en la mujer los delitos del esposo por grandes que estos sean.

Después, con voz más calmada, continúa:

—Si los españoles de América desnaturalizan su misión exterminando las colonias, en lugar de conservarlas por medio de la fuerza y la prudencia sabiamente coordinadas, toca a los agentes de la corona en la Península condenar con actos oficiales estos impolíticos y crueles procedimientos.

La situación política de España era hartamente delicada para que el capitán general de Andalucía se arriesgase a poner a Luisa en libertad.

Fernando VII, al recuperar el trono, no tuvo inconveniente alguno para ofrecer en actos oficiales todo lo contrario de lo que su Gobierno se proponía realizar. En seguida se hizo sentir la reacción, representada en sediciones militares; pero el partido absolutista, en enero de 1817, se encontraba domeñándolas en horcas y banquillos.

El capitán pide a Luisa, muy respetuosamente, que escoja ella misma el lugar de su prisión entre el Hospicio Provincial o la Casa de las Viudas. Pero Luisa se niega a escoger porque había sido informada que en esos lugares se albergaban mujeres de todas las condiciones y estaban, además, fuertemente custodiadas por la guardia. El capitán le hace saber que ella está en España confinada y que, por lo tanto, puede escoger libremente cualquier lugar. Y en vista de su desamparo le asigna una pensión de quince duros, imponiéndole la obligación de presentarse mensualmente al juez de Alzada, a quien debería entregar el recibo correspondiente.

El respetable cirujano don José María Morón y su esposa, doña Concepción Pepet, se ofrecieron para hospedar a Luisa en su hogar, percibiendo la pensión que le daba el Gobierno y prestando la fianza que exigió el capitán general.

Al opulento puerto de Andalucía llegó Luisa a los dieciocho años de edad, después de haber sufrido inauditas vicisitudes, y encontraba para ella un sueño aquella relativa libertad que gozaba.

La familia, en cuyo seno se hallaba recluida, pudo pronto apreciar la suave índole de la joven expatriada, y su carácter afable y circunspecto le inspiró una gran estimación, sin que pasaran muchos días antes que fuera ya considerada como una hija de la casa. Le proporcionaron ropa de marinos para que ganara algún dinero, pagándole por cada pieza dos reales de vellón. Luisa terminaba dos por día, cosiendo hasta las ocho de la noche.

El capitán Navas, quien vivía en la isla de León, inmediata a la ciudad de Cádiz, la nombra madrina de un hijo a quien deseaba cristianar, y Luisa acude ante las autoridades a pedir una licencia para poder salir de la ciudad. (Este trivial incidente le fue más tarde de mucha utilidad).

Arismendi se hallaba, para ese tiempo, en el sitio de Angostura, y Luisa no había recibido ninguna comunicación de él ni de su madre. La situación política de Venezuela y España aislaba completamente a los patriotas que residían en Cádiz.

Cuando se hallaba Luisa gozando de la tranquilidad que había encontrado en su nuevo destierro, recibió una citación de la Capitanía General que le hizo perder su sosiego. Comparece ante la autoridad y se encuentra con una representación que debía firmar para presentarse ante S. M. el rey de España.

El justificativo levantado por el brigadier Fierro en las islas Azores, la presentaba como una “virtuosa esposa” de uno de los monstruos de la rebelión, que había despreciado la oportunidad de restituirse a su familia para acogerse a la clemencia con que el amor paternal del rey recibía siempre a los vasallos extraviados de ultramar que protestaban de nuevo lealtad.

Tal era el pensamiento del oficioso memorial y el objeto de la citación que llevó a Luisa a la Capitanía General.

Cuando se impuso de él, contestó con dignidad:

—Yo soy incapaz de deshonorar a mi marido con la firma que se me pide. Su deber es servir a su patria y libertarla. Señor

—continuó—, yo no puedo aconsejar un crimen a Arismendi. Soy su esposa y conozco mi deber.

Estas palabras, de una natural elocuencia, fueron publicadas en la prensa de Cádiz y en la de Londres, aunque muy desfiguradas. El capitán general las refería a sus compañeros observando que ya España no podía contar con las Américas.

—Si una joven —les dijo— en poder de sus enemigos manifiesta tanto dominio y fortaleza, ¿qué no harán sus libres compatriotas?

Sus valientes frases causaron una honda impresión en los habitantes de la ciudad, y en ella se fijaron las miradas públicas, por lo que Luisa juzgó acertado no salir a la calle.

Sus relaciones con la familia Morón se estrechaban cada día más y en la grata intimidad y confianza por ellos brindadas, Luisa les dio a conocer su historia, siendo de este modo como aquellos amigos se impusieron de los tristes antecedentes de su vida, interesándose en su suerte y tomando parte en las penalidades y en las esperanzas de la bella joven expatriada.

IV

En el destierro vive Luisa alimentando la esperanza de recibir alguna noticia de su madre o de su esposo; pero pasan los días y los meses sin que nada sepa de sus amados ausentes.

Corría el año de 1818...

Un día se presenta ante Luisa el teniente Carabaño, quien en pocas palabras le ofrece los medios de embarcarla para América. Le informa que en el castillo de San Sebastián se encuentra prisionero un caballero de nacionalidad inglesa, quien, enterado de su desgraciada situación, desea dispensarle su protección, encargándolo a él para que le participe su benéfica intención.

Al principio, Luisa se muestra confusa y un poco asombrada, pero razonando sobre la proposición que le ofrece el prisionero desconocido, contesta a Carabaño que se sirva decirle a tan bondadoso caballero que antes de aceptarla quiere verlo para establecer sus condiciones.

La entrevista pedida fue aceptada.

Carabaño conduce a Luisa en presencia de un respetable anciano, el cual le expresa en cálidas palabras la simpatía que le inspira su infortunio, ofreciéndose a llevarla al lado de su esposo y siendo por su propia cuenta y riesgo todos los gastos que el viaje requería.

Luisa acepta, con la sola condición de que los gastos que ocasione el restituirla a su patria fuesen luego reintegrados por Arismendi. El extranjero se niega a aceptar esta proposición, pero Luisa insiste y, al fin, accede a su deseo.

Conviene en que la evasión se efectuará tan pronto como una fragata mercante americana arribe al Puerto de Santa María; y Luisa se ve obligada a guardar el secreto de su partida hasta de aquellas personas a quienes la unía un sentimiento de gratitud, por temor de que su plan fuese descubierto.

Cuando llega la fragata al puerto, Luisa se encuentra sin recursos para efectuar el viaje y se le ocurre pedir al Gobierno una mensualidad adelantada para trasladarse a la isla de León, donde va a temperar un mes.

Obtiene el dinero adelantado, y cuando llega la última noche que ha de pasar al lado de la hospitalaria familia Morón, se arroja emocionada en los brazos de la señora y le habla de su fuga, revelándoles que al día siguiente, por la noche, se efectuaría la evasión. La señora de Morón, sobresaltada, le pregunta por la fianza y Luisa le responde que, habiendo pedido licencia para pasar un mes en la isla de León, el señor Morón debe manifestar a las autoridades su ausencia, a fin de desligarse de toda responsabilidad.

La ropa de Luisa es llevada secretamente a bordo, y ella sale con un pequeño paquete en las manos para no infundir sospechas.

Llegada la noche, Carabaño la acompaña a pie hasta el Puerto de Santa María, donde un bote la aguarda para trasladarla a la fragata.

Cuando llega a bordo, Luisa se encuentra toda amedrentada ante la angustia de que su fuga fuese descubierta y se la redujese nuevamente a prisión. Pero estos temores se desvanecieron cuando se vio navegando con rumbo hacia Filadelfia, bajo la égida del estrellado pabellón, el 19 de marzo de 1818.

Y de esta manera, recuperó la libertad la sufrida esposa de Arismendi.

*

Después de una larga navegación, llega a Filadelfia el día 3 de mayo. El capitán la aloja en su propia casa y le entrega una carta de recomendación dirigida a un amigo de su protector, un negociante de apellido Tottem. Este señor, de acuerdo con las instrucciones recibidas, busca alojamiento para Luisa en una posada española, a fin de que pueda entenderse sin la necesidad de un intérprete. Pero más tarde, se traslada a un establecimiento francés donde pudo descansar de las fatigas del viaje.

La prensa de Filadelfia quiso hacer informes relativos a la persecución de que era víctima la bella esposa del caudillo margariteño, pero Luisa se opone dignamente a ello.

Por aquel tiempo, se encontraba emigrada en Filadelfia la familia del general republicano Lino de Clemente, con la cual estrechó Luisa una valiosa amistad que conservó después, durante toda su vida. Contribuyó a esta unión el que fueran hijos de una misma patria y el que alentasen en sus pechos el mismo ideal de lucha por su liberación.

La víspera de su partida para Margarita, Luisa fue sorprendida con la visita del coronel Luis Rieux, quien le entregó unas cartas de su madre y de Arismendi que fueron para ella motivo de gran alegría, después de la absoluta y prolongada incomunicación en que había vivido esos largos meses.

Este coronel llevaba la misión —encomendada por Arismendi— de entrevistarse con Luisa y restituirla a Margarita. Como prenda de confianza, le entregó a Luisa el rosario de oro que le regalara Arismendi el día de sus bodas. Al reconocerle, Luisa se siente embargada por la emoción.

Puesta Luisa bajo su cuidado, se embarcó rumbo a Saint Thomas, y desde allí se trasladó al buque que periódicamente

navegaba entre aquella isla y Margarita, al mando del capitán Agustínillo, compatriota y admirador de Arismendi.

*

El 26 de julio de 1818 llega Luisa, felizmente, a los brazos de su madre y de su esposo, a los diecinueve años de edad, después de una ausencia de cuatro años durante los cuales sufrió toda clase de vejámenes y privaciones por parte de los gobernantes españoles.

En Juan Griego, Luisa es recibida por la población con toda clase de pompas militares y demostraciones de regocijo popular.

Los comandantes de las naves de guerra consiguieron que Luisa volviera a bordo, al día siguiente de su llegada, reclamando el jefe de mayor graduación, Joly, el honor de llevar a la esposa de Arismendi.

Cuando llega a tierra, recibe los honores y las salvas que le hacen a su marido las ordenanzas militares, al tiempo que la población los obsequiaba con disparos, en señal de celebración.

En su recorrido por las calles, atravesaron arcos de triunfo. Grupos de mujeres entusiastas detuvieron a Luisa en su camino triunfal para ceñirle una guirnalda de flores.

En el templo de la villa, se cantó un tedeum en acción de gracias, y durante ocho días continuaron los bailes y los regocijos populares.

Desde ese mismo día, Luisa Cáceres volvió al goce de la vida privada, donde se mantuvo después silenciosa y retirada de la sociedad en la que, por muchos títulos, tenía el derecho de figurar.

*

El día 2 de junio de 1866 se duerme dulcemente Luisa Cáceres de Arismendi, a los sesenta y siete años de edad.

Su honesto sentido del deber, su feminidad, su dignidad y su firmeza de convicciones quedaron de pie ante la historia para ejemplo de las mujeres que luchan, sufren y esperan...

II
Teresa Carreño

Nota editorial

Carmen Clemente Travieso tuvo que enfrentar no pocas dificultades a la hora de investigar sobre la vida, personal y artística, de Teresa Carreño. A la escasa documentación y bibliografía especializada, debemos agregar las imprecisiones, omisiones y desaciertos en el poco material que tuvo a mano.

La fuente principal de la que se disponía entonces, correspondía a la prístina biografía de la genial pianista escrita por su alumna, la estadounidense Marta Millinowski. Publicada en 1940 por el fondo editorial de la Universidad de Yale, *Teresa Carreño. By the Grace of God* fue la primera aproximación editorial a la figura de “la Carreño”. (En 1953 aparecería la primera edición traducida para el público hispanohablante).

Sin embargo, con el paso del tiempo, algunos interesados en la obra de la artista han diseccionado, con minuciosidad quirúrgica, el texto de Millinowski, encontrando datos errados, fundamentalmente, en lo relacionado a los conciertos —fechas y lugares de presentación— y sus correspondientes repertorios.

Sirva esto como advertencia al lector acucioso, cuya sana intromisión puede llevarlo a detectar equívocos en el presente ensayo.

La labor de los editores se ciñó a una intención sustancial: rescatar la valiosa obra de la escritora. Bajo esta premisa,

se descartó cualquier modificación que afectara notablemente la ilación narrativa del texto. Salvo la revisión de los nombres de las piezas musicales, ciudades, teatros y personalidades, así como la adaptación a las normas ortográficas actuales, hemos procurado no alterar el esqueleto de la escritura.

Clemente Travieso retrata el alma de una mujer, con admiración y amorosa cercanía, sin descuidar ningún aspecto de su vida: la hija, la artista, la enamorada y la madre. Y eso es lo que pretendemos que encuentren los lectores.

LOS EDITORES

PRESENTACIÓN

La Agrupación Cultural Femenina y el homenaje a Teresa Carreño

Tras la penetración económica que sufren los países débiles, por parte de naciones poderosas, viene siguiéndole muy de cerca —o corre paralela a ella— la penetración cultural. El poderoso, que nos obliga a comprar sus mercaderías y a relegar la criolla producción, necesita transformar nuestra mente para lograr una actitud sumisa, obediente, y suprimir todo vestigio de oposición y rebeldía. De tal manera, la prensa, las revistas, los libros, el cinematógrafo, son medios altamente eficaces, en manos de las potencias dominantes, para la destrucción del espíritu nacionalista en los pueblos por ellos sojuzgados.

Las agencias noticiosas internacionales nos enseñan a ver los acontecimientos mundiales como los ven en el Norte. Las películas, las tiras cómicas, las revistas de lectura seleccionada, presentan, glorificándolo, un modo de vida al cual debemos admirar. Y es tal la intensidad de la propaganda que los valores nacionales de la cultura, las tradiciones, las costumbres, quedan rebajados a un plano secundario. Ha aparecido entre los intelectuales una corriente que menosprecia la tradición nacional porque significa —según dicen ellos— atraso y cierra el paso a las nuevas ideas que cada día nos llegan de otros países. Este punto de vista es solo una forma velada de cooperación con el enemigo de nuestro patrimonio cultural; viene a ser un apoyo

en el intento por hacer desaparecer el cariño hacia nuestro folclore, la admiración por los hombres y mujeres destacados de Venezuela. Nuestra juventud tal vez no conozca la vida agitada y valerosa de los llaneros, ni sepa de las azarosas noches de pesca de los marineros margariteños, pero sí está muy familiarizado con las andanzas de los vaqueros del Oeste norteamericano; y aunque cuente entre sus héroes preferidos a cualquier vulgar personaje de las historietas, probablemente, no comprende todavía por qué honramos cada día más la memoria de Andrés Bello y respetamos la figura admirable de Simón Rodríguez.

Ante esta dolorosa realidad, ninguna tarea más importante que la de divulgar lo nuestro, enseñando a conocer y a amar a los escritores, artistas, científicos, a todos aquellos cuyas obras constituyen nuestra hermosa y extensa tradición cultural.

Trascendental labor es, pues, esta de rendir homenaje en el centenario de su nacimiento a Teresa Carreño, gran venezolana que llevó hasta las más lejanas tierras el nombre de su país natal, proclamando, con sus brillantes interpretaciones pianísticas, cómo Venezuela poseía un ambiente musical capaz de dar a luz artistas de tan refinada sensibilidad.

Y si por venezolanas estamos, las mujeres de la Agrupación Cultural Femenina, en el deber de enaltecer a quien ensalzó como pocos a su patria, como mujeres, es nuestra obligación hacer justicia a quien tan poca justicia hizo a las mujeres de su tiempo. Cuando Teresa Carreño regresó a Caracas, señalada por la crítica mundial como una de las más grandes figuras musicales, la recepción oficial fue cálida, y el homenaje del pueblo, que es siempre espontáneo y generoso, le fue ofrecido sin regateos por las multitudes que llenaron las calles de Caracas para verla pasar. Pero las mujeres de su misma clase social, las amigas de los Carreño, las damas de elevada posición que ostentaban apellidos nobles, la desairaron en forma

ostensible, rechazando todo contacto social con ella. ¿Por qué este vacío alrededor de una mujer tan digna de admiración? Su linaje no tenía nada objetable en concepto de los aristócratas de Caracas, pues, ¿no era ella descendiente del marqués del Toro? De muy diferente índole era el desprecio de las encumbradas damas caraqueñas. Teresa había sufrido fracasos sentimentales y había encarado sus reveses con franqueza y lealtad: ante la falta de comprensión y cariño verdadero de hombres que dijeron amarla, ella puso fin por medio del divorcio a matrimonios que llegaron a ser cargas de pesar para su vida de mujer y obstáculos insoportables para su vida de artista notable. En el ambiente mojigato de la Caracas de 1885, cuando la influencia de la Iglesia dominaba fuertemente el criterio de los caraqueños, particularmente de las mujeres, la falta de Teresa resultaba imperdonable. Obligada a aceptar que “lo que Dios ha unido no lo puede separar el hombre”, la mujer de aquellos días debía tolerar con resignación la infelicidad conyugal y representar la farsa de una unión dichosa aun cuando el amor, única base verdadera del matrimonio, hubiera dejado de existir. Esta insinceridad era incompatible con el temple de Teresa Carreño. Mujer apasionada, que en su arte musical, en el cariño de madre y, naturalmente, en el amor, ponía todo el calor de su gran sensibilidad, sufrió intensamente cuando la mezquindad y el egoísmo vinieron a entorpecer su felicidad, y siguió en la búsqueda de un hogar tranquilo, sin llegar a disfrutarlo nunca.

La tragedia sentimental de Teresa Carreño es la tragedia de las mujeres de ayer y de hoy. Es el problema de una parte de la sociedad que ha sido mantenida por muchos siglos en posición de inferioridad, obligada a aceptar dentro del matrimonio no la amistad y el cariño del compañero, sino las relaciones del amo y su sirviente. Tal injusticia provoca, en general, la infelicidad en el matrimonio, pero cuando envuelve a mujeres excepcionales, como nuestra Teresa Carreño, el problema

toma caracteres críticos. La Carreño fue mujer de dotes artísticas pocas veces igualadas y de personalidad avasalladora. Los hombres que compartieron con ella vida matrimonial sintieron la superioridad de esta mujer, y heridos en su vanidad, creyendo ver menoscabada su jefatura, la hicieron víctima de pasiones mezquinas, intentando rivalizar con ella en el arte o golpeando brutalmente sus sentimientos maternos, tal como hizo Sauret al arrebatarse a su hija y educarla, ignorando quién fue su madre.

Por otra parte, las costumbres que rigen la sociedad en que vivimos han colocado numerosas trabas en la vida de la mujer que aspire a ocuparse en actividades fuera de los límites del hogar. La esclavitud de los deberes domésticos encierra a la mujer en un círculo estrecho, del cual ella no puede salir sin provocar conflictos dentro de su casa. Teresa Carreño oyó el llamado de su intensa vocación artística y comprendió que su vida estaba en el arte, y al arte debía dedicarse por entero. Mas la sociedad mezquina que niega a la mujer su derecho a ocupar un puesto destacado en el campo intelectual, artístico, hubo de castigar su ambición, y aun cuando Teresa Carreño gozó la satisfacción del triunfo absoluto en la carrera que escogió, no llegó a conocer jamás la dicha de una vida apacible junto a su marido y sus hijos.

Para el pleno desarrollo de todas las facultades que posee la mujer, es preciso que la sociedad tome en consideración las características especiales de su sexo, le proporcione las facilidades para el cuidado de sus hijos y la libere de tantas tareas insignificantes que la privan de ejercer más altas funciones. A ella le ha sido asignada la nobilísima misión maternal, y, para cumplirla dignamente, debe ocupar un puesto de igualdad con el resto de la sociedad, sin humillaciones ni menosprecios. Esta es la más alta aspiración de todas las mujeres conscientes: un mundo donde cada mujer pueda ofrecer a la colectividad el

máximum de su esfuerzo creador, darse íntegramente en beneficio de la humanidad como madre y, a la vez, como ciudadana. Un mundo donde no se vea frustrada la felicidad personal de una mujer como Teresa Carreño porque sueña con elevarse por encima de la mediocridad.

Teresa Carreño fue una gran venezolana y una gran mujer. En reconocimiento a sus cualidades de artista excepcional, que enalteció el nombre de Venezuela, y como un intento por reivindicar la figura de la mujer herida en el pasado, y aún en el presente, por la incomprensión de sus compatriotas, la Agrupación Cultural Femenina contribuye con esta biografía al homenaje que se le rinde hoy, cuando se cumplen cien años de su nacimiento. Carmen Clemente Travieso, a quien fue encomendada la difícil pero honrosa tarea, ha procurado presentar en su estudio un retrato fiel de la excelsa mujer, destacando sus cualidades de esposa leal y de madre abnegada hasta el sacrificio. Reivindicar a Teresa Carreño ha sido el propósito, y si esta pequeña obra lo lograra, la Agrupación Cultural Femenina habría cumplido con su deber para con una de las más altas exponentes de las cualidades innegables de la mujer venezolana.

El genio duerme en el alma de cada uno.

K. M.

Hay momentos en la existencia de los seres humanos en que el espíritu parece agonizar en la lucha por la realización de sus ideales y aspiraciones, y toma conciencia de una especie de espera misteriosa. Es entonces que el espíritu se turba y cree vivir una aventura por algo “que debe pasar” y cuyos contornos son todavía imprecisos. El corazón se emociona, la sensación precede al sentimiento y la imaginación hace el resto...

Cuando la pequeña Teresita Carreño sintió el llamado de su vocación artística, seguramente evocaba esos mundos de increíble belleza con los cuales soñaba su imaginación infantil. Para ella solo había un instrumento que sonaba al conjuro de sus manos, de su imaginación; y sobre las teclas de ese instrumento se echó a soñar como suelen hacerlo los niños que sienten desde temprana edad el misterioso llamado del arte.

Es así como vemos a esta niña de nueve años, más joven aún, de seis, estremecerse de amor ante la armonía de la belleza. Esta niña cuyos puros ojos sonríen a la dulzura de la vida; que ama las flores y la música con apasionada ternura. Es un alma que deja entrever los deseos de su corazón adolescente, apenas consciente de sí misma. Es ella, nuestra Teresita Carreño, cuyo nombre fatigará la historia del arte durante más de medio siglo en los principales escenarios mundiales.

Esta Teresita Carreño “por la gracia de Dios” que nos pintan los biógrafos, es un corazón venezolano despierto a la vida, a la belleza, al arte, al valor, a la ternura... Es apenas una niña ingenua que hace preguntas a sus padres sobre las cosas que la rodean; que piensa que su público más atento es el de sus muñecas, que a su lado, en el mismo banco de sus conciertos infantiles, parecen escuchar, atentas y sonrientes, sus interpretaciones. Es una niña dueña de un mundo imaginario, rico en armonías y ternuras.

Es una artista que aún sin haber aprendido las reglas del arte que la apasiona, sabe enardecer los públicos de allende los mares y desatar los más exagerados elogios de escritores, críticos, periodistas y genios universalmente reconocidos.

Cuando la madre la interroga: “¿Qué quisieras ser tú? ¿Una princesa o una artista?”, Teresa contesta de inmediato: “¡Yo seré una artista toda mi vida!”.

Era que ya había sentido el llamado del genio.

*

Teresa Carreño nació en Caracas, el 22 de diciembre de 1853. Existe una leyenda por la cual se cree que fue una pianista la primera que le cortó las uñas a Teresita y luego enterró los recortes en la tierra. Los que la conocieron en sus primeros años, aseguran que era una niña normal en todo menos en la música.

Teresa Carreño era de larga ascendencia musical. Venía de una familia de reconocida inclinación por este arte. Los Carreño eran personas que se habían distinguido en la música, en la pintura, en la poesía... El más viejo de sus antepasados es Juan Carreño de Miranda, nacido en Avilés, Asturias, el 25 de marzo de 1614. Fue un pintor notable en su época, que transmitió el método de Velázquez en la pintura. Bartolomé Carreño fue capitán de Marina, y su hijo, Francisco, se aventuró por los mares llegando a ser gobernador en La Habana. José Cayetano Carreño

es autor de la *Elegía*, la primera composición que se conoce en esta familia. Cayetano Carreño es autor de *La oración del huerto*, y fue considerado un genio musical en los tiempos coloniales. Se había casado en Caracas con doña Rosalía Rodríguez, y de este matrimonio arranca la familia de Teresita por parte de padre, Manuel Antonio Carreño, quien era hijo mayor de don Cayetano. Contrajo nupcias con doña Clorinda García de Sena y Rodríguez del Toro, sobrina de la esposa del Libertador. Su tío fue el genial maestro del Libertador, don Simón Rodríguez.

Crece la niña en un ambiente aristocrático lleno de convencionalismos. La madre es fría y protocolar. Entre sus costumbres estaba aquella de dar a besar la mano a sus hijos, a quienes trataba como si fueran sus vasallos más inmediatos. El padre es autoritario, ambicioso. Manuel Antonio Carreño era autor de una obra melodiosa y recargada, llamada *La fleur du désert*. Había escrito también un tratado sobre los buenos modales en sociedad (el *Manual de urbanidad y buenas maneras*, conocido como el *Manual de Carreño*).

Desde muy temprano —seis años y medio— comienza su educación musical vigilada por su propio padre. La misma Teresita escribiría más tarde:

El hecho de que hubiese comenzado desde muy temprana edad mis estudios, fue una gran ventaja para mí. La voz del piano me atraía y ya desde los tres años intentaba arrancarle sonidos al instrumento. A la edad de seis y medio comencé a estudiarlo seriamente, de tal manera que a los nueve ya tocaba piezas como la *Balada n.º 3 en la bemol mayor*, de Chopin. Me fue, por otra parte, sumamente provechoso el haber tenido en mi padre un maestro ideal. Habiendo él observado cómo me gustaba el piano, decidió enseñarme sin pérdida de tiempo. Era él un apasionado amante de la música y es indudable que de no haberse encaminado, por el bien de su patria, hacia la política, habría llegado a ser un gran músico.

Desarrolló un maravilloso sistema de enseñanza pianística, y la labor que conmigo realizó la aplico yo ahora a mis discípulos.

Y refiere que su padre escribió para ella quinientos ochenta ejercicios, cada uno de los cuales debía ser tocado en todas las tonalidades, ora ligado, ora *staccato*, *semi staccato*, etcétera, y con toda suerte de matices. No menos de tres días debía emplear para practicarlos todos.

“Parte de mi adiestramiento —dice Teresita— consistía en la autocrítica. Aprendí a oír, a ser crítica, a juzgar mi propia labor. Debía encontrar mis errores y corregirlos yo misma. Atribuyo a esta actitud muchos de mis éxitos subsiguientes”.

En el Teatro Caracas, el 11 de julio de 1861, se oyó por primera vez una polca compuesta por una niña de siete años y ejecutada por la Banda del Batallón. Algunos críticos aseguran que fue Teresita la autora de esta polca.

Los que la oyeron entonces se preguntaron asombrados, “¿Dónde aprendió esta niña a conocer el corazón humano?”.

El ambiente caraqueño y la tradición musical

Caracas, para aquella época, era una reminiscencia de la Colonia, con sus calles empedradas, sus farolas en las esquinas, sus patios y jardines llenos de árboles y flores, sus vastas casonas, ¡ay!, tan despreciadas por el modernismo, y con sus clases sociales muy definidas. Los mantuanos disfrutaban del poder y de los privilegios como clase más fuerte y poderosa, enriquecidos con el trabajo de mano esclava en vegas y sembrados que circundaban a la ciudad. Venezuela se restablecía de las heridas dejadas por la cruenta guerra de la Federación, en la cual el pueblo tomó las armas tras un anhelo de mejoramiento social y económico.

La educación impartida a las niñas de la alta sociedad, a la cual pertenecía Teresa Carreño, no puede ser más deficiente: el canto, el baile, la costura, la iglesia y, especialmente, la obediencia. Se educa a la mujer en los principios coloniales de sometimiento y obediencia. No obstante que algunos visitantes y cronistas dijeron que la mujer venezolana era bien educada e inclinada a la música y al baile, la gran mayoría de ellas no recibía educación alguna.

Caracas guardaba una hermosa tradición musical, nacida en las haciendas de Blandín y a las márgenes del Guaire, en aquellas hermosas tardes que nos describe don Arístides Rojas.

Esta historia se remonta a los tiempos de la Colonia. El cronista la lleva hasta el año de 1712, cuando se estableció en Caracas la primera escuela particular de solfeo. En la década de 1750, los primeros músicos fundaron la Sociedad Filarmónica, en la cual figuraba J. M. Olivares. Otros cronistas llevan la fecha más lejos aún: cuando el Cabildo Metropolitano de Caracas fundó la primera escuela de canto llano, el 2 de abril de 1640. En 1660, en el coro de la catedral, canta el primer tenor José Fernández Mendoza, quedando ya instituido el canto en la metrópoli.

El primer maestro de capilla de la catedral fue el padre Gonzalo Cordero, nombrado en 1671, quien enseñaba el órgano, la música y el canto llano. Para el año de 1775, la orquesta del coro alto de la catedral se componía de algunos músicos. En 1774 es nombrado maestro de capilla el Pbro. don Ambrosio Carreño; en 1789, el Pbro. don Alejandro Carreño, y más tarde ocupa el puesto don Cayetano Carreño, al cual sucede uno de sus hijos.

En 1797, el Cabildo de Caracas pagó al maestro Cayetano Carreño noventa pesos por varias obras musicales que se ejecutan aún.

Así, el arte musical había alzado vuelo en los tiempos de los Carreño. Olivares, Velásquez, Blandín, los Carreño y el Padre Sojo formaron un conjunto filarmónico (el núcleo artístico más antiguo de la Caracas colonial) que se reunió por primera vez en las haciendas de Chacao, invitados por Sojo y Blandín. Estas reuniones musicales se efectuaron en el convento de los padres neristas y en la Floresta. El primer cuarteto de música se escuchó en 1785. Refieren los cronistas que no solamente asistían a estas reuniones los aficionados y los aristócratas, sino las mujeres, pues Blandín tenía dos hermanas que tocaban el clavecín. Pronto llegaron a manos de Sojo las

partituras de Mozart, Pleyel y Haydn traídas por los naturalistas, Bredemeyer y Schucht.

Luego de este primer grupo, se distinguieron: Velásquez hijo, Caro de Boesi, Villalobos, Meserón, Montero Gallardo, los Landaeta, Mármol, Isaza, Pereira, Pompa, el profesor Rodríguez y, el más joven de todos, José Ángel Lamas, autor del *Popule meus*. Los primeros clavecines habían llegado a Caracas en el año de 1796.

Olivares y Sojo formaron escuelas y enseñaron a muchos artistas. También existían capillas donde se dictaban cursos musicales en forma. Muchos de estos artistas combatieron por la Independencia, y Boves hizo fusilar a más de treinta que habían emigrado el año 1814.

En las calles de Caracas se oyeron las primeras canciones patrióticas, con letra de Andrés Bello y música de Cayetano Carreño, que decían: “Caraqueños, otra época empieza...”.

Para 1811, la capilla musical de la catedral estaba en manos de don Cayetano Carreño. Dice José Antonio Calcaño:

Cayetano Carreño, uno de los más destacados entre todos nuestros compositores, había dado lo mejor que tenía en sus mejores tiempos: su producción de más nombradía, *La oración del huerto*, en 1906. Velásquez el Viejo, Anastasio Bello, también producían, nada semejante a la gran misa del primero de los nombrados, anterior a 1810, que es una obra maestra llena de una dulzura y una elevación verdaderamente celestiales.

Y añade que “la razón de este fenómeno es la revolución extraordinaria que se había operado en los espíritus”.

Y es en este ambiente colonial, en la Caracas apacible, sembrada de vegas de café, donde concurren los discípulos de los primeros músicos y artistas venezolanos, donde aparece un día —hija y nieta de músicos notables— esta Teresita Carreño que asombró al mundo desde que tenía nueve años de edad.

La casa está silenciosa. Todos duermen. En el jardín, las rosas han abierto sus pétalos cubiertos por el rocío de la madrugada. Huele a mastranto, a flor de romero, a reseda... El pomagás mantiene el jardín lleno de flores rojas... El canario ha desatado sus trinos en la límpida mañana. A las habitaciones llegan, tenues, los ruidos de la criada que prepara el desayuno de los señores y de los niños. El sol aún se queda entre los copos de los árboles, pero los viejos corredores están iluminados por una luz rubia que promete un día espléndido.

Sobre las losas del patio, se sienten apenas las pisadas ligeras de una niña que se encamina con paso menudo hacia su habitación. Allí se ha puesto a jugar con las muñecas, cuando de repente recuerda aquella hermosa melodía que ha oído interpretar a su hermana la noche anterior; cuando la gran sala se abrió para recibir a los amigos y familiares que han llegado a oír un poco de música y a tomar el chocolate.

Teresita se dirigió apresurada al salón; abrió con sigilo la puerta de la sala y entró furtivamente. Sobre la banqueta se ha trepado como ha podido y abre aquel instrumento maravilloso que la deja pensativa unos segundos. ¡Quién pudiera hacerle vibrar con las armonías que ella lleva en su mente!

Sin saber cómo, Teresa, por primera vez, se ha puesto a soñar sobre el piano. Sus manos arrancan las armonías inventadas por ella misma, y llega un momento en que sus sueños toman tales proporciones, así interpretados, que el padre despierta sorprendido y se dirige con paso apresurado a la sala.

—Emilita, cómo es posible...

Pero no, no es Emilita; es su pequeña hija, Teresita, quien está temblando de miedo sobre el banco, ahora demasiado grande para su magra personalidad...

—Continúa, hija, continúa.

Y la niña continúa arrancando arpegios y melodías al instrumento. El padre, emocionado, se seca furtivamente unas lágrimas que corren por sus mejillas.

—No, papaíto, yo no lo haré nunca más...

Y se ha refugiado en sus brazos que tiemblan de la emoción. Un genio se abrió camino en medio de las tinieblas.

Así comenzó la brillante carrera musical de Teresa, y que no terminaría sino con la muerte. Y ni aun con la muerte: su nombre y su arte son inmortales.

El mismo día, el padre estaba iniciándola en la música. Allí mismo comenzó su aprendizaje; y los vecinos y amigos primero, llegaron en tropel a oír a la niña pianista que tocaba magistralmente el piano y cuyos pies no alcanzaban el pedal.

La niña que sentaba a sus muñecas en su banco para que oyeran, ellas también, sus conciertos...

Los padres pronto se dieron cuenta de la personalidad musical de Teresita, y bajo el consejo de algunos amigos decidieron trasladarse a Nueva York para que siguiera con sus estudios y diera algunos conciertos. Allí estaba, como el más grande pianista del momento, Louis Moreau Gottschalk. El 1.º de agosto de 1862 emprendieron el viaje. Teresita subió las escaleras del vapor con su muñeca apretada contra su pecho...

La revelación del genio

El ambiente en Nueva York había sido propicio a Teresita. En su propia casa, algunos artistas conocidos fueron invitados para oír a la pequeña pianista. Con ello la daban a conocer y, al mismo tiempo, evocaban el ambiente musical al que estaban acostumbrados los Carreño, cuando invitaban a sus amigos y vecinos, en las cálidas noches caraqueñas, para oír música.

El periódico *New York Illustrated News*, relata así una de estas reuniones: “La hemos oído en la residencia de su padre tocar el más delicioso concierto de música, el cual compuso mientras tocaba”.

La gentil niña se había adueñado de los corazones con su gracia y sus encantos infantiles.

En uno de estos conciertos estaba presente Gottschalk. Distráido, como siempre que aparecía en público, oía a Teresita tocar la *Gran fantasía y variaciones sobre “Norma” de Bellini*, de Thalberg, cuando se levantó de su asiento y gritó fuertemente: “¡Bravo!”, dándole a Teresita un beso en la frente.

“Aquel beso fue el sello de aprobación que había ganado del gran maestro. Le faltaba aún conquistar a la más comercial ciudad de América”¹.

1 Marta Milinowski, *Teresa Carreño*, trad. de Luisa E. Monteverde Basalo, Eds. Edime, Madrid-Caracas, 1953 [s/d.].

El 7 de noviembre de 1862, Teresa Carreño da su primer concierto privado con *Souvenir de "El trovador" de Verdi*, de Goria; *Gran fantasía y variaciones sobre "Norma" de Bellini*, y *Capricho sobre "Ernani"*, de Prudent. El auditorio estaba absorto. Teresita notaba el gran silencio y se emocionaba, especialmente cuando ejecutaba *Le bananier*, de Gottschalk, el cual había aprendido de memoria en solo dos días. Como final, ejecutó con su padre el *Gottschalk Waltz*, compuesto por ella misma en honor al maestro.

Y da comienzo a la gira de conciertos que habría de ejecutar luego. El primero es fijado para el 25 de noviembre. Gottschalk está asombrado del genio de esta chiquilla venezolana. En carta al empresario Harrison le dice: "Teresita no es solo una maravillosa niña, sino un genio real".

En su segundo concierto, efectuado en el Irving Hall, añade a su programa la *Fantasía sobre "Moisés en Egipto" de Rossini*, de Thalberg, y la *Canción de primavera*, de Mendelssohn.

Comienzan los triunfos: en la Academia de Música se oye un estruendoso aplauso cuando ejecuta las *Variaciones sobre "¡Hogar, dulce hogar!"*, de Thalberg, y cuando —bajo la dirección de Theodore Thomas— toca la *Sinfonía n.º 1 en do mayor*, de Beethoven, en el segundo concierto filarmónico de la temporada.

Desde entonces, ya Teresita, la dulce y angelical niña de los bucles negros sobre la frente, no tiene tiempo para descansar ni para dedicarse a sus muñecas. Todos la solicitan, todos quieren oírla cada noche. Llega a dar cinco conciertos en tres semanas. Tiene que ensayar, pero ella goza interpretando las armonías de los grandes autores de su época. En su último concierto, las localidades, en número de tres mil, se han agotado, y hay personas que se quedan toda una noche de pie en los pasillos para poder oír a la niña genial en la Academia de Música.

Mas, ¿cómo era Teresita? Tratemos de mirarla también nosotros: aquella noche estaba radiante. Se presentó del brazo de

su padre con un traje de gasa blanco y tarlatanes; con sus bellos y brillantes bucles cayendo por la espalda y sus ojos soñadores, prendidos al encanto musical que la apasiona y al calor del público que la aclama. Aquella noche interpreta por primera vez *La última esperanza*, de Gottschalk, aprendida en un día, y un capricho, compuesto por ella misma y que había sido dictado ligeramente por su madre aquella mañana². Pero ella no necesitaba aprender la música; ella llevaba la música en sí.

Más tarde, en la casa, su padre se queja de que, a pesar del lleno y del éxito, ni un solo penique había entrado en sus bolsillos de aquel concierto de cumpleaños de su hija. Se había efectuado el 22 de diciembre de 1862. La niña cumplía nueve años.

Ella oía los comentarios, pero no se impresionaba. Sabía que había triunfado artísticamente y era bastante para su espíritu. Ya el camino parecía abrirse para la pequeña artista venezolana.

Boston estaba considerada “la Atenas de la música”, y hacia allí encaminaron sus pasos el padre guía y la niña artista. El 2 de enero de 1863, Teresita estaba lista “para su segundo bautismo de gloria”³. *Gran fantasía y variaciones sobre “Norma” de Belini; Souvenir de “El trovador” de Verdi; Variaciones sobre ¡Hogar, dulce hogar!; Nocturno n.º 1*, de Döhler, y dos piezas de Gottschalk, compusieron el programa. Rafael Pombo, crítico de *La Crónica*, periódico editado en español, describe así a Teresita esa noche:

Lo más admirable de su ejecución es ella misma; la corrección de su gusto, la inexplicable pasión con que toca, el empleo de sus medios físicos, de sus diminutas manos de niña de nueve años, sin gran esfuerzo visible y sin dejar, al menos aparentemente, el aspecto de concentración seria y profunda que parece sumergirla en los abismos espirituales de la composición; su rápido instinto para

2 *Caprice-polka*, op. 2. [N. de la E.]

3 Señalado por la autora como cita textual del libro de M. Milinowski, sin referencia al número de página en el original. [N. de la E.]

producir efectos, la clarividencia casi infatigable con que adivina las secretas intenciones y sentimientos de un Mendelssohn, un Chopin o un Gottschalk. Tiene una evidente predilección por la sencillez y por la forma puramente clásica, y no la hemos oído tocar de mala gana, relativamente, sino cierta composición de valor mediocre que no era de su preferencia. El genio le ha hecho comprender que la violencia es el recurso de la debilidad y que no hay nada más pobre que la música puramente espectacular que busca lo extraño y alucinante, en vez de lo sencillo y puro, y que sacrifica la idea ante los rodeos evasivos.

Y nos describe así a la artista:

Físicamente, Teresa Carreño es bella, mucho más robusta que lo corriente en una niña de nueve años; es un ejemplo muy curioso del desarrollo paralelo de lo físico con lo moral e intelectual, primavera eterna y profunda de la tierra donde nació. Su cabeza es grande, y como dijo un inglés, bien equilibrada; la frente notablemente abultada, prominente en la parte superior, y con el arco de inspiración entre las cejas, una nariz recta y fina. La boca, del rojo más vivo, revela energía y a la vez deja ver cierta expresión dulce y triste durante sus interpretaciones. Su oreja se destaca entre sus abundantes cabellos de ébano, grande, y levemente inclinada, tal como imaginarían los fisiólogos la de un músico de vocación. Los ojos son pequeños, pero enmarcan dos grandes y tiernas pupilas de azabache, con húmedos reflejos de luz que producen el efecto de dos puntos brillantes en cada pupila. Tiene un mentón delicado y gracioso, un rostro lleno y de cutis transparente, aduraznado. Su cuello es flexible y sus manos y brazos admirables. Lejos del piano su expresión es alegre, pero tan pronto como comienza a tocar, sus ojos parecen llenarse de sombras y lágrimas, como si el mundo del arte y la tristeza pesaran sobre ellos.

Esta es Teresita. Nuestra Teresita Carreño, descrita por un crítico de arte, por un intelectual, por un periodista de la época.

La niña prodigio

Para los Carreño, la vida de repente se había hecho algo interesante. Teresa, con sus conciertos, ayudaba a la manutención del hogar, y su padre fue su mejor mentor en este particular. No obstante los triunfos, doña Clorinda consideraba que una descendiente del marqués del Toro no debía ser artista ni tocar para un público vulgar e inculto.

Diariamente, practicaba sin ningún apuro. Cuando se sentía fatigada, dejaba el piano y se entregaba a sus muñecas. Veinte conciertos dio cerca de Boston, en ocasiones dos por día; y ella misma escribía su programa. En una ocasión en que interpretaba música de Chopin, abrió los brazos y exclamó: “De aquí, al cielo!”. En Boston, ejecutó su segundo concierto el 8 de enero, al cual asistió Matilde Phillips. Teresita ejecutó un *Nocturno*, de Ravina, seguido de uno de Gottschalk, *Fantasia sobre “Moisés en Egipto” de Rossini*, *Capricho sobre “Ernani”* y el *Nocturno n.º 2 en mi bemol mayor*, de Chopin. Los periódicos aclamaron este último como “la gema de la noche”.

“Yo amo a los niños tanto como a la música”, expresó emocionada cuando los niños de Boston le entregaron un ramo de flores, al terminar un concierto dado en su honor. Teresa llegó a ser la niña mimada de Boston con su “ruidosa y fantástica demostración”. El *New York Herald* llegó a expresar: “Esta

pequeña artista ha creado más agitación y más genuino furor en los circuitos musicales, que ningún otro artista de los que han estado en Boston desde la visita de Jenny Lind”.

En una semana, Teresita había podido incorporar a su repertorio la *Sonata Patética*, de Beethoven. El *Daily Post*, decía: “antes de morir, pediría oír a Teresa Carreño”.

Continuó la gira por Providencia, Cambridge, New Haven y Salem. Un periódico de Providencia apunta: “La Carreño ha hecho prisioneros a nuestros sentidos. Sus notas son ecos de su tierra nativa”. Todos la aclaman, todos se asombran ante “la niña prodigio”, como se la llama. Todos quieren que sus hijos aprendan con ella a tocar el piano.

Y aquí da comienzo a esa carrera vertiginosa que solo se detiene a las puertas del sepulcro, en vísperas de su muerte. Todos los públicos la aclaman: América, Europa, Asia, África; en todos los continentes es aplaudida y estimada como un genio musical.

Triunfos en América

Primeros laureles

El inesperado triunfo de Teresita hizo olvidar a sus padres las preocupaciones del hogar. Hasta la madre —siempre celosa de su rango y aristocracia— se sentía orgullosa, en lo íntimo de su ser, aunque no lo demostrara. Un amigo de Teresita había dicho a su padre: “Tenga cuidado, gran cuidado con esta niña, pues es un envase que contiene más espíritu del que puede por naturaleza, y podría sobrevenir una explosión”.

Gottschalk, su gran maestro y amigo, escribió desde Cincinnati a L. F. Harrison: “Ella no solo es una niña maravillosa, sino un auténtico genio. Tan pronto como me instale en Nueva York, y a mi gusto, pienso dedicarme a su enseñanza musical. Debe llegar a ser algo grande, y lo será”.

Y dio comienzo a su peregrinaje por las ciudades americanas.

En Boston, un nutrido aplauso la ensordece cuando interpreta su arreglo de *La bandera estrellada* y el *Capricho brillante*, de Mendelssohn. Era la primera vez que se presentaba interpretando en público con una orquesta de cincuenta músicos, por ello estaba emocionada, aun cuando se sentía siempre tan segura de sí misma. El *Boston Evening Transcript*, escribe sobre aquella memorable noche: “Tuvimos la oportunidad de presenciar esta prueba y triunfo del más grande prodigio que el mundo ha conocido desde los días de Mozart”.

Uno de los conciertos que dejó huellas en su imaginación infantil fue el ejecutado en el Instituto de Ciegos Perkins. Hizo gozar a los niños con sus interpretaciones de *Una noche en Sevilla*, de Godefroïd; *La última esperanza*; *Variaciones sobre ¡Hogar, dulce hogar!*, y *La bandera estrellada*.

Estaba como absorta oyendo los aplausos de los niños que no acababan, cuando su padre se le acercó:

—¿Estás cansada, hija? —le preguntó.

—No, papá, todo lo contrario. Esto me ha servido de inspiración para mi concierto filarmónico de esta noche —contestó Teresita.

Aquí, en estas palabras, aparece ya la mujer responsable ante el arte, en el hogar, en sus años de matrimonio y como madre. Está también la gran voluntad que siempre la distinguió a través de su vida.

Después de haberla oído, el público se preguntaba: “¿Cómo puede una niña de nueve años tener la presunción de igualar su completa inexperiencia a los conocimientos de los maestros maduros?”.

Y, en verdad, era algo asombroso que esta niña se atreviera a tocar magistralmente en el piano una obra que, cuatro días antes, no conocía.

Aquella vez, los críticos temían. El crítico Dwight esperó lo peor. En el escenario, Carl Zerrahn le había lanzado a Teresita una sonrisa de aliento, y se asombró cuando la miró acoplarse a la orquesta, “completamente impulsiva en la apoteosis final como lo hubiera hecho un veterano del teclado”. Cuando le puso sobre el pecho una medalla de oro, Teresita corrió a los brazos de su padre. El crítico musical Dwight, dijo: “El peligro está en que su talento se desperdicie por medio de una exhibición prematura en música superficial y de relumbrón... Tal criatura necesita un sabio director, como el que encontró el joven Mozart en su padre...”.

Teresita, entre tanto, tocaba y ensayaba la música de sus autores preferidos: Beethoven y su *Patética* la traían muy ocupada. Aspira a que Boston la oiga interpretando la música de George Danskin; quería dar una sorpresa al autor. Una medalla de oro atada a una cinta azul fue el obsequio de la Sociedad Filarmónica para Teresita. “Regalo a Teresa Carreño, la niña pianista, por la Sociedad Filarmónica de Boston, como un tributo de homenaje a su genio. Enero 24 de 1863”. Así decía en una de sus caras. En la otra, estaba Teresita tocando al piano.

En su concierto de despedida, Teresita tocó la *Sonata Patética*, el *Capricho brillante*, con acompañamiento de quinteto, y, especialmente, ejecutó una polca mazurca llamada *Raquel adorada*, como homenaje a su autor, el señor Danskin. Al final, su vals *Adiós*, dedicado a las damas de Boston. Pero se ve obligada a dar un concierto de despedida en el Chickering Hall, en el que recauda doscientos sesenta dólares, suma muy crecida para ella. En este homenaje, también le obsequian otra medalla con una dedicatoria de los músicos aficionados de Boston.

El regreso al hogar es siempre grato. En Nueva York los esperaba la madre, un tanto asombrada del genio de la hija. Teresa regresaba al hogar con sus triunfos y el dinero para su sostenimiento.

Regresaba de su primera gira, y lejos de sentirse cansada, su maravillosa naturaleza se mantenía dispuesta a seguir brindando su genio a todos los públicos que quieren oírla. Por eso aceptó de inmediato la invitación de unos amigos de La Habana. El mismo Gottschalk escribía así en los diarios su aparición en los escenarios de esa ciudad:

Teresa Carreño no pertenece a la clase de pequeños prodigios que hemos juzgado en los últimos veinticinco años. Digámoslo de una vez: Teresa es un genio; tiene solo nueve años; es una verdadera niña llena de esa gracia indolente, aunque feliz, propia de su edad. No hay que temer nada por ella, nunca inspira un sentimiento de

lástima. Al oírla, uno ve y siente en seguida que Teresa toca el piano como canta el ave y como la flor abre sus pétalos. Ella ha nacido para la música, posee el instinto de lo bello. ¡Lo adivina! Sus composiciones revelan una sensibilidad, una gracia y arte como las que parecen ser privilegio exclusivo del estudio y la madurez de edad. Le he dado solamente seis u ocho lecciones y estas fueron suficientes para vencer obstáculos que para otros hubieran sido insuperables. Ella pertenece al número de los privilegiados por la Providencia, y no tengo la más leve duda de que será la más grande de las artistas de nuestro tiempo.

L. M. GOTTSCHALK

Y a su amigo Espaldero, le escribe:

Es un genio. He podido darle cinco o seis lecciones solamente y, aunque nunca tuvo un maestro que supiera nada (esto entre nosotros), ya realiza milagros. Deseo que hagas todo lo que puedas por ayudarle. Es una pequeña adorable, encantadora. Comprende todo lo bueno. Su padre es un perfecto caballero, distinguido, honorable y de buena familia. La niña tiene unas manos diminutas y, no obstante (debes tener en cuenta que nunca oyó nada en Caracas), hace cosas extraordinarias; tiene buenas ideas musicales y compone bien por instinto. Me gustaría que la alabaras por la prensa. Solicítala.

La niña hace, entretanto, travesuras. Se le ocurrió hacer oír a su público, en su hogar, una ópera inventada por ella misma con un argumento en el que figura una bruja, un ratón, unos amores imposibles, con su dúo final, que causó verdadera sensación entre los que la escuchaban. Y también se prepara para viajar con sus padres a La Habana. Es su tercera salida en busca de los aplausos.

En el Hotel Inglaterra están los padres y la niña que no sale de su alegría. Los críticos la elogian. En dos cuartos del hotel da un concierto íntimo. Un asistente afirma:

Cuando la niña prodigio venezolana toca, no es el piano ni ningún otro instrumento el que oímos; es una voz sobrenatural, una voz que no articula, y, sin embargo, encierra todos los matices de la articulación, la voz de la inteligencia que canta sin el auxilio del organismo, la voz del corazón que llora sin la ayuda de los ojos. Teresita Carreño es la gran matemática de la armonía. Es también el químico, el metafísico, el poeta y el orador de la armonía, la reina universal del sonido.

Entre esta ola de elogios, se levanta la voz serena del crítico Espaldero para decir: “Antes de compararla con Camille Player o con Clara Schumann, debería recibir una educación más formal”.

El 8 de abril de 1863, se presentó en el salón del Liceo Artístico y Literario, donde le habían precedido Gottschalk, Ole Bull y Jenny Lind. Un observador expresa que Teresita se presentó con “encantadora torpeza”. Toca los tonos de una manera especial, con toda la gracia de una niña, con toda la sensibilidad de una mujer...”.

El público le aplaude su *Saludo a Cuba* y la *Souvenir de “El trovador” de Verdi*, y recordó que Teresita es “lo increíble hecho realidad”. En su segundo concierto toca el *Impromptu*, arreglado por ella y dedicado a Espaldero; el *Nocturno n.º 2 en mi bemol mayor*; *Fantasia*, de Pixis, y ejecuta a cuatro manos, con su padre, la *Jota de los toreros*.

Los críticos están asombrados. Hablan de “su manera especial de herir el teclado”, de “su mirada acariciadora, de sus brazos redondos y torneados”, de “su aplomo, energía y seguridad”.

El departamento de música del liceo la nombra miembro honorario, después que ha ejecutado magistralmente las obras de Beethoven y de Chopin.

Pero Teresita no olvida que es una niña, y en Matanzas se la ha visto jugar con los niños en los parques mientras su padre da las últimas órdenes para el concierto. Allí tocará también

con la orquesta, que la recibe con la “Bienvenida a Teresita Carreño”, por doña Pilar Ortiz. Teresa toca el *Nocturno*, de Döhler, y luego la *Danza*, de Gottschalk. Al final, colocaron una corona de oro sobre sus negros cabellos.

En Cuba la nombraron “la niña prodigio de una nación hermana”. Para el público de Boston había representado “la música” y para el de Nueva York, “la novedad”.

Después de esta gira, Teresita solo tiene un pensamiento: allá en la casa está su hermanito Manuel, su compañero de juegos y su amigo. Para él lleva sus mimos maternos.

En el otoño de 1863, recibió una curiosa y atenta invitación: el presidente Lincoln deseaba oírla en la Casa Blanca, “sin ceremonia, solo para la familia”. Para los Carreño era el más alto honor. Teresita se presentó del brazo de su padre. Iba linda, como siempre, con su semblante sereno, como dueña de sí misma; y ese aire de ternura que daba a cada uno de sus gestos.

Cuando terminó de tocar, notó que los ojos del presidente Lincoln estaban llenos de lágrimas. Para ella fue el más grande elogio que había recogido. Y siguieron los conciertos desarrollándose, cada vez con un ritmo más acelerado. La niña casi no tiene tiempo sino para ensayar y prepararse. El padre ha hecho de ella, en poco tiempo, una profesional. Y Teresa se deja llevar. Ahora ha agregado a su programa la *Marche de nuit* y *Danza*, ambas de Gottschalk; la *Paráfrasis de concierto sobre “Rigoletto” de Verdi*, de Liszt, y el *Gran capricho sobre “La sonámbula” de Rossini*, de Thalberg.

“Ahora todo es claro y coherente, la madurez de su sangre tropical es manifiesta en ella”, dice un crítico.

Y recorre nuevamente Boston, donde aparece, en la primavera de 1864, después de una breve enfermedad. Ejecuta a Beethoven y la *Fantasia sobre “Los hugonotes” de Meyerbeer*, de Thalberg. Enriquece cada vez más su repertorio. Luego un

concierto en el Dodworth Hall de Nueva York, donde interpreta la *Primavera plateada*, de W. Mason, y Baltimore, donde ejecuta un concierto tras los muros de un convento...

Entre tanto, Teresita ha cumplido sus doce años. Tres años han pasado desde aquella noche en que la madre la miró impaciente, esperando el momento en que debía vestirse para asistir a su primer concierto. Tres años, y la niña se transforma en una joven esplendorosa y bella.

Oigamos describirla a Marta Milinowski, su biógrafa:

Delgada, con un aire de nobleza que la hacía aparecer más alta de lo que era; llevaba sus rizos sencillamente atados atrás con una ancha cinta. Era el tipo de la joven aristocrática española. Su profesión y el haber conocido la pobreza, le daban la apariencia de una persona preparada para cualquier emergencia y con voluntad de conquista.

No es posible seguir paso a paso a Teresita en sus triunfos por cada ciudad, por cada pueblo. Es algo fatigante para esta niña que está en plena adolescencia. Poco a poco la vemos transformarse en mujer, ya en Boston, ya en Nueva York, ya en París. Como una crisálida va desplegando sus alas y aparecen los primeros contornos de la adolescente. Esta transformación se hace en toda forma, moral, física e intelectualmente. Teresita, a medida que su cuerpo se desarrolla, que crece y se hace una joven inteligente y hermosa, va perfeccionando su arte, va destacándose no solo como una celebridad, sino en personalidad. No es una niña fácil de engañar, porque ella guarda dentro la llama de la pasión, el genio, en una palabra, y sabe, mejor que cualquiera de sus maestros, dónde están los verdaderos valores del arte que la apasiona.

Ahora los Carreño y su hija Teresita se disponen a viajar nuevamente. Teresita sueña con visitar París, la meta soñada de todo artista. En el *City of Washington* se embarcaron, y casi

zozobra el vapor en alta mar, poniendo una nota de terror entre los pasajeros que miraban al barco inclinarse de un lado a otro, sin gobierno. Teresa conservaba su serenidad. Pero la angustia de la madre la llevó a tranquilizarla:

—No llores, mamaíta, llegaremos felices, estoy segura.

—¿Cómo lo sabes, hijita?

—No lo sé, lo presiento —contestó la niña con la mirada abstraída, demostrando una vez más su intuición.

Y, en efecto, todos llegaron sanos y salvos a su destino.

Teresa conquista París y Londres

¡París! La Ciudad Luz. La ciudad que sabe acoger a los genios, que sabe dar su aprobación y su apoyo a los valores auténticos. ¡París! Era la meta anhelada, el sueño dorado de Teresita. Allí se instalaron en dos modestos cuartos de un hotel, el 3 de mayo de 1866.

A los dos días de su llegada, sin haber conocido la ensoñada ciudad para la que guarda su admiración y simpatía, hace una visita a *madame* Érard⁴, quien de inmediato arregla una audición, en compañía de los señores Delcourt y Krüger, la cual tiene un gran éxito. ¡Teresita en París, como en Boston y en Nueva York, triunfaba al llegar!

Lamentablemente para ella, la temporada de conciertos venía de finalizar. Pero ¿qué no hace una criatura que tiene prisa por llegar a la meta soñada? *Madame* Érard gestionó nuevos conciertos para darla a conocer en los círculos musicales de París. El 7 de mayo presentó a su protegida a los señores, Alfred Quidant y a Vivier, conocidos compositores. El 10, Teresita y su padre fueron recibidos por el anciano Rossini.

4 La autora se refiere a Camille Érard, mujer con gran influencia en los círculos musicales europeos. Casada con Pierre Érard —heredero de la prestigiosa fábrica francesa de pianos, Érard—, Camille se hizo cargo del negocio familiar después de la muerte de su marido. [N. del E.]

Entonces surge la chispa entre el viejo artista y la joven que aspira a serlo. Para agradarlo, le ha ejecutado su “Oración”, de *Moisés en Egipto*. El maestro aplaude con entusiasmo: “¡Bravo, mi niña! ¡Usted es una gran artista!”. La llamó su “pequeña colega” y le prometió que la haría triunfar en París. A su padre le confesó: “No comprendo cómo esta pequeña toca así. La igualdad y limpieza de sus arpeggios son tan sorprendentes como la claridad con que destaca la melodía de la frase”. Le pidió que tocara su *Balada*. Ya el viejo maestro era su aliado.

Blandine Ollivier era discípulo⁵ de *madame* Érard. A través de ella, llama a Franz Liszt para que oyera tocar a Teresita. El próximo concierto se celebraría el 14 de mayo y el gran compositor ha prometido asistir. El salón estaba totalmente lleno, cuando llegó Teresita del brazo de su padre. Una especial emoción la invade. Liszt había llegado en compañía de una gran dama y de los pianistas Saint-Saëns, Jaëll y Planté. La oyó tocar en silencio. Al terminar el concierto, se le acercó, le colocó las manos en la cabeza y le dijo: “Pequeña niña, Dios le ha dado a Ud. el más grande de los dones: el genio. Trabaja y desarrolla tus talentos. Sobre todo, continúa fiel a ti misma y con el tiempo serás como uno de nosotros”. Teresa se sintió crecer y guardó aquellas palabras en lo íntimo de su memoria.

Liszt quiso llevarla a Roma y le habló a su padre: “Si usted me lleva a Roma a su dotada hija, yo me haré cargo con gusto de su futura enseñanza”, le dijo. Pero el orgullo de la familia Carreño no podía aceptar esa proposición. Además, la pobreza

5 A lo largo de este ensayo, el lector encontrará el uso en masculino del término *discípulo* (*un discípulo*), aunque se haga referencia, como en este caso, a *una discípula*. En el contexto de la vida y obra de Teresa Carreño —quien fue descrita por sus contemporáneos como “*un pianista*” (véase *infra*, pp. 132 y 147)—, así como del espíritu feminista de Carmen Clemente Travieso, hemos querido conservar la forma original, tal como lo emplea la autora, como fiel testimonio del contexto masculinizado en el que se desenvolvieron ambas mujeres. En relación al uso de la forma masculina en el lenguaje, véase también el ejemplo de *batuta del director*, en *infra*, p. 124. [N. de la E.]

que sufrían y su posible prosperidad económica dependían, casi exclusivamente, de los conciertos y del éxito de Teresita.

Desde entonces, cada vez que se anunciaba un concierto de Teresita, la presencia de Liszt y de Rossini en la sala era suficiente reclamo. Teresita aparecía vestida de negro, con sus bucles sueltos. Continuaron los conciertos, los éxitos y los elogios de los críticos.

“Es bella como Galatea surgiendo del cincel de Pigmalión”, dice uno. “Su buen éxito es vertiginoso; toca semejante a Liszt, es una estrella, es un ángel, es un hada, es un genio... Prodigio puro, una pianista prodigiosa; realmente, una pianista de fuerza asombrosa: un Liszt con faldas”. Y un entusiasta comenta: “Posee el sentimiento delicado de Bellini; la dramática energía de Verdi; la tierna expresión de Mendelssohn y la fácil improvisación de Beethoven”.

El París frívolo y convencional donde le toca actuar, la recibió con los brazos abiertos. Teresita se presentó en el salón de *madame* Barone de Romand, en el cual concurría la alta sociedad. También asistía a los célebres “sábados” de Rossini. En una de estas reuniones conoció a Blandine Ollivier, hermana de Cósima, la esposa de Richard Wagner, y en el mismo instante se sintió atraída por su sencillez casi infantil, por su arte; y aun cuando era menor que ella, le pidió que fuera su maestra.

Un segundo concierto se efectuó en la Sala Érard, el 16 de julio de 1866. Teresita ejecutó la *Gran fantasía y variaciones sobre “Norma” de Bellini*, junto con *Lucía*⁶ y *Souvenir de “El trovador” de Verdi*; también la *Sonata para piano n.º 14 en do sostenido menor*, de Beethoven.

Después sale, en compañía de su padre, para Londres. Llevan, entre sus papeles, una carta de recomendación de su

6 Desconocemos si la autora hace referencia a *Reminiscencias de “Lucía de Lammermoor”*, de Liszt, o a la *Fantasia sobre “Lucía de Lammermoor”*, de Émile Prudent, piezas interpretadas de manera recurrente por la pianista a lo largo de su vida. [N. de la E.]

viejo aliado Rossini para *madame* Puzzi, cuyo salón es un centro musical muy concurrido, y otra para Arditti, director de orquesta.

Rossini dice:

París, 6 de junio de 1866.

A *madame* Puzzi, artista.

Madame Puzzi, empiezo por decirle que no acostumbro recomendar mediocridades. La persona que presento con esta carta, Teresita Carreño (quien está favorecida por la naturaleza con todos sus dones), es una encantadora pianista discípula del célebre Gottschalk. Va a Londres, acompañada de sus padres, gente muy distinguida, con el propósito de ser oída allí, y, como lo merece, de ser admirada. Teresita necesita un buen apoyo en esa ciudad, y yo le pido el suyo todopoderoso en favor de esta artista ya celebrada, quien, a pesar del diluvio de pianistas que cae de todas partes del mundo, ha levantado gran admiración en París. Sea amable con ella, *madame* Puzzi, y cuente con la gratitud de su gran servidor.

G. ROSSINI

Madame Puzzi era una autoridad, a tal extremo que en su salón se decidía la suerte de los artistas de la época. Y así apareció una artista venezolana en Londres que no fue considerada como “niña prodigio”, sino como “músico entre los músicos”. La ejecución de Teresita, en esta oportunidad, fue perfecta en la *Gran fantasía y variaciones sobre “Norma” de Bellini*; el *Souvenir de “El trovador” de Verdi*; la *Balada n.º 3 en la bemol mayor*, de Chopin, y la maravillosa sonata *Claro de luna*, de Beethoven.

Una vez más triunfaba. En St. James’s Minor Hall apareció Teresita por primera vez ante el público londinense. Y los que la oyeron le auguraron grandes triunfos para el futuro.

A su regreso a París, su padre piensa en serio en darle una educación musical más profunda. Piensa en Marmontel, principal del Conservatorio de París. Pero la nueva discípula es rechazada, pues el jurado “se vio obligado a admitir que ya Teresita había sobrepasado los requerimientos necesarios para seguir los cursos”. No obstante, Georges Mathias, discípulo de Chopin, inicia a Teresita en la obra de su maestro y desde aquel momento, Chopin se convierte en su autor favorito. Las lecciones de armonía y contrapunto las recibe del señor Mazin.

En este año, recibe el primer golpe moral con la muerte de su madre. Horas de cruel angustia vivió Teresita al lado de la madre, durante su enfermedad y muerte. Después de su desaparición, comprende que el deber del hogar había caído sobre sus hombros y quiso ser una pequeña madrecita en el cuidado y educación de Manuelito, su hermanito querido.

Después del duelo, viaja con su padre a Madrid, donde es bien recibida por la sociedad, con excepción de la familia del Toro, quien rechazó al padre “por haberse unido a la revolución en Venezuela”, y “porque Clorinda se había rebajado casándose con un hombre de inferior escala social”. Los salones de don Eugenio Ochoa y don Francisco Delgado Jugo, célebre oculista, se abren a la artista venezolana. Este gran español comparó a Teresita con Mignon, de Goethe, “soñando con el fragante bosque de los naranjos de su tierra”. Los que la oyeron tocar en aquella ocasión, pudieron notar que Teresita parecía más sensible. El recuerdo de la madre muerta la hacía aparecer nostálgica y triste. La “Obertura” de *El dominó negro*, de Auber; *Paráfrasis de concierto sobre “Rigoletto” de Verdi*, de Liszt; *Polca*, de Lamotte, y *Fantasia brillante sobre “Guillermo Tell” de Rossini*, de Bériot y G. Osborne, fueron incluidos en este programa. El segundo concierto se lleva a cabo en Zaragoza. Ejecuta su *Balada*; *Reminiscencias de “Lucía de Lammermoor”*,

de Liszt; *Primavera plateada* y las *Danzas*, de Mason. Fue este el más brillante de todos.

En enero de 1867, regresa a París llena de laureles. Las puertas se abren para recibirla. Charles Gounod, quien la ha oído ejecutar su *scherzo*, declara que “el mismo Beethoven podía haber firmado con su nombre esa pieza de Teresita” y, en unión de *madame* Olivier, apadrina su aparición en el salón de la princesa Matilde, prima de Napoleón III.

Se presentó con la *Sinfonía Fausto*, de Liszt. Berlioz le fue presentado por la princesa Matilde, y recordó de la artista “su actitud pensativa, su silencio, sus ojos atrayentes, como que veían más allá mientras se inspiraba”. Berlioz se atrevió a interrogarla: “¿No se siente nerviosa cuando toca, señorita?”. Teresa, con aplomo, contestó: “No, *monsieur*”.

En el salón de los Haugel conoce a Adelina Patti, a quien admiraba. Rossini descubre que Teresita tiene una agradable voz y la anima para que siga la carrera de cantante. Muchos años la acompaña este deseo, pero al fin cede ante la oposición de su padre, quien la hace ver que no debe abandonar su carrera de pianista.

Continúa con sus giras. Se presenta en la Exposición Universal de París. El primer concierto lo ejecuta en la Sala Érard, el 7 de mayo de 1867. Dice *Le Constitutionnel*:

Bien desarrollada y con madurez, Teresa Carreño hace pensar en las flores de su país; en las bellas vírgenes americanas que vinieron al encuentro de Cristóbal Colón. Ojos negros que encierran todo el fuego del sol, su padre y su dios. Al entusiasmo siguió el frenesí, luego de tocar su *Balada* y una fantasía de extraordinaria dificultad, de Liszt. Para apreciarla hay que oírla íntimamente, ya en un concierto de Beethoven, en un delicioso vals de Chopin o en un lamentito escrito por ella, luego de haber sufrido una terrible desgracia familiar y cuya quejosa expresión hace venir las lágrimas a los ojos.

Y la vida sigue su curso, pobre, sencilla, afanosa, en el pequeño apartamento de la segunda avenida de Friedland. Lo único que recuerda con agrado esta sencilla muchacha en sus quince años, es que “aquella mañana pudo untar mantequilla a su pan”, sus largos paseos por el bosque de Bolonia y las tertulias bulliciosas y alegres de sus amigos.

El último concierto lo da a principios de mayo de 1868, y luego parte para Londres en compañía de su padre. En esta ocasión conoce a la princesa de Gales, presentada por el célebre pianista Charles Hallé. En los salones del Hanover Square ofrece un *matiné*, apadrinada por las damas de la aristocracia londinense. Entre el auditorio se encuentra Antón Rubinstein. Una de las composiciones de Teresa abre el programa, luego Schumann, Beethoven, Chopin y Mendelssohn.

Rubinstein está encantado. Acercándose a su padre, le dice: “Gracias por haber traído el genio a Londres”. Felicitó a Teresita y le hizo notar que sus manos eran iguales a las suyas en la forma. Y desde aquel día se convirtió en su principal mentor. “Lo que había sido Gottschalk para la niña prodigio lo fue Rubinstein para la revelación de la artista”⁷. Con él había aprendido Teresa más de lo que se había propuesto enseñarle.

Una tarde ensayaban juntos. Con voz autoritaria le dijo: “¡Usted debe tocar esto como yo lo toco!”. Teresa lo contradujo: “¿Por qué debo tocarlo como usted?”. “¡Yo soy Rubinstein!”, dijo colérico, dando un golpe en el piano. Teresita se quedó perpleja. Repitió el gesto del maestro irónicamente, y le replicó: “¡Y yo soy Carreño!”.

Ambos soltaron la risa. Se había roto el hielo, por la gracia e inteligencia de la pequeña contrincante. Rubinstein entonces decidió que sería “su hija adoptiva, su luz solar, su igual bebé...”. Y desde ese momento, comenzó a considerarla como

7 M. Milinowski, *op. cit.* [s/d.].

su igual, con su derecho a expresarse como ella quería, como alguien responsable con la música.

La carrera musical

Teresa permaneció en Londres en la casa de una amiga, *madame* Bischoff. Anhelaba la libertad. Su espíritu estaba inconforme con los límites que querían señalarle los demás. Se sentía mejor en medio de la naturaleza que en los templos. La fatiga la atmósfera artificial de los salones de París.

De regreso al hogar, comienza a dar clases de piano. Ella y su padre anuncian en la prensa de París: “Enseñanza elemental y superior. Curso y lecciones de piano por *M. Manuel Carreño* y *Mlle. Teresa Carreño*”.

Dio comienzo así una nueva vida para Teresa. Aprendió a conocer a sus alumnos, a juzgar su capacidad, sus posibilidades. *Madame* Ollivier, la hija del gran Liszt, era su alumna de gracia. En aquellos días de estrecheces, Teresa aparecía en los salones de París, exitosamente y gratis.

Poco a poco se va liberando de la tutela paterna, y un buen día la vemos viajar sola. Teresa ansiaba la libertad como algo insustituible en su carrera artística. Por eso aceptó el contrato de Maurice Strakosch para hacer una gira por Holanda, las provincias francesas y Bélgica. A su regreso a Londres, da un concierto bajo el patrocinio de la princesa de Gales, el 21 de junio de 1869.

El 29 de julio de 1870 se declara la guerra franco-prusiana. Teresa está en Londres. La nueva situación no la amedrenta:

está acostumbrada a cumplir con sus deberes en el hogar. Su padre está en París, donde se han racionado los alimentos, y tanto Manuel Antonio como Manuel, su hijo, pasan hambre. Por eso, para ayudarlos, Teresa celebra algunos conciertos de música clásica dirigidos por Arthur Sullivan, y en Liverpool, bajo la dirección de *sir* Julius Benedict. Su ejecución, en el Covent Garden Concert, ha sido “como para atraer más la atención de lo ordinario”, según la crítica. Forma parte de los conciertos de los *Miércoles clásicos* y de los *Jueves bailables*. En el diario *Athenaeum*, se dice: “su tacto es indiscutiblemente encantador y su ejecución limpia y acabada”.

El concierto más brillante de su repertorio fue el *Concierto para piano n.º 5 en mi bemol*, de Beethoven, que la obligó a levantarse a dar las gracias al público al final de cada pieza. En los conciertos de los *Lunes populares*, trabó amistad con los artistas Charles Allé, Joseph Joachim y Clara Schumann.

Más tarde, seducida por las promesas de un futuro brillante, viaja con una compañía de ópera del coronel Mapleson por Edimburgo. Los críticos no elogian sino a la ejecución pianística de Teresa.

Luego, Teresa Carreño regresa durante un breve tiempo al hogar, para posteriormente continuar con su carrera de pianista profesional. En el alegre grupo de los que forman la *troupe* de Strakosch está el violinista Émile Sauret. Los ensayos preliminares unieron a la pianista y al violinista. El joven le había inspirado —ella lo diría luego— un amor maternal. Entre el grupo de alegres artistas viaja también Rubinstein, quien cada tarde, de dos a cuatro, ensaya en el cuarto de Teresa. Esta, queriendo sorprender al maestro, le oye tocar desde una habitación vecina y aprende más de lo que se había propuesto. Él se ha quedado en Nueva York, y cuando ve partir la caravana expresa: “he perdido mi claridad de sol”. Y, en realidad, la

había perdido: Teresa se había enamorado del joven Sauret. Un espontáneo sentimiento había nacido entre ambos, y la música hizo el resto. Teresa y Sauret fueron oídos en la *Fantasia brillante sobre "Guillermo Tell" de Rossini*. "Miss Carreño posee la chispa celestial del genio", publicaba *The Republican*.

El regreso está pleno de alegría, de satisfacción. Tiene dinero para vivir. Tiene un amor en su corazón, ¿qué más quiere? Pero allí estaba su padre para oponerse a aquel matrimonio que le parece una locura.

Teresa abrió un abismo entre ella y su padre, celebrando, sin pensarlo mucho, su matrimonio con el joven Sauret. Teresa se sentía deliciosamente enamorada y, sorpresivamente, celebraron la unión el 13 de julio de 1873. En los programas de la Sociedad Filarmónica de Londres aparece su nombre: Teresa Carreño-Sauret. Los jóvenes esposos asentaron su residencia en 16 Clifton Villas, Hill West.

Llegan para ella unos meses deliciosos, felices, plenos, entre su amor de joven desposada y con hogar propio y sus lecciones de piano. Aparece solamente en sus conciertos de los *Lunes populares*. El 23 de marzo de 1874, nace su primera hija, a quien llama Emilita como su padre. Más tarde, se presentan juntos en los conciertos de Hanover Square.

En París, Manuel Antonio Carreño se siente solo, desgraciado. A pesar de que la noticia del nacimiento de la primera nieta le pudiera hacer feliz, no logró, sin embargo, unirlos nuevamente. Cuando Teresa hace los preparativos para su gira por América, viene la separación final. A fines de agosto de 1874, Manuel Antonio Carreño moría, solo y pobre, en su apartamento de París. Teresa queda por un tiempo anonadada. Ahora lo único que tiene, como apoyo en sus luchas, es su compañero Sauret. No obstante, bien pronto comenzó a ser para ella un problema: la rivalidad entre el arte y el hogar se hacía cada vez

más viva; y llegaron los primeros nubarrones que empañaron la felicidad de los primeros días.

Tenían que dejar a la hija en compañía de *madame* Bischoff cada vez que salían de gira; y para ella era un tormento esta separación necesaria. A pesar de su éxito en Los Ángeles, Teresa aparecía melancólica, recordando al padre muerto, a la hijita ausente. Por un tiempo, Émilie y Teresa fueron los favoritos del público; y se hizo más patente la rivalidad entre los dos, hasta que un día, Teresa le dijo: “Yo soy suficiente artista para valerme sola”. Después de esta escena, se encerraron en un largo silencio, restableciéndose la armonía cuando llegaron a Virginia. Allí tiene que suplir a la soprano cantando los duetos de Nathaniel y piensa nuevamente en entregarse a la ópera.

Cada vez que sentía que iba a ser madre, soñaba con volver a su hogar. Quiso esperar a su segundo hijo en Nueva York y allá se dirigió. Émile no deseaba al hijo y la dejó marcharse sola. Hubo separación de bienes. Teresa, ofendida, le señaló la puerta de la calle: “¡Váyase!, pero recuerde que si usted me abandona ahora, nunca lo recibiré mientras viva”, le dijo. Era la separación definitiva. Teresa se entregó a su desesperación cuando se miró sola y con un hijo recién nacido. A los pocos días, el niño muere y pensó en su hija Emilita, que estaba en Londres; quería unirse a ella..., pero una gran pesadumbre la esperaba: *madame* Bischoff, que amaba a la niña como si fuera su propia hija, le escribió una carta diciéndole que quería adoptarla, a fin de hacerla heredera de sus bienes. La educaría, le daría una vida de hogar, pero con la condición de que su madre no volviera a verla jamás.

Su corazón maternal se había destrozado. Se sintió desgraciada. Estaba nuevamente sola. Ella quería a su hija para sí, pero ¿dónde estaba su hogar y el tiempo para consagrarlo a su educación? Ella solo era una música errante, pobre, insegura, huérfana... Su amor de madre pesaba la situación, y acallando

los gritos de su corazón, firmó la renuncia a la hija. Nada quedaba de Sauret, su primer amor... Se quedó sola, vacía, enferma. Para olvidar su soledad, se refugió más íntimamente en su arte. La música de Mozart habla a su corazón herido.

Nuevamente rehízo su vida, que se había agobiado bajo estos terribles acontecimientos. Entonces viaja a Boston y se refugia en la casa de su amiga, *madame* Rudersdorff. La ayuda con las clases y en los conciertos. Poco a poco se restablece, y haciendo uso de su gran voluntad, vuelve a sonreír a la vida y al arte. Comienza a pensar en serio en aceptar un contrato de ópera. Y aparece en Berlín, Massachusetts, haciendo el papel de Zerlina en la ópera *Don Giovanni*.

Entre los artistas de la compañía de Strakosch, están los artistas Tietjens y los barítonos, Brignoli y Giovanni Tagliapietra. Teresa había actuado “con gracia y vocación”. Poseía una clara y rica voz, pero no quería abandonar su carrera pianística.

Para sufragar los gastos de su hogar, Teresa da clases en su casa en los pianos Weber, cuyos propietarios le han regalado uno para su propaganda. Fija su residencia en Nueva York, en el otoño de 1876. Es aquí que nace su amistad —que durará hasta su muerte— con la familia MacDowell, cuyo hijo de catorce años, Edward, es su más destacado discípulo. El joven músico se extasiaba cuando Teresa tocaba el piano.

Pero ya se acercaba su segunda aventura matrimonial, con Giovanni Tagliapietra. Sin darse cuenta vio, llegado el momento, en que para ella no existía más que él en el mundo, en su mundo... Se entregó a este nuevo afecto con vehemencia, y ambos se refugiaron en una casa de Nueva Rochelle, donde organizaron su nueva vida juntos. Allí Teresa parecía haber conquistado, ¡al fin!, un hogar propio. Ejercía su cargo de señora, desempeñando las labores domésticas: desde la cocina y el aseo, hasta la costura y los mandados. Se sentía feliz, y para demostrarlo cantaba sus romanzas con su bien timbrada voz.

La pareja Carreño-Tagliapietra da su primer concierto en público en el teatro del parque, en los primeros días de su unión. Para ella, su felicidad parecía estar ahora en su hogar y no se preocupó mucho por los contratos. No obstante, en el año de 1877, actuó con la Orquesta Sinfónica de Nueva York, tocando magistralmente el *Concierto para piano n.º 1 en sol menor*, de Mendelssohn.

El 1.º de marzo de 1877, nace una hija que viene a llenar el vacío de su corazón. La llamaron Lulú. Planificaron hacer una gira y salieron de viaje hacia Boston. Teresa y August Wilhelmj ejecutaron las *Variaciones*, de Kreutzer, “como poseídos de un espíritu, por un alto poder invisible... Teresa estuvo perfecta y su rostro poético e inspirado”, expresa Mr. Dwight. De Tagliapietra dice que “era uno de los barítonos más refinados”.

Teresa comenzó a ver en Tag⁸ cualidades que no le conocía y se presentía una tormenta. Eran los suyos dos temperamentos en conflicto. Comenzaron las desavenencias: el dinero de Tag se quedaba en las mesas de juego y en las orgías, y Teresa, sola, hacía frente a las obligaciones del hogar. Parecía que este habría de ser su sino. No obstante su amor, y la fuerza con que defendió su derecho a la felicidad, llegaron los momentos de violencia, y la vida se hizo insufrible para ambos. Lo único que parecía unirles era la pequeña Lulú.

Viene a sacarla de esta enojosa situación una carta de su discípulo MacDowell, desde París, quien le envía su obra para que la juzgue. Teresa lo impulsa a continuar con su carrera y le promete presentarlo en público ella misma. En enero de 1880 da un concierto en el Salón de la Reina, en Montreal. Viaja por Chicago, donde obtiene resonantes triunfos. Allí un crítico dice de ella: “el fuego de una verdadera ambición ha alcanzado su genio, y ahora añade a su talento un criterio sabio y un

8 Abreviatura de Tagliapietra adoptada por la autora. [N. de la E.]

método que la colocarán, sin duda, al frente de los pianistas de primer rango”.

En enero de 1881 se encuentra en Baltimore, contribuyendo con piezas de Grieg. En febrero viaja a Montreal y sigue hasta Chicago y South Knoxville. En estas presentaciones, le dedica la mitad de la noche al programa de concierto y la otra mitad, al recital de ópera. El 27 de abril de 1881 está en Filadelfia. Teresa acompaña al piano, en el doble concierto de Bach, a los dos Carter, padre e hijo, violinistas.

Una nueva desgracia viene a herirla con la muerte de la pequeña Lulú, acaecida el 16 de mayo de 1881. Esta muerte deja a Teresa sumida en la más terrible desesperación. Los esposos se unieron en la desgracia, que a ambos hería por igual, y juntos lloraron la muerte de la niña que era su mayor encanto. Es entonces cuando su amiga Fanny MacDowell la llama a su lado. Con su amistad y la de su discípula, Carrie Keating, logra dar alivio a su dolor.

En septiembre del mismo año fue creada una empresa de conciertos, en Manhattan Beach, que se llamó Carreño-Donaldi Operatic Gem Company. Teresa es la más importante del conjunto y está considerada “la más grande pianista viviente”. En Chicago es aplaudida, cada vez que aparece en público. De esta época data la amistad de Teresa con Regina “Ginka” Watson, notable pianista y compositora. Parecían dos naturalezas que se complementaban. En el almacén de la Compañía de Pianos Weber, en Chicago, ejecuta una sinfonía de Schumann y el *Staccato Etude*, de Rubinstein. El 13 de febrero de 1882, el grupo realizó una pequeña audición. Un diario de Saint Paul, expresa: “Carreño es el más grande genio”. En julio del mismo año viajan a Pensilvania.

En vista de las continuas desavenencias, Ginka Watson le aconseja que viaje a Alemania. En septiembre viaja en una gira a Arbuckle, con el cuarteto masculino Weber. Teresa cosecha

laureles donde quiera que se presente, pero se encuentra nuevamente en estado de gravidez y anhela la tranquilidad de su hogar para el nacimiento de su hijo. Ahora está nuevamente sola y la atmósfera del hogar parece presagiar una ruptura, que llega, al fin, una noche de diciembre, después de las Navidades. En este ambiente nace una niña de ojos oscuros que resolvieron llamar Teresita, el 23 de noviembre de 1882.

La aurora del nuevo año le trae una satisfacción: una gira para ejecutar conciertos preparados por el señor Heimendahl. El diario *The Inter Ocean*, señaló acerca de esta gira: “Teresa Carreño es la más acabada intérprete de Chopin en el mundo”. También actúa en el Casino de Nueva York.

Agrega a su repertorio la música de Grieg, y en la primavera de 1883 acepta una gira con Leopold Damrosch y su orquesta, al lado de Theodore Thomas, músico respetado y admirado. Es en estos días que Teresa compone su *Himno a Bolívar*, por encargo del Gobierno de Venezuela. En Nueva York, ejecuta el *Concierto para piano*, de Grieg. Continuaron los conciertos en proporción de dos por día. En Springfield, obtiene un éxito clamoroso. En una serie de conciertos operáticos aparece con Brignoli, Sofia Scalchi y otros, bajo la dirección de Ardití, en la Academia de Música de Nueva York.

En Montreal, aparece con *madame* Albany compartiendo honores. Un diario de Montreal, relata: “Teresa es la única pianista que llega a Montreal dos o tres veces en un año. Ella no busca sus éxitos sino en su trabajo, su inteligencia y su corazón. Ella ama y respeta su arte por encima de todo”.

Luego sigue la temporada en Denver, donde ejecuta la *Fantasia húngara*, de Liszt. En Kansas levanta eco. Teresa aparece alegre porque regresa a su hogar. Siempre se pone contenta cuando llega el momento de volver con sus hijos, lo único que tiene en la vida, sus únicos afectos.

En el otoño de 1883, comienza una serie de conciertos por Toronto. Luego se inicia otra gira con la compañía, desde Rochester hasta la ciudad de Kansas, y en Chicago, como siempre, apareció extraordinariamente. Ha incorporado a sus programas las *Escenas de la vida del país*, de Grieg. En febrero de 1884, por Navidad, se puso camino de su casa. A una presentación en Nueva York —acompañada de Emma Juch— le sigue, en el mes de marzo, una semana de importantes conciertos en Chicago. Ejecuta bajo los auspicios de la Sociedad Beethoven y el patrocinio de los grandes magnates de la industria. Sus ejecuciones más felices son el *Concierto para piano*, de Schumann, y la *Polacca brillante*, de Carl M. von Weber. El público la aplaude frenéticamente.

El 8 de marzo de 1884, Teresa da un concierto que marca época en su carrera pianística en Chicago. En aquella oportunidad, ejecuta la *Segunda Suite Moderna*, de Edward MacDowell, su discípulo, por primera vez en América y obtienen un brillante éxito, tanto el autor como la ejecutante.

Los críticos continúan lanzando sus elogios y sus críticas. En el Conservatorio de Detroit ejecuta nuevamente la *Suite* de MacDowell; y luego regresa al hogar a cuidar a la pequeña Teresita. Allí combina los deberes maternos con su nuevo repertorio, y trabaja en agregar a su lista “Hexentanz” y “Erzählung” de la 2 *Fantasiestücke*, de MacDowell.

Una mañana se entretenía enseñando a Teresita a caminar, para ello improvisa en el piano una pequeña danza que la niña baila. Estas armonías fueron conocidas, más tarde, con el nombre de *Mi Teresita*⁹ y se hizo pieza obligatoria al final de sus conciertos. El público la pedía de pie y en medio de aplausos.

El 7 de enero de 1885, Tag y Teresa dieron la bienvenida a un hijo al que llamaron Giovanni. Y en seguida arreglaron una

9 Originalmente, la pieza se llamó *Petite valse* o *Kleiner Waltz* (*Pequeño vals*). [N. de la E.]

gira juntos, comprometiéndose, para la temporada 1885-1886, por una determinada suma o porcentaje. Nuevamente, la gran artista nómada emprendió el camino por ciudades y pueblos. Nuevamente, recogió laureles y dinero para el mantenimiento de su hogar. En los *Conciertos del domingo*, la aclamaron.

Teresa se había propuesto dar a conocer la obra de su gran discípulo, MacDowell, y así ejecutó su *Primera Suite Moderna*, en Nueva York, el 21 de marzo de 1885, en el Chickering Hall; y en Toronto, “Hexentanz” apareció de manera prominente en su programa.

Aquella noche apareció vestida de negro, en moaré con encajes, confeccionado en una antigua disciplina. Estaba elegante y serena. Ella iba a arrancar al público los aplausos para MacDowell, conocido como uno de sus alumnos más virtuosos.

El regreso a la patria

Entre tanto, en Caracas, el hermano querido de Teresa, Manuel, trabaja como empleado de correo. Después de la muerte de su padre, se había radicado en su ciudad natal y mantenía frecuente correspondencia con su hermana, que vivía en Nueva York. Estas cartas eran evocadoras para Teresa, a quien le parecía estar todavía en aquella ciudad de sus primeros años, con sus estrechas calles, sus casas de tejas rojas, llenas de sol y de flores, iluminada, tal como la había visto en sus ya lejanos años de la infancia. Pensaba en ella desde esta fría Nueva Rochelle, mientras preparaba sus programas, daba clases y atendía a sus hijos.

Una mañana fue sorprendida por una invitación que le hacían desde Caracas: el presidente de Venezuela, el general Joaquín Crespo, la invitaba a dar unos conciertos el próximo otoño. Quería que la oyeran los venezolanos, sus compatriotas.

La oferta era generosa. Prometía seguridad y triunfos. Su hermano, Manuel, y su tía, María Teresa Carreño, la animan para que efectúe el viaje, e incluso le ofrecen su propia casa como huésped de honor. Tag y Teresa aceptaron la invitación y comenzaron los preparativos para el viaje.

El vapor *Caracas* hizo su entrada en los muelles de La Guaira, el 15 de octubre de 1885. Teresa estaba trémula de

emoción. Hacía exactamente veintitrés años que había abandonado la ciudad siendo una niña, llena de un gran amor por la vida y por el arte; pequeña, esperanzada y con un porvenir incierto. Regresa una mujer de treinta y dos años, endurecida por las amarguras de la vida. Ahora, estremecida de felicidad y de recuerdos, pisaba la tierra venezolana, llena de triunfos y laureles.

Un coche especial había sido puesto a su servicio en el ferrocarril. Teresa fue recibida en la estación con los acordes del himno nacional. Un homenaje le fue rendido por la Junta de Recepción, y cerca de dos mil personas se congregaron para darle la bienvenida. Gonzalo Picón-Febres le presentó un ramo de flores en nombre de sus compatriotas. Ella quiso dar las gracias, pero no pudo: la emoción la embargaba. Con las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, apenas pudo balbucir: “Mis lágrimas os dirán cuánto experimenta mi corazón en este instante. Yo no merezco tanto”.

A su paso por las calles de Caracas, le arrojaron flores desde las ventanas. El cortejo era imponente, tomaron parte en él todos los coches que había en la ciudad. Ya en la casa de su tía, los músicos del Club Bolívar le dieron una serenata. La fiesta duró hasta la noche.

Al día siguiente, una comisión llegó a entregarle las llaves de la ciudad, y también le fueron otorgados privilegios e inmunidades. El gobierno le dio una medalla con el busto del Libertador; y el 29 de octubre de 1885 presentó su primer concierto con un gran programa, en el cual, Teresa ejecutó el *Concierto para piano en mi menor*, de Chopin, con acompañamiento de segundo piano y quinteto de instrumentos, en la primera parte. En la segunda, fue oída en *Saludo a Caracas*; *Danza venezolana*; *Trémolo*, de Gottschalk; la *Rapsodia húngara n.º 6*, de Liszt, y el *Himno a Bolívar* con coro y orquesta. El programa especifica que el piano es de la fábrica Weber,

de Nueva York, construido especialmente para que lo tocara Teresa Carreño. Este programa fue en homenaje al presidente Gral. Joaquín Crespo, en el Teatro Guzmán Blanco.

Don Manuel Revenga, crítico de *La Opinión Nacional*, expresa:

Tomamos la pluma, vibrantes aún en nuestros oídos el grandioso eco de los aplausos otorgados por nuestra sociedad a la venezolana y a la gran artista. No menos merecía quien, abandonando con lágrimas la querida patria, vuelve a ella jubiloso el corazón y satisfecha la conciencia. Caracas, enaltecendo a Teresita Carreño, se ha enaltecido a sí misma.

En el segundo concierto dedicado a Caracas, ejecutó el *Capricho brillante*, de Mendelssohn; la *Polonesa brillante*, de Von Weber y F. Liszt, cerrando con el *Andante en fa mayor*, de Beethoven, y el famoso *Escuela de octavas*, de Kullak. Artística y financieramente parecía haber triunfado, no obstante, la sociedad de Caracas, prejuiciada como estaba, no asistió a este concierto porque Teresa estaba divorciada y, además, se había dedicado al arte. En esa época, se tenía un errado concepto del arte y también del divorcio. Toda la sociedad se retiró y la dejaron sola. Sus amistades supieron que ella lloraba a solas por este desprecio inaudito, por esta falta de cortesía con una mujer que había dado gloria a Venezuela en el extranjero. Teresa se sintió profundamente herida. En carta a su amiga Carrie Keating Reed, fechada el 1.º de febrero de 1886, expresa lo siguiente¹⁰:

Estamos aquí desde el 15 de octubre. Sobre el arribo a esta ciudad, toda Caracas fue a encontrarme con una banda de música, discursos, etcétera, y todas las demostraciones de afecto de mis

10 Tras la aparente contradicción que hay entre lo señalado por la autora y el fragmento de la carta de la pianista, el texto citado sirve para ilustrar que solo unos pocos allegados estaban al tanto del repudio que manifestaron algunos sectores de la sociedad caraqueña hacia Teresa Carreño. [N. de la E.]

conciudadanos. Te diré muy confidencialmente que he sido tratada como una reina. Mi entrada a la ciudad fue de tal regocijo general, que las calles por donde pasaba mi carruaje, desde la estación hasta la casa, estaban llenas de una multitud que me aclamaba y ondeaba sus sombreros y pañuelos, tratándome como si yo fuese una reina que entraba en su ciudad (...). Estuvimos en Caracas un mes después del 15 de octubre, luego fuimos a Puerto Cabello, Valencia y Ciudad de Cura; regresamos después a Caracas, el 28 de diciembre, y desde entonces hemos dado aquí dos conciertos más. Ahora estamos a punto de salir para Ciudad Bolívar y Trinidad y, probablemente, después de una corta temporada aquí regresaré a mi hogar. ¡Esa sola palabra hace vibrar mi ser! Piensa qué larga separación de mis dos queridos hijos, los que más anhela mi corazón día y noche!

Después de una prolongada gira a través de las provincias, Teresa decidió dar un concierto de despedida en Caracas, el cual se efectuó el 10 de enero de 1886, bajo los auspicios de la juventud caraqueña. Al ofrecerlo al público, Teresa expresa:

Como la más grande prueba de mi gratitud y mi devoción a mis compatriotas de la querida Venezuela, he regresado a sus brazos para decirles adiós en un último concierto. Solo así es que soy capaz de corresponder a tantas demostraciones de afecto; y mi esposo, de muy buen grado, también ha aceptado tomar parte en él y demostrar así su aprecio por los que me han colmado, tan a menudo, de finas atenciones. Dondequiera que el destino me lleve, estará siempre en mi corazón la gratitud hacia este pedazo de tierra que me es tan querido.

Otro concierto de despedida tuvo lugar el 24 de febrero —en honor de los ministros del Gabinete y a beneficio de los hospitales—, con Chopin y la *Gran Tarantela*, de Gottschalk, y orquesta. Teresita decidió marcharse lo más pronto posible y la pareja salió para Trinidad. Al volver Guzmán Blanco al poder,

invita a Teresita para que regrese nuevamente a Venezuela. En estos días parecía renacer la armonía en el matrimonio. Teresa dio un concierto de gala en honor del Ilustre Americano, en septiembre de 1886. Bajo la batuta del señor Pineda, Teresa ejecutó la *Fantasia húngara* y la *Polonesa brillante*. Se sentía satisfecha del éxito alcanzado esa noche.

Más tarde, el Congreso votó por la aprobación anual de cien mil bolívares para financiar la compañía de ópera, y Guzmán Blanco pensó que nadie más apropiado que Teresita para confiarle la empresa, puesto que había actuado en óperas. Venciendo los escrúpulos de Teresa, al fin se convino en que Tag viajara a Italia para reunir la compañía y encontrarse ambos en Caracas, a principios de enero. Tag salió como empresario de la Gran Compañía de Ópera Teresa Carreño, y Teresa embarcó hacia Nueva York para ver a sus hijos. Consideraba que el éxito obtenido en Venezuela había sido extraordinario. Y pensaba que la gente de Caracas tenía un alto gusto por la música.

El 25 de septiembre de 1887, Teresa, con su doncella francesa, Josephine de Paul, sus dos niños y treinta y dos personas del conjunto operático, salen en el vapor *Valencia* hacia La Guaira. Al llegar, se hospedó en una casa situada en la plaza del Panteón. Venía a ofrecer a sus compatriotas una temporada de ópera italiana. “Preparémonos a gozar de los inefables placeres, los que en la presente temporada de ópera italiana nos puede ofrecer”, dice *La Opinión Nacional*, al darle la bienvenida. La compañía estaba conformada por un completo cuerpo de *bailet*, con una primera bailarina y una orquesta con treinta profesores, de los cuales cinco llegaron de Europa. El director era Fernando Rachelle. La nómina prometía tres óperas nuevas en Caracas: *Los hugonotes*, *Mignon* y *Carmen*. También *Ruy Blas*, *Lucía de Lammermoor*, *Rigoletto*, *Un baile de máscaras*, *Fausto*, *Norma*, *Lucrecia Borgia*, *Aída*, *Roberto el Diablo*, *La africana*,

La sonámbula, El barbero de Sevilla, etcétera. Los precios fluctuaban entre diez y trece pesos, y el palco para seis personas, ciento veinte.

Se estrenó con *Un baile de máscaras*. El teatro estaba lleno. La ciudad murmuraba, y los periódicos felicitaban a Teresita. Leyendo la prensa de la época, se nota la descortesía de la sociedad hacia Teresa Carreño. Todos murmuraban contra la compañía. La segunda presentación, *Lucía*, fue un éxito por Linda Branville, quien “encendió la elogiosa crítica”.

Comenzó una campaña de descrédito: artículos insultantes, cartas amenazantes. Desde el auditorio llegaban silbidos y pitos de desaprobación, al mismo tiempo que un huevo salpicaba sobre el escenario. Quisieron darle a esto un tono político, y Teresa no se daba cuenta de que era ella el blanco de la oposición. Tag fue amenazado si salía en *Rigoletto*. Teresa estaba “hecha de fibra vigorosa y elástica”, de modo que esa nueva humillación no la afectó. Pensó que el fracaso le anunciaba el éxito.

Afortunadamente, llegan las vacaciones de Semana Santa y Teresa las aprovecha para hacer nuevos planes. A fin de conjurar el peligro, resolvió salir ante el público, ejecutando la *Polonesa brillante*. El auditorio la aplaudió. Parecía restablecerse la armonía. La ópera continuó, y Teresa decía: “el imposible existe solo para hacer probable lo imposible por la fuerza de quien tiene corazón”. El director no se atrevió a salir en escena; se fingió enfermo. Teresa, despreciando la irritación del público, tocó la *Rapsodia húngara n.º 6* y salvó la situación.

El público la admiró rendidamente cuando la vio salir con la batuta del director de orquesta, en *La favorita* y *La sonámbula*. Algunos la compararon a Bolívar que no temía a nada. La artista se engrandeció ante su auditorio. Y continuó la temporada con Teresa como directora y como pianista en los entreactos. Una semana antes de lo convenido terminó la temporada,

por haberse enfermado la Branville, que era el mayor atractivo, aparte de Teresa, por supuesto. El gobierno se vio obligado a comprar las propiedades de la compañía por veinte mil bolívares, y Teresa se apresuró a partir. Algunos críticos juzgaron que la compañía no tenía nada brillante fuera de Teresa, con su hermosura, su valor y su genio.

La Caracas puritana y colonial no podía adaptarse a la liberalidad de su espíritu, y, para colmo de males, sus desavenencias con Tag habían trascendido a los círculos sociales y artísticos. Tampoco le perdonaron que, siendo una descendiente del marqués del Toro, se hubiese casado con un artista. Pero a pesar de todo, Teresa se sintió satisfecha de su gira y, aunque estaba herida, bien pronto olvidó este contratiempo.

El regreso al hogar

A su regreso a Nueva York, se distrajo con la noticia de que Teresita quería seguir la carrera musical. Y ella misma se dedicó a enseñarle. Cuando estaba “tocando sus disparates”, Giovanni decía, entre serio y burlón, “¡Silencio, que Dadá está tocando a Bach!”, y Teresa reía con todas sus ganas.

Fue en marzo de 1888 cuando llega a Nueva York su cuñado, Arturo Tagliapietra, quien viene a tratar de unir a los desposados. En las crisis siempre defendía a Teresa contra su hermano. Arturo Tagliapietra y Ginka Watson la animan para que ponga final a estas disputas y para que viaje a Alemania. Eran los tiempos en que Teresa Carreño daba a conocer por toda la América la música de su discípulo, Edward MacDowell.

Su natural nobleza y su amor a Venezuela le aconsejaron que no hablara a nadie de lo acontecido en su país. Solo habla de los días felices que ha vivido en su patria. Para olvidar, ¿por qué no?, se entregó al estudio con dedicación, con fiebre. Theodore Thomas la admitió como solista en sus *Conciertos de Noches de Verano*, en Chicago. El 5 de julio de 1888, tuvo el placer de ejecutar el *Concierto para piano n.º 2 en re menor*, de MacDowell, bajo su batuta.

Nuevamente, su amiga Ginka le insinúa la necesidad de restablecer la paz del hogar viajando a Alemania, a fin de

que se dedique a estudiar con su maestro, Carl Tausig. En la temporada de invierno, se une al Radapth Lyceum Circuit, el más antiguo de su clase en Estados Unidos, y viaja a través del Medio Oeste con sus viejos asociados: Emma Juch, Hope Glenn y Leopold Lichtenberg. Como siempre, Teresa es el éxito. Los anuncios decían que Teresa Carreño tenía un promedio de más de ciento cincuenta conciertos por año (mil seiscientos cincuenta conciertos en once años).

Entre tanto, su situación en el hogar era intolerable. La señora Watson, quien considera que en Estados Unidos Teresa no encontraría su verdadera apreciación como artista, se une a su discípulo, Helen Fairbank, para pedirle a su padre, el empresario N. F. Fairbank¹¹, un préstamo de cinco mil dólares, a fin de que Teresa viaje a Alemania y resuelva su situación. El empresario acepta. “Me gusta esta mujer —dijo— y la necesito para tener éxito”. Y dio el dinero que significaba la libertad de Teresa. “Piense en sus hijos”, le dijo Arturo para alejar toda preocupación por parte de Teresa al aceptarlo. Teresa, al fin, firmó el recibo y expresó: “Ojalá mi padre desde el cielo me ayude”.

Pero Teresa no se acababa de contentar. Tenía cierto miedo al pensar que la crítica en Alemania era muy fuerte y que era aquel un país de gran tradición musical; aunque no dejaba de comprender que triunfar allí sería su definitiva consagración como artista del teclado.

Una mañana de julio de 1889, Teresa viajaba en el vapor *Callia* rumbo a Inglaterra, en compañía de los MacDowell. Allí, una vez más, pronunció su célebre frase: “¡Yo soy Carreño!”. Había tomado su destino con sus propias manos. En un espejo cercano pudo apreciar que sus rasgos se habían endurecido...

11 Además de ser una familia con un importante poder económico, los Fairbank eran grandes promotores culturales en Chicago. [N. de la E.]

La consagración definitiva

Al pasar por París, los amargos recuerdos la atormentaron. Ella lleva una secreta y justa intención de rehacer su vida. Pero dedica toda su atención, todos sus momentos, a prepararse para aparecer en otoño en Berlín. Ni más ni menos. Practicaba seis horas diarias y la impulsaba su anhelo de conquistar la fortaleza musical de Alemania.

Se instaló en la avenida Mac-Mahon, en un pequeño apartamento con Josephine, los niños y su hermano Manuel, que la acompaña. Uno que otro paseo por el bosque es su única distracción. De resto, toda ella está entregada al estudio y a la superación de sí misma. Mandó a hacer unos trajes para los conciertos, elegantes, con un modisto de París. A su amiga, Carrie Keating, le escribe informándole de su vida en París, en Londres, de sus viajes a los sitios en que fue feliz y en los que su corazón “se dolió por los recuerdos de los viejos tiempos, cuando mi pobre padre estaba a mi lado”. Le habla de Manuel, “el mismo querido buen muchacho”, y de su esposa. Y, al fin, le informa que el próximo 1.º de noviembre saldrá para Berlín y del acontecimiento de París: la exhibición e inauguración de la Torre Eiffel. Le habla de su entrevista con “el viejo y querido amigo Gounod”, quien le tocó su última composición, *Mon dernier enfant*, y le asegura: “Mi primera actuación se efectuará

en Berlín, con un concierto en el que seré secundada por la Orquesta Filarmónica, el 18 de noviembre”.

Habla aún con un poco de temor por lo que piensa afrontar: la dura crítica alemana. Pero ella es “¡una Carreño!”.

Lo primero que hace al llegar a Berlín es buscar alojamiento para ella, Josephine y los niños. Ahora comenzarán sus lecciones, con seguridad.

Entre tanto, había logrado mantener correspondencia con el empresario Hermann Wolff. Se presentó en el Askanischer Hof, sitio frecuentado por los artistas, pero antes alquiló una habitación con un piano para estudiar. También quiso permanecer un poco aislada, a fin de estudiar el alemán. Sus primeras amistades son el empresario Hermann Wolff y su esposa, Louise, y la discípula de Liszt, Emma Koch.

En la Berliner Singakademie, Teresa encontró el ambiente que necesitaba. Allí habían aparecido, antes que ella, Rubinstein y Clara Schumann. Es con ellos que Teresa aspira a ser comparada. Su empresario le propone que se presente con el *Concierto para piano*, de Grieg, y acompañada por la Orquesta Filarmónica, bajo la batuta de su director permanente, *herr* Arthur Nikisch. Para su mayor sorpresa, supo que los asientos para este primer concierto habían sido vendidos. La colonia venezolana apareció en primera fila. Pero Teresa estaba nerviosa; se sentía su paso largo detrás del telón del escenario y se presentía su silencio. Generalmente, “pensaba” la música que iba a interpretar.

Teresa recordó otra noche lejana, cuando con la cara contra los vidrios de la ventana de su casa miraba caer la lluvia. Y le pareció oír una querida voz que le decía: “ahora sí es tiempo de vestirme, Teresita”.

La Orquesta Filarmónica había comenzado con la “Obertura” de *Die schöne Melusine*, de Mendelssohn. En su cuarto, Teresa caminaba de arriba abajo, “puliendo mentalmente su concierto”.

Cuando llegó su turno, entró erguida, imponente, al escenario. Antes de ejecutar una sola nota, había conquistado a los incrédulos. El *Concierto* tronó en el salón, al conjuro de su magnetismo clásico. El público se preguntaba si aquella era una mujer. Al final, el auditorio se puso de pie para aplaudirla frenéticamente. Estaba abierto el camino al triunfo y, a despecho de ellos mismos, los críticos tuvieron que admitir que Teresa, además de una gran artista, era bella.

Los músicos eminentes llegaron a su cuarto a estrecharle la mano, en gesto de felicitación. Teresa temblaba con una mezcla de frío y de emoción artística. Nuevamente se presentó ante el público, esta vez con la *Symphonic Etudes*, de Schumann. Comenzó lentamente, impecablemente, nota a nota. Al final, el triunfo fue suyo. ¡Qué victoria! Era su consagración definitiva.

Teresa, agotada, cayó sobre la banqueta del piano. Había dado toda su capacidad artística para conquistar su triunfo y este llegaba hasta ella fluido, emocionado, tremolante... Los críticos enmudecieron de admiración. Teresa, al triunfar, había conquistado su libertad.

La *Polonesa brillante* fue la culminación de su éxito de la noche. Con todo el fuego de su temperamento, interpretó aquella pieza que dejó al público como hipnotizado. Los aplausos estallaron en la sala y Teresa, un tanto lejana, aceptó el homenaje de las flores y de los aplausos. Miró entre lágrimas cómo el público, alrededor del escenario, agitaba sus blancos pañuelos, como banderas de paz...

Al día siguiente, los críticos la llamaron “la leona del teclado”. Estaban ante una maravillosa artista. Teresa era un extraordinario temperamento artístico. El comentario del *Allgemeine Musikalische Zeitung*, comienza así:

Hace tiempo que no oía una pianista que me atrajera por completo como *frau* Carreño. Por fin se encuentra una personalidad independiente y que se destaca por sobre tantos talentos medianos que, primorosamente peinados y cepillados, llenan las amplias avenidas del arte predominante del piano. Con una perfecta técnica, completa y deslumbrante, con la fuerza de dos pianistas y con un sentido del ritmo fuertemente arraigado en ella, *frau* Carreño une a la libertad espiritual, la independencia de interpretación que la coloca muy por encima del simple pianista en el reino del verdadero arte. Toda esta mujer, hablando desde el punto de vista artístico, es de extraordinaria medida y, por tanto, comprendo que muchos de sus oyentes repelen el vigor de esta presencia que no tiene nada femenino y, sin embargo, nada que no sea hermoso y espontáneo en su expresión artística.

Hans von Bülow, quien se encontraba entre el público de este primer concierto, dijo: “Es, indudablemente, el más interesante pianista del presente”.

Todos hablaban de que era “un pianista” y Teresa pensó si tendría que hacer uso del “eterno femenino” para atraer más al público. También dijo a los críticos que “le gustaba el crujir de la seda de las prendas de vestir”.

El 30 de noviembre se encontró una vez más ante el público. Esta vez para dejar oír “el milagro de un solo trinar”¹². Wolff le había exigido que se presentara sola, en un recital, y Teresa aceptó un tanto inquieta por esta segunda prueba.

Entre aplausos atravesó el salón. Estaba vestida en terciopelo negro. Antes de la primera señal de la *Appassionata*, de Beethoven, se sintió dueña de un público que comenzaba a llamarla *Die Carreño*. Aquella noche, Teresa hizo viva y oral la terrible pasión de la música de Beethoven. El gigante de Boon se revelaba apasionado, bravío, rebelde...

12 M. Milinowski, *op. cit.* [s/d.].

El crítico de *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*, expresó luego: “Toca semejante a Rubinstein en uno de sus mejores días”. *Herr Breslauer* se lamenta de que “es imposible evaluarla. Aun el más sereno es sorprendido en los rápidos”. Luego tocó la *La campanella*, de Paganini-Liszt.

Un crítico alemán dijo: “Habló al espíritu. Fue algo maravilloso, como hacía tiempo que no sucedía en Alemania. Se remontó a cumbres donde los seres humanos no pueden respirar”.

Con las octavas de la *Sexta Sinfonía*, de Liszt¹³, cerró el concierto que la consagraba como uno de los más maravillosos genios del piano.

13 La autora se refiere a las transcripciones (arreglos) que Franz Liszt realizó de la *Sinfonía n.º 6 “Pastoral”,* de Beethoven. [N. de la E.]

La madre

Ya podía pensar en sus hijos, en traerlos a su lado para vivir con ellos y contribuir a su educación. El empresario le hizo prometer que estaría a mediados de enero en Berlín, pues ya habían llegado varios contratos, y Von Bülow había pedido una repetición del *Concierto*, de Grieg, bajo su batuta, en el Filarmónico de Berlín para el 31 de enero, lo cual resultaba un honor.

Al fin, Teresa pudo escaparse hacia su casa, al lado de sus hijos y amigos, con sus discípulos y su piano. En su diario de piel de Rusia, adornado con un trébol de cuatro hojas, Teresa anota, el día del ensayo público: “Gran éxito”; el día del concierto: “Gran éxito”. Tres días después, Von Bülow expresa: “Carreño es un fenómeno, una joven Kundry”. Dondequiera que se le escucha, es contratada para una segunda y hasta una tercera vez. Después de este triunfo, Teresa pudo reunir una renta de tres mil cuatrocientos cincuenta marcos. Y el 13 de febrero da Teresa su tercer concierto, esta vez con acompañamiento de orquesta, ejecutando uno de los conciertos de Mac Dowell.

No podía olvidar a su hija, Emilita, dejada en manos de *madame* Bischoff. Al saber que esta se encontraba en Wiesbaden, le escribe pidiéndole que la deje ver a su hija.

Pienso en todos estos años de un silencio tan penoso para mí, durante los cuales he anhelado con el corazón lleno de tristeza oír

algo acerca de mi niña, sin causar molestia alguna a ella ni a usted. Le he probado suficientemente cuánto deseé que usted mantuviera todos mis derechos sobre ella (pues esto fue lo que me prometí), que ella creciera queriéndola a usted con todo su corazón sin ser perturbada por el recuerdo de su desafortunada e infeliz madre. Todavía intento guardar la promesa, pues, más que nunca, estoy convencida de que actué como debía por el bien de la niña, y si ella no sabe quién soy y cuál es su parentesco conmigo, nunca se lo diré por su propio bien; pero no puedo llegar tan cerca con el deseo de verla una vez siquiera y no hacerlo. En nombre del amor que usted siente por esa niña, quien, después de todo, es mi hija, y se la di a su cuidado para que la compensara con su amor infantil, en cierto modo, por el cariño y bondad que yo debía a usted; y aunque legalmente tengo derecho a pedirla, yo nunca he tratado de hacerlo ni lo haré mientras usted viva. En recuerdo del cariño que una vez me profesó, llamo a su corazón para que me conceda el consuelo de verla cuando yo vaya a Wiesbaden. Lo que le pido es poco para usted y será mucho para mí.

Es el desgarrado grito de su corazón de madre el que habla en esta carta. Es la mujer que sabe que allí hay un corazón que late por ella, porque ella lo formó, lo trajo al mundo, fruto de su primer y desdichado amor, de su fe en un hombre, en su primera palabra de amor. No obstante, el corazón de *madame Bischoff* no se enterneció ni dejó hablar a su sentido humanitario. Contestó, por medio del abogado, diciendo que “la niña continúa bajo la potestad de su padre, el único que tiene derecho a decidir sobre su cuidado, crianza y educación”. Y le exige que abandone todo intento de intromisión con respecto a ella, “a lo que usted no tiene derecho bajo la ley actual”.

Teresa leyó la comunicación con los ojos arrasados de lágrimas. Sentía que estaba presenciando la muerte de su propia hija, de aquel pedazo de su corazón que había perdido para siempre. Emilita sabía su origen, pero se le había obligado a

sentirse avergonzada de su propia madre. Se le dijo que Teresa Carreño era una loca, una artista adicta al lujo y a las joyas.

Egoístamente, *madame* Bischoff quería que su afecto fuera solamente para ella; y no tuvo reparos en deformar, en la mente de la niña, la potente y verdadera personalidad de la madre.

No le quedaba más recurso que aturdirse, olvidar. Por fortuna para ella, un vasto programa de conciertos estaba esperándola, invitándola a olvidar su pena íntima. Los que la rodeaban la creían la mujer más feliz del mundo, porque era una artista incomparable, completa, espléndida. Los jóvenes aspiraban a “parecerse a la Carreño”. En ocasiones, la vida le recordaba que ella era “¡una Carreño!”. Pero su corazón de madre y de mujer, estrujado por una cruel injusticia, sufría. Sufría en silencio. ¡Cuántas veces se recostó del piano con la cabeza abatida por la desgracia, con los ojos llenos de lágrimas, con las manos temblorosas de angustia! ¡Cuántas se bebió sus lágrimas en silencio! Y a pesar de que se miraba plena, fecunda, feliz en apariencia ante la vida, su corazón se desgarraba ante esta injusticia de una insuperable maldición.

Pensaba entonces en la crueldad de su destino que la llevaba lejos de su país y de sus hijos, y le negaba su derecho a ser para ellos una madre afectuosa y tierna, como si una maldición la obligara a deambular de un sitio a otro, lejos de lo que más amaba.

Una muestra de la gran ternura de esta mujer nos la describe la señorita Milinowski —su biógrafa—, cuando nos dice que Teresa guardaba en su bolso de los conciertos un papel con unos garabatos que le había escrito su hijo Giovanni, desde Montmorency, donde se educaba. Para ella era su mayor tesoro. Lo leía y releía una y otra vez, afirmándose en su creencia de que por ellos valía la pena sufrir y trabajar. Ahora su tren la lleva a Dresde. Buscó en el estudio intenso olvidarse de sí misma. Encontró en el arte la curación de sus nostalgias

dolorosos. En la hora de sus frugales cenas, los recordaba y los sonreía, ¡oh, si estuviera en su tibia compañía!

Giras... Triunfos

Llegó la hora de la partida. Nuevamente, la nómade dejaba la tibieza del hogar, la sonrisa de los hijos, las enseñanzas musicales, para prodigarse, para confundirse con su público, para complacerle, para hacerle vibrar de emoción y de belleza. La primera gira la lleva desde Holanda hasta Praga y Bélgica. Teresa aparece en todas partes crecida, extraordinaria, reveladora. Se pudo alegrar al mantener al público atento y las salas llenas durante toda la temporada. Después de Tausig y Rubinstein, ningún otro pianista había sido tan bienvenido y tan aclamado como ella.

Desde *Le Précurseur*, un crítico la llamó “una venezolana capaz de derretir el Polo Norte”. En Praga, el *Politik* inventó el término “millonaria del teclado”. El 29 de marzo de 1890, Teresa toca el *Concierto*, de Grieg, en Leipzig. El mismo autor estaba entre las primeras filas observándola. Al final, la buscó en su camerino y se presentó: “Mi nombre es Grieg”. Teresa sintió que el corazón se detenía con cada uno de sus latidos. Había tomado muchas libertades para interpretar las últimas páginas de su obra y temía, cuando le oyó decir: “*Madame*, no sabía que mi concierto era tan bello”. Y le dedicó una fotografía. Desde entonces, fueron grandes amigos. En carta a su amigo August Winding, Grieg le expresa: “*Frau* Carreño

ejecutó excelentemente el *Concierto para piano en mi menor* y la *Fantasia húngara*, pero el diablo está en estos virtuosos que siempre quieren mejorarlo todo”.

Después de estas primeras apariciones, viaja a París con sus hijos. Una grave angina la postra en cama unos días, y sin hacer caso del médico que la asiste se marcha a Inglaterra con su hermano Manuel. En el tren viaja un hombre corpulento, en quien cree reconocer al gran Wagner; oye las demostraciones de un grupo de músicos que le saludan: ¡era el mismo Hans Richter! El 9 de noviembre, y algunas veces más, tocó en conciertos dirigidos por él.

*

Teresa creyó que era importante para su carrera ser aceptada en Londres y, después de algunos tropiezos, lo logró, con todo el éxito que esperaba. En sus veinte años de ausencia, el ambiente musical de Londres había cambiado. Regresa a París, y quiere tentar nuevamente la suerte que se le niega. Pero a ella nada la amilana, aun cuando Tag la persigue proponiéndole una reconciliación por el bien de los niños. Teresa no ha sentido ni siquiera el deseo de volverlo a ver. Puso a un lado la carta con indiferencia y se refugió con sus niños en su casa de campo, situada en la costa de Normandía. Hasta allí no irían a importunarla. Quería descansar y restablecerse. Se asombra de que sus hijos son hermosos y están crecidos. A su amiga, Carrie Keating, le escribe: “Has trabajado demasiado, como lo he hecho yo, y has gastado mucho el capital de tu vitalidad. Pero no importa, querida, tú y yo pertenecemos a la especie que nunca habla de morir”.

Le habla de sus trabajos y sus clases para el verano, y de los contratos que tiene que cumplir para el invierno. Carrie atendió a su llamado. Berck-sur-Mer era el sitio de reunión de la colonia venezolana en París. Teresa se unió a ellos en sus juegos de

tenis y caza. Con el ejercicio, mitigaba sus cansados nervios y recobraba sus fuerzas. Contratos muy numerosos eran la promesa que le reservaba Wolff, el cual confiaba “en una fatigante temporada, la que prometía buenos réditos en marcos, florines, rublos, francos y coronas”. Por supuesto, él obtenía una ganancia del diez por ciento.

El 9 de octubre comenzó la temporada en Berlín, con el *Concierto para piano n.º 4 en do menor*, de Saint-Saëns, bajo la dirección de Von Bülow. El *Allgemeine Musikalische Zeitung*, expresa lo siguiente:

Frau Carreño encantó por completo a su auditorio mediante su técnica, al parecer más etérea, no obstante ser ardiente y brillante... Ahora desarrolla la mayor belleza de tono, a pesar de la gran amplitud de volumen que no han sobrepasado nunca los dedos de ningún pianista alemán.

En Dortmund, ejecuta la *Fantasia y fuga en sol menor*, de Bach-Liszt; el *Concierto*, de Grieg, y la *Polacca brillante*; piezas que fueron escuchadas en la mayoría de sus conciertos orquestales. También el *Concierto para piano*, de Saint-Saëns, y la *Fantasia húngara*.

El 28 de octubre de 1890 ejecutó el *Concierto para piano n.º 2*, de MacDowell, en Dresde, y se atrevió a incluirlo en el ultraconservador auditorio Gewandhaus, de Leipzig. Von Bülow lo rechazó y Teresa le puso un telegrama: “Sin MacDowell no hay Carreño”. Entonces fue aceptado. Recogió laureles para ella y su discípulo.

A fines de noviembre se presenta en Alemania, que la aclama. Una gira la lleva a lo largo de las ciudades de Suiza. Se presenta con dos conciertos en cada ciudad. Luego regresa a Alemania hasta la Navidad. Max Roger se entusiasmó: “El último viernes oí a Teresa Carreño, la estrella más nueva, decididamente, lo mejor entre los pianistas del presente”, expresa.

Para fines del año de 1890, Teresa había ganado 34 134 marcos. Una bonita suma. Pero estaba agotada. Reunió a sus hijos y se marchó a Austria. En su diario, fechado en 1891, escribe: “Que el buen Dios sea con nosotros y guarde nuestros niños en buena salud”.

Para Teresa había sido una fecha memorable cuando se encontró en Rusia, en San Petersburgo. Aun cuando su viaje no fue un éxito, desde el punto de vista financiero, Teresa escribe: “Vi a Rubinstein por primera vez, después de veinte años”. La gira terminó en febrero. La crítica no fue justa con la genial artista.

Después de un pequeño receso, vino una temporada de conciertos en Alemania. En marzo viaja a Escandinavia, donde el rey de Suecia le confiere, en persona, la medalla de oro *Litteris et Artibus*, y regresa contenta a su hogar en *Askanischer Hof*.

Nuevamente, el amor

Hay una fecha que Teresa no pudo olvidar en mucho tiempo: el 10 de abril de 1891. Fue el día en que conoció al más afamado pianista del mundo, en la persona de Eugen D'Albert. Teresa le temía y lo admiraba, pero desde lejos. Una especie de presentimiento la estremeció súbitamente, cuando estrechó en la suya la mano del gran pianista y rival. Él había llegado hasta ella para felicitarla por su brillante interpretación del *Concierto*, de Grieg.

No obstante y su presentimiento, este primer encuentro no despertó ningún interés personal o íntimo a Teresa. Su amiga, Louise Wolff, la había invitado para que fuera a oírle interpretar el *Concierto para piano n.º 4 en sol mayor* de Beethoven. Ese día, la orquesta había interpretado los propios conciertos de Teresa. A primera vista le fue antipático, pero, de repente, se sintió interesada cuando oyó, emocionada, su brillante ejecución. Cuando terminó fue a su camerino, radiante de emoción, y aceptó una invitación para cenar en casa de un amigo de ambos. Desde aquella noche, sus trayectorias comenzaron a cruzarse, tal vez intencionalmente. El poder dominante de Teresa, su magnetismo en el arte, lo atrajo. Se vieron, siempre en los conciertos y, a fines de mayo, apenas un mes después de aquel día en que lo conoció, ambos ejecutaron en

el Wiener Tonkünstler-Verein: D'Albert, el *Concierto* de Martucci, y Teresa, el *Concierto*, de MacDowell. El auditorio pidió repetición.

La temporada fue un éxito. El 2 de junio, escribe Teresa en su diario: "Voy con mi *Liebchen* a oír su *Quartette*, ejecutado por el cuarteto de Joachim en el Singakademie". Al día siguiente, revela: "Conté toda mi historia a mi *Liebchen*". Y nació un amor violento bajo los árboles, donde iban a menudo a refugiarse de la curiosidad de todos. D'Albert y Teresa perpetuaron el día feliz de sus amores en el diario, con unas simples palabras: "Fui a Ludwigsfelde con *Liebchen*". Él escribe en alemán: "Solos, juntos en Ludwigsfelde. Conducidos a Berlín en un tren de carga. Llegamos a las dos de la mañana. Fue muy agradable, como siempre que estamos juntos".

¿Vivía Teresa un nuevo romance? Es posible que pensara que la vida valía la pena vivirla. D'Albert era once años menor que ella, y tal vez buscaba a su lado no tanto su amor de mujer como su experiencia de artista. Lo cierto fue que, inmediatamente, salió Teresa para París y D'Albert para Suiza, llevándose el dolor de la separación. Teresa sufría con la separación y D'Albert necesitaba de la vitalidad de Teresa. Ella se examinaba a sí misma y se decía que era este "su único y verdadero amor". El 21 de junio, escribe en su diario: "Salí para Wiesbaden a reunirme con *Liebchen*". Como no podían sufrir más la separación, resolvieron reunirse con los niños en Chaumont, sitio ideal para unas vacaciones. Allí Teresa se unió a él, el 9 de julio. Junto a sus hijos, vivieron en una casa de campo. Parecía que al fin había conquistado la paz que anhelaba su espíritu.

Hicieron vida sencilla, pues D'Albert amaba a los niños. Y en los diarios aparecen estas frases: "Con la constante inspiración de la presencia de Teresa, ¿qué no podía crear yo?". Y el corazón de Teresa expresa: "Con él a mi lado, ¿cómo no

tocaría yo?”. Para Teresa él significaba “la renovación de su juventud”. Para D’Albert, Teresa era “el sagrado fuego de su instinto creador”.

Pero había una realidad: el empresario Wolff los instaba a regresar a Berlín. Teresa se fingió enferma. Mientras Wolff arregla contratos y programas, Teresa sale precipitadamente para París a arreglar sus asuntos. Su diario habla elocuentemente:

1.º DE OCTUBRE. Había telegrama de *Liebchen* diciendo que había comprado una casa.

4 DE OCTUBRE. Salí para Dresde.

5 DE OCTUBRE. Llegué a Dresde a medianoche. *Liebchen* se unió en el camino. Los *babies* darán gracias a Dios.

6 DE OCTUBRE. Hotel Kaiserhof en Dresde. [Donde se había registrado bajo el nombre de Josephine de Paul].

7 DE OCTUBRE. Fui a ver nuestra casa por primera vez. Me pareció bella.

12 DE OCTUBRE. Fui a ver nuestra encantadora casa en Coswig. Dormí allí por primera vez.

13 DE OCTUBRE. En casa con todos mis seres queridos. ¡Gracias a Dios!

Villa Teresa fue el nombre que le puso a su casa de Coswig, en el Elba, entre Dresde y Meissen. Allí construyeron su lugar favorito, su santuario del amor. Como si hubiera sufrido una transformación al embrujo del amor, Teresa se convirtió en una cabal mujer de su casa. Se ocupa de los muebles, de las cortinas, de la ropa, de la cocina. Dirige a los pintores, plomeros y carpinteros. Se complace en la confusión reinante, se siente, en suma, vivir... Dos grandes pianos Bechstein fueron colocados en el gran salón. Y se sintieron plenos, con sus hijos y su felicidad.

Pero la felicidad dura poco en la casa del pobre. Teresa y D'Albert tenían compromisos que cumplir y tuvieron que poner punto final al idilio. D'Albert parte para Estados Unidos a principios de marzo y Teresa se dirige a Hanóver, a ejecutar sus conciertos programados.

La vida y sus apremiantes necesidades los reclamaban a ambos. Tuvieron que separarse nuevamente. Todo está reflejado en su diario:

4 DE NOVIEMBRE. Grefswald. *Liebchen* en Parchim.

5 DE NOVIEMBRE. En casa. *Liebchen zu Hause so Gott Will.*

7 DE NOVIEMBRE. Salida para Hanóver.

8 DE NOVIEMBRE. Hanóver.

13 DE NOVIEMBRE. Elberfeld 450 m. *Liebchen* vino a pasar el domingo conmigo.

19 DE NOVIEMBRE. Wiesbaden a las 6 p. m. Vino *Liebchen* a recibirme. Me quedé en Biebrich.

22 DE NOVIEMBRE. Berlín. Askanischer Hof.

24 DE NOVIEMBRE. Volví a casa en el tren de las 8:00 a. m. Encontré bien a los *babies*, a Dios gracias.

7 DE DICIEMBRE. *Liebchen* en Viena.

9 DE DICIEMBRE. *Liebchen* en Budapest.

10 DE DICIEMBRE. *Liebchen* en Graz.

12 DE DICIEMBRE. *Liebchen* en Viena.

13 DE DICIEMBRE. *So Gott will Liechen zu Haus.*

15 DE DICIEMBRE. Königsberg 700 m. [Teresa menciona una vez más, lacónicamente, su concierto]

22 DE DICIEMBRE. *Erster Tag.* [Escrito con letra de D'Albert. Era el cumpleaños de Teresa].

Y una mañana, un periódico, *Signale*, trajo la enhorabuena: “Nos llega de Dresde una singular noticia del reino del arte. Se

dice que Eugen D'Albert y Teresa Carreño se han casado. La pareja se ha comprado una casa en Coswig”.

Teresa comenzó a firmar Carreño-D'Albert.

Agregó a su programa el *Concierto para piano y orquesta n.º 1 en si bemol menor*, de Tchaikovski.

En la casa recibían a los amigos de ambos, hacían tertulias y tocaban al piano. Entre estos, se encontraba Johannes Brahms, quien en cierta ocasión dijo algo denigrante sobre las mujeres pianistas. Teresa le contestó:

—Usted olvida, maestro, que yo estoy aquí y que soy mujer.

Brahms contestó:

—Usted no es una pianista, ¡usted es *un* pianista!

Otro día, en Viena, [el compositor] le confesó a D'Albert: “Yo no me he casado porque nunca he encontrado una esposa como la suya”.

La vida de los esposos Carreño-D'Albert parecía feliz. Él la había inducido a tener un mejor control y unidad interior. En aquellos días, estudió para superarse más aún, para extraer contenidos más profundos a la música, y aumentó su repertorio. Teresa pensaba que una nueva separación sería para ella algo terrible. D'Albert escribe en su diario: “¿Por qué yo tengo que ponerla siempre triste?”. El 22 de febrero de 1892, Teresa dice en su diario: “Mi amado salió para América vía Londres, a las 7:22 p. m. Dios quiera acompañarlo felizmente al otro lado del mar y llevarlo a salvo detrás de él, y ayudarme a soportar esta tremenda separación”. Y el 4 de marzo: “*Liebchen* llegó felizmente a Nueva York. Estaré dándole millones de veces gracias al Señor por su gran misericordia”. Él escribía: “Yo soy tan feliz porque tú estás todavía en Coswig, en nuestro hogar, y me siento tanto más tranquilo sabiendo que estás allí”. Desde Estados Unidos le escribe cartas románticas, le habla de sus conciertos y de su amor. La llama “mi querida esposa”. “¡Con cuánto cariño y dulzura escribes, mi amor!”.

Durante la separación, Teresa se ocupa de su casa, de cuidar su jardín y a sus hijos. Por corto tiempo, salía a dar algunos conciertos. No muchos. En su diario, Teresa dice: “El buen Señor ha concedido a nuestras súplicas. Londres a la 1:00 p. m. Nuestra hija Eugenia nace el 27 de septiembre, quiera el Señor bendecirla y guardarla”.

Un nuevo fracaso

No ha pasado un año y ya aparecen las divergencias sobre la educación que deben recibir los niños. Los disgustos se hacen frecuentes y amenazan con acabar con la tranquilidad del hogar que antes parecía tan feliz. La primera aparición de Teresa bajo la batuta de su marido, en Berlín, los días 8 y 9 de enero de 1893, fue para ella otro gran triunfo personal. En su diario escribe: “Gran éxito por la composición de mi Toto”. No obstante, los críticos no estaban de acuerdo, les parecía que la composición de D’Albert era descolorida y que Teresa hacía cuanto podía por mejorarla. Hablan sarcásticamente de D’Albert, dicen que “es un nómade cosmopolita, sin hogar, nacionalidad ni genealogía”.

Pero Teresa continuaba creyendo en su genio. Quería introducirlo como director de orquesta. Entre tanto, el rey de Sajonia le otorgaba a Teresa el título de Músico de la Cámara Real, en marzo de 1893.

Este mismo año, marca un período de depresión para el mundo musical. Teresa trata de desistir de su programa de primavera, pero Wolff no acepta; y, a pesar de que su concierto en Berlín ha sido bien recibido, nota que en París tiene dificultades.

Teresa expresa: “Yo aprendí todo de todo el mundo y aún estoy aprendiendo”, lo que indica que todavía no había llegado a la meta que se había propuesto.

El 21 de febrero, D’Albert regresa de una gira por Rusia con dieciséis mil marcos, ganados para el fondo común. Y aparecen juntos en el Festival de Beethoven celebrado en Bonn. Teresa había agregado a su programa el *Concierto para piano n.º 5 en mi bemol*, de Beethoven, y la *Fantasia cromática y fuga* como la editó Von Bülow. Los esposos atendían a sus discípulos en la casa. Una graciosa anécdota, de las más conocidas sobre estos dos artistas, describe sus temperamentos. D’Albert, una mañana, llamó apresuradamente a Teresa: “Ven pronto. Tus hijos y mis hijos están peleando con nuestros hijos”.

Cuando dan comienzo los conciertos de la temporada, Teresa obtiene un gran éxito, en Karlsruhe, con la primera representación de la ópera *Der Rubin*, de D’Albert. Luego viaja a Holanda y a Dinamarca, encontrándose tres semanas más tarde en Berlín.

Continúan presentándose juntos hasta Navidad. Teresa ejecuta el *Concierto Patético*, de Liszt, y luego un grupo de solos, cada uno, para completarlo. El 28 de diciembre de 1893, prueba en Ámsterdam las *Variaciones*, de Sinding, al mismo tiempo que uno de los conciertos de D’Albert. Durante toda la primavera tuvieron ambos un gran éxito, ganando mil marcos por concierto.

Pero Teresa estaba nuevamente en estado de gravedad y se ve obligada a cerrar más temprano la temporada. Regresaron un tanto disgustados a Coswig. Teresa, en ocasiones, se mostraba alegre o melancólica. Y D’Albert, irritado y majadero. Los disgustos continuaron cuando llegaron a la intimidad del hogar. Pero Teresa seguía excusándolo.

En este ambiente ya tenso de la relación entre Teresa y su marido, nace su hija Hertha, el 26 de septiembre, trayendo a

su madre la alegría de su llegada y unos días más de paz al hogar. Con el pretexto de que no podían practicar juntos, se separaban: D'Albert iba al hogar cuando Teresa no estaba, y cuando la veía explotaba su mal genio. Era que ya tenía una nueva distracción...

Teresa, confidencialmente, escribe en su diario: "17 de octubre: el más infeliz de mi vida. ¡Yo no debí haber vivido para oír esto que me dijo mi esposo! ¡Que Dios me ayude a soportar mi sufrimiento! ¡Solo Dios sabe lo que sufro!"

D'Albert, en una carta, le escribe: "Hace tiempo has debido preguntar qué es lo que yo deseo. Deseo que ambos conengamos en que no podemos vivir juntos como antes y que arreglemos nuestra vida de mutuo acuerdo... Yo quiero paz y tranquilidad, y esto es imposible con las mujeres..."

El golpe fue crudo. Nuevamente, los ojos de Teresa se han llenado de lágrimas. Nuevamente, está sola con su pena. Ella sabe, está segura, que volverá a erguirse ante la vida y que seguirá tras la felicidad que se le niega a cada paso.

Una carta de Teresita diciéndole que quiere tocar como ella, abre un paréntesis a su dolor. La tempestad se abatió en el hogar que parecía tan seguro, tan lleno de calma y de dicha. Los celos los separaban, y llegó la ruptura final. Trata de vaciar su corazón en su hija Teresita: "Es infinitamente difícil ser franco y no herir, pero ¿cómo hace uno para dar pruebas de confianza y de respeto por el valor de decir la verdad, o por pasar por encima de condiciones con engañosas mentiras?"

Y a él: "He oído decir que te vas para Italia, y estas pobres niñas quedarían sin protección, sin padre ni madre. Eso no puedo permitirlo. Preferiría abandonar mi viaje enseguida".

Pero Teresa no se afligía. Tenía que preparar las Navidades de sus hijos y sus conciertos de la temporada. En su diario escribe, en 1895: "Dios sea conmigo y con mis hijos y perdone a Eugenio". El dolor nunca la venció, sino que más bien le dio

alas para superarse, para hacerse más fuerte, para subir más alto. En su carta del 27 de febrero, le pide que le diga lo que ha de hacer con la casa y los criados; y en marzo, le participa que va a España por cinco o seis semanas. La casa, pues, queda vacía.

En la entrevista que llega a celebrarse en Tirol, insistió en el divorcio. “Su siempre ponderada ‘inteligencia alemana’ la declaró loca, con el fin de encerrarla en un asilo. Pero esta idea fue frustrada, felizmente”¹⁴.

Ahora, Teresa piensa solamente en buscar un hogar para encerrarse en él con sus cuatro hijos. Lo encontró en un piso alto de la Kurfürstendamm, 28. Ahí se instaló el 19 de marzo. Era un apartamento serio y espacioso. A un lado, el salón de recibo y su estudio con los dos pianos de concierto Bechstein, esperando y proclamando su genio musical.

Se instaló confortablemente con regios muebles, el atril para música, el escritorio, los retratos de sus hijos, de sus padres, de sus amigos más íntimos: Brahms, Beethoven, Liszt... Teresa organizó su vida en la soledad y en la sola compañía de sus hijos. Se reponía de su gran dolor. Ahora firmaba solamente Carreño. Cuando lo hizo por primera vez murmuró: “Me estoy volviendo vieja”.

Otra pena le estaba reservada: la ruptura con su hermano Manuel. Ya sentía que el círculo se estrechaba a su alrededor: sus hijos y sus afectos íntimos solo estaban a su lado. Y pensó en la muerte, la gran libertadora...

El 2 de octubre de 1895 obtiene el divorcio de D’Albert y, un mes más tarde, este se casaba con Herminie Finck. Teresa lloró amargamente.

14 M. Milinowski, *op. cit.* [s/d.].

Mamá Berlín y sus hijos

Teresa se entrega al trabajo con pasión. Quiere olvidar, no pensar más en el ingrato. Ahora su vida está compartida entre los deberes de la artista y los de madre. Practica, enseña, lee, atiende a sus hijos, los educa, los ama... En las horas de la siesta juega un solitario, da unas clases por la tarde, trabaja en su escritorio pasando las cuentas en limpio y recibe por las noches una que otra visita: tal es su vida. A la hora del té conversa con los amigos. Solo los viajes de los conciertos interrumpen este itinerario que se había fijado.

Los veranos los pasa en las altas montañas bávaras, en Pertisau, en el Achensee. Teresa gustaba rodearse de la juventud y se complace en serles útiles, orientarlos en su carrera. Los recibía con cálida amistad y cariño. Dándose a ellos, encontraba la paz de su espíritu. Es entonces cuando la comienzan a llamar “la madre de Berlín”, y a ellos, “los hijos de Berlín”.

En adelante viviría por y para sus hijos. Ya Giovanni era un joven prometedor y Teresita una bella niña, algo enfermiza y nerviosa. Su carácter violento y alocado causó muchas penas a su madre. Teresa les había inculcado tres palabras: amor, honor y obediencia.

Cuando Teresa regresaba al hogar, cargada de flores y regalos, los niños la recibían como a una diosa. Se recreaban

mirándola. Y cuando alguno enfermaba, Teresa todo lo olvidaba para pasar las noches enteras asistiéndolos. A menudo decía: “Si el arte me hubiese abandonado, hubiera sido una buena enfermera”.

En las Navidades, rodeada de sus hijos, ella misma preparó el árbol de Navidad. Se sentía confortablemente en su casa. Había obtenido buenos honorarios por sus conciertos en aquel otoño y podía subvencionar las necesidades de su hogar. Estaba, pues, satisfecha.

En la temporada de 1895-1896 da sesenta conciertos en Alemania y Gran Bretaña. En 1896, emprende una gira por Escandinavia, que constituye un extraordinario éxito. El mes de marzo lo pasa en Suiza; el de abril, en Noruega y Suecia, nuevamente. Cuando regresó a su hogar estaba terriblemente cansada. En unión de su hija Teresita viaja a Lucerna a los pocos días, donde la reclaman para un concierto. Entre tanto, los discípulos la esperan para que les dé sus lecciones.

A principios de 1896, los críticos musicales encuentran que Teresa pertenece a

... esos volcanes que están aún en plena erupción. Que está restringida en pedantescas cadenas, semejante a un pájaro en su jaula. Pero ella ama la libertad, le gusta correr sin riendas como el caballo de las llanuras de su tierra. En lugar de agotarse, sus fuerzas aumentan progresivamente. Cada día se hace más indómita, más apasionada; y cuando ha terminado el programa oficial, en lugar de cansancio, se encuentra aún inflamada con el fuego de la pasión artística. Su mirada brilla con una luz misteriosa. Es entonces cuando esta mujer aparece incomparablemente bella, cuando su ejecución llega al clímax”, dice el crítico del *Neue Zeitschrift für Musik*, a principios de 1896¹⁵.

15 *Idem.*

Pero Teresa no se preocupaba mucho por las opiniones de los críticos. Ahora solo está interesada en dar a comprender a D'Albert que tiene en ella una formidable rival. En el *Concierto para piano*, de Chopin, y la *Fantasia húngara* obtuvo un resonante triunfo, después de haber sido recibida por el público con atronadores aplausos.

El 29 de septiembre estrena su *Cuarteto de cuerdas*, presentado por el Cuarteto Klinger, en el Gewandhaus de Leipzig. Este *Cuarteto* y su vals, *Mi Teresita*, fueron editados por la firma Fritzsich. Trabajó también en una serenata para orquesta que quedó en manuscrito.

Y así se prepara para la temporada de otoño. El invierno era el tiempo dedicado al hogar y a los hijos. Su hija, Teresita, deviene para ella un problema. Teresa la envía al Instituto Breymannsches, situado cerca de Wolfenbüttel, que sería para ella como un hogar. Llega a sufrir a causa del peligro que cree ver correr a su madre, "por causa de ese hombre terrible, a quien estoy obligada a llamar padre".

Más tarde, Teresa acepta un contrato para presentarse en los Estados Unidos. Rudolf Aronson y la compañía de pianos Knabe organizan la gira: cuarenta conciertos a cuatrocientos dólares cada uno, con gastos pagados. Viaja en compañía de su discípulo, la holandesa Henrriette Orbaan. Luego viajaría a Rusia y a la península escandinava.

Dondequiera que se presentó fue un éxito ruidoso. En Helsingfors, se ve obligada a dar cuatro recitales a precios populares. Allí le es obsequiada una corona de laureles, y los estudiantes desengancharon los caballos del carruaje para conducirla, ellos mismos, a su casa. El público le pedía la mano para besarla y besaban también su traje. Teresa había sido el ídolo de la temporada, y para contentarles les prometió que volvería.

Los críticos dijeron:

Difícilmente hubo allí un triunfo semejante. Millares de personas, entre los que estaban las mujeres con sus hijos, le llevaron flores y cantaron un coro en su honor. Teresa estaba agobiada, fatigada, pero contenta. Lo único que le preocupaba era que no podía pasar las Navidades al lado de sus hijos, en su hogar.

A Nueva York llega la víspera de año nuevo de 1897, a bordo del vapor *Aller*, hospedándose en el hotel New Netherland. Se presenta ante el público con el *Concierto para piano n.º 4 en re menor*, de Rubinstein, con la Orquesta Filarmónica de Nueva York. Todos se sorprendieron al mirar su cabellera gris y su elegante porte cuando llegó hasta el piano, con un traje de terciopelo en severo corte. En memoria de su amigo y mentor, Gottschalk, fallecido en 1894, ejecutó los temas que él más amaba. Su pensamiento estaba a su lado. El público expresó que desde Rubinstein nadie había tocado con tanta belleza ese mismo concierto en Nueva York.

El crítico de *The Advertiser*, dice: “Es una mujer fuerte que toca su instrumento con energía. Se revela bajo el resplandor del mediodía o se oye su grito en la jungla tropical a medianoche, mientras, cerca, dos puntos luminosos nos dicen de algo felino que acecha”.

Y el *New York World* la llama “la leona del piano”. No obstante, Teresa consideraba que ella estaba ya madura, que había avanzado, que era una mujer que se había forjado en la dura escuela del deber y del trabajo. Solamente eso. Pero es de pensar que sus fracasos sentimentales la habían amargado un tanto.

La carta que recibe de su discípulo, MacDowell, la emociona hasta las lágrimas. Y cuando cree sentirse más feliz, más segura económicamente, le comienzan los dolores reumáticos y de cabeza que ya no la abandonarán hasta sus últimos días. Los médicos aconsejaban reposo absoluto, pero ella pensaba en sus hijos, en su casa, en las obligaciones que tenía que cumplir.

¿Cómo podía dedicarse al reposo absoluto? También tenía que ayudar a su cuñado, Arturo Tagliapietra y a la señora Watson, su amiga querida.

Su nuevo empresario es el señor J. W. Cochran, y los conciertos continúan sin interrupción. El *Boston Herald*, escribe: “Vuelve a nosotros con porte más majestuoso y modales más imponentes que cuando estuvo aquí la última vez. Al mismo tiempo, como una artista más profunda, más seria y madura, de primer rango entre los mejores de su arte”.

Según la *Gazette*: “*Madame* Carreño ha alcanzado una posición en la que está demás la crítica. En cuanto a técnica, amplitud de estilo, adaptación de los medios al fin, buen gusto y discreción, es la artista cabal”.

El *Times* ofrece el voto de confianza definitivo al expresar: “Entre los pocos triunfos del ‘virtuosismo’ que recuerda esta generación, pueden citarse los primeros conciertos dados aquí por Rubinstein, Bulox, D’Albert y Paderewski. Ahora tenemos el placer de añadir a esta corta lista a Teresa Carreño”.

The North American, de Filadelfia, expresa:

Cada una de las promesas de los primeros años ha sido más que cumplida. Por muchos años no se ha oído en Filadelfia una interpretación semejante —sin olvidar la maravillosa actuación de Adele aus der Ohe—, al tocar en manuscrito el *Primer Concierto*, de Tchaikovski, con ocasión de la visita del compositor a esta ciudad, esfuerzo que estropeó la salud de la artista. Y en cuanto a ese apacible genio, I. Paderewski, es completamente distinto.

En Chicago, se le tributó la más grande ovación; el *Chronicle* dice:

El auditorio gritaba como políticos en una convención. Las voces agudas de las mujeres se destacaban por sobre las de los hombres. En el desenfreno del entusiasmo se rompían los guantes, se ampolaban las manos y cuando ya no podían aplaudir más por el can-

sancio, aumentó el estruendo con golpes de pies y centenares de pañuelos blancos eran agitados desde la galería hasta el piso bajo. El trino de *La campanella* fue el gran acontecimiento de la noche. Al final, la gente subió a la escena abrazándola y besándola; y alguien propuso tres vivas a la Carreño, que fueron dados de muy buena gana. Doscientas personas desfilaron luego hacia la sala de espera para obtener recuerdos de ella.

No obstante el triunfo y su gran alegría, las noticias de los hijos ausentes la entristecen. Su exesposo, Tagliapietra, le ha escrito una carta amenazándola con quitarle a los hijos si no le entrega dos mil dólares, y Teresa se ve obligada a huir con un nombre supuesto. Se embarca precipitadamente para Europa, el 18 de mayo de 1897. Luego recibe la noticia de su matrimonio con Margarita Townsend.

Sus triunfos en Norteamérica le hacen pensar que es en Alemania donde existe el verdadero ambiente para su arte. A ratos se pone sentimental recordando las noches de *la ronde*, cuando asistían los pintores, y el parque, y el nacimiento de Puppi; y cuando Teresita y ella recogían fresas para la cena... También recordaba la escena en que, descalzas, recorrían el jardín regando las plantas... Era su vida con D'Albert y su gran pasión amorosa lo que la ponía melancólica.

Nuevos planes para otra gira por América, le son sugeridos por el empresario Johnston. Teresa puso sus condiciones: tocar en pianos Knabe, Chickering o Steinway y quinientas libras por cada concierto. La gira comenzaría el 10 de octubre con un concierto filarmónico en Berlín. Luego viajaría por Alemania, Austria, Hungría y Holanda; y tal vez, Inglaterra y Rusia.

En su diario escribe:

Ya empiezo a sentirme cansada de todo esto. Lo único que anhelo es un buen descanso y, no obstante, presumo que si lo tuviera no sabría qué hacer de mi vida, después de haber trabajado en toda

ella como lo he hecho. Creo que deseo esto porque no puedo conseguirlo. ¡Es muy humano!

A su amiga Karrie, le escribe: “No olvides que en realidad soy una mujer infeliz y que, a pesar de toda la gloria y de cuanto pueda tener, mi verdadera y única felicidad, además de mis hijos y de mi arte, es el cariño de aquellos a quienes amo”.

¡Qué sola debió sentirse cuando escribió estas palabras! ¡Qué hambrienta de cariño! ¡Qué triste y melancólica, a pesar de la satisfacción íntima! Era Teresa Carreño una mujer incomprendida, por su misma gran inteligencia, por su dominante personalidad, por la liberalidad de su vida; los hombres llegaban a abandonarla, comidos por los celos y por las mezquindades. En ocasiones se sentía totalmente feliz, pero era cuando estaba con sus hijos, animándolos, ayudándolos. Las visitas y recepciones oficiales, los trajes de lujo, todo ese mundo convencional, al cual —en su carácter de gran artista— tenía que asistir, la dejaban agotada, vacía. Y no pensaba más que en correr a su casa a oír las risas de sus niños o las lecciones de piano de su Teresita, alocada y bella, que le recordaba, en ocasiones, a aquella niña de Caracas, la ciudad lejana y querida... Tal vez despuntaba en ella el deseo de esconderse en la casa de tejas rojas y en su jardín de flores tropicales...

Un breve descanso en Pertisau y da comienzo a la temporada. Añadió a sus programas el *Estudio de Concierto* y el *Concierto para piano n.º 2*, ambos de MacDowell. Eligió tres conciertos para sus actuaciones con orquesta: el *Emperador*, de Beethoven, el *Capricho brillante* y el *Segundo Concierto*, de MacDowell, donde había “alcanzado la mayor altura”¹⁶.

En la celebración de los sesenta años de Max Bruch, Teresa colaboró con Józef Hofmann en la *Fantasia para dos pianos*, del compositor homenajeado.

16 M. Milinowski, *op. cit.* [s/d.].

Termina la temporada con el viaje a Rusia, Inglaterra y el regreso al hogar. Su vida durante ese viaje era lo más confortable posible. Ya se sentía algo cansada y tenía que cuidarse. Viajaba con su criada, que se ocupaba de su equipaje; tomaba un apartamento reservado para ella en el mejor hotel del lugar, se abrigaba con su manta roja, leía sus cartas, contestaba alguna, estudiaba, visitaba la sala de conciertos para probar el piano. Nunca ejecutó en una sala sin probar antes el piano. Antes de la siesta, y como un rito sagrado, jugaba solitario. Nadie podía entonces interrumpirla. Luego venían las protocolares visitas oficiales. A la caída de la tarde, templaba sus nervios con una taza de té y una conversación frívola con algunos amigos íntimos. A esto seguía una costumbre especial: el peinado para el concierto. Más tarde, se calzaba las zapatillas y se ponía el traje de brocado y larga cola. ¡Teresa estaba ya lista para subir al coche que la conduciría a otro triunfo!¹⁷.

Esta era generalmente su vida durante sus giras. Cuando se encerraba sola con la música, en su mundo de armonías y de remembranzas, no permitía ni que sus hijos la importunaran. Mantenía su palabra dada al público a toda costa, aunque se estuviera muriendo. Solamente la rompía cuando algún hijo la necesitaba con urgencia a su lado. El número extra en sus conciertos era su vals *Mi Teresita*, y todavía no se habían apagado las candilejas ni el rumor de los aplausos, cuando ya Teresa estaba con su chal sobre los hombros estrechando las manos de sus amigos y admiradores. Dicen que algunos de ellos enmudecían en su presencia, tal era el poder de su magnetismo. Una tarde, entre la larga fila de los que buscaban su autógrafo, advirtió a una niña sobrecogida de admiración, que la miraba sin poder hablar: “Y tú, ¿quién eres?”, le preguntó. La chica se acercó tímidamente: “Solo deseaba verla, yo también toco el piano”, le dijo. “Bueno, querida, entonces somos colegas.

17 Véase *idem*.

María, toma el nombre y la dirección de esta pequeña artista, le enviaré mi retrato para su estudio”, dijo a la fiel criada. Luego, dirigiéndose a la niña, le dijo:

Debes avisarme cuando toques en Berlín, y recuerda que nadie llega a ser artista sin trabajar duramente. No es esta una vida fácil. Buenas noches, mi querida. Veo en tus ojos que eres seria, tienes buenas manos para el piano y con valor y perseverancia, triunfarás. Buenas noches y *¡Aufwiedersichen!*

Todos se agrupaban para mirarla pasar. Teresa, con un gran ramo de flores, se abrió paso hasta el coche: “¡Volveré otra vez!”, prometía, y se alejaba hasta la soledad de su habitación del hotel. Luego le era servida la cena que comía con apetito. El invitado a compartirla conocía la verdadera personalidad de Teresa, porque era en este momento cuando ella abría su corazón, hambriento de comprensión y simpatía para con sus tristezas. Luego fumaba un cigarrillo y jugaba solitario antes de irse a la cama. Había borrado de su lista otro concierto... Mañana sería otro día...

Como telón de fondo estaba el amor de sus hijos, la amistad sincera de sus amigos queridos y su piano, su íntimo confidente...

Para el verano de 1898, Teresa elige un apartamento en Schwaz, cerca de Innsbruck. Un modesto e incómodo castillo fue su hogar. Pero estaba rodeado de montañas y tenía un lago profundo. Los días los pasaba allí, entregada a sus estudios y a su correspondencia. Lo tenía como un refugio. “No me siento bien, en absoluto”, decía en ocasiones. Y se retiraba sola a tomar una taza de té.

Pero los empresarios la solicitaban. Allí, en el escritorio, estaban los contratos y las halagadoras ofertas. Teresa quería alargar más el tiempo al lado de sus hijos.

En la Navidad de 1898, parte para Estados Unidos con un contrato halagador. Viaja hacia el lejano Oeste, y

un inconveniente de tráfico la obliga a presentarse en San Francisco. El *Segundo Concierto*, de MacDowell, es bien recibido. Una carta agradecida de su discípulo, llamándola “valquiria y abuela”, la llena de satisfacción.

El 16 de mayo de 1899 llega a Nueva York, a bordo del *Lahn*. Tiene un contrato para Londres, pero en julio está nuevamente en Kolberg con los niños. Su Villa Heigl, en Pertisau, se cierra para el mundo después que Teresa traspone sus puertas.

Pero todo en su carrera no era felicidad ni ganancias. En ocasiones tenía que hospedarse en “cuartuchos hediondos a cerveza y a *cowboy*, y tocar en teatros sucios y sin ventilación”¹⁸.

En esta época, aparecieron nuevamente los dolores reumáticos a importunarla. Teresa llegó a preocuparse. No se sentía bien y pensó que tal vez unos baños de mar y sol en Italia la reconfortarían. Pero no podía desprenderse de sus discípulos, que llegaban hasta su soledad. Entonces se refugió en el piano y comenzó a ensayar la *Fantasia* de Schumann, “buscándole verdades más profundas”. El otoño de 1899 llegó sin darse cuenta y tuvo que viajar por Alemania y Rusia. Y nuevamente regresó al hogar.

Una comunicación de la corte de Wurtemberg le participa que “Su majestad, el rey, tendría a bien honrarla con el título de Pianista de la Cámara Real”. Tiene fecha del 4 de diciembre.

*

Moría un siglo y otro comenzaba. En 1900, la vida de Teresa Carreño era acelerada, inquieta, llena de interrogantes. Entre sus niños y sus conciertos están sus principales inquietudes. Esta vez, como siempre, viaja por ciudades que pasan ante sus ojos como visiones fantásticas. Es un desfile de lugares en los que casi no se detiene sino para tocar un concierto. Y Teresa, aun cuando no se siente bien de salud, sigue adelante

18 *Idem.*

impulsada por su poderosa voluntad. Los críticos la elogian, y Teresa piensa que “eso también pasará”...

Las fuerzas la abandonan. Los conciertos y las clases la dejan sin alientos. La enfermedad avanza. A esto se suman los desagradados y choques con Teresita, quien la abandona para seguir su carrera en París, y la enfermedad de su pequeña Hertha, que la retiene día y noche a su lado.

Nuevamente, viaja Teresa por el Medio Oeste y Canadá. Llega a Nueva Orleans y de ahí a Savannah, donde embarca para La Habana en el *Olivette*.

En La Habana recuerda su triunfo infantil, cuando fue recibida con el título de “la dulce del piano”. En su diario, Teresa anota que el calor le prohibió actuar y que solo pudo ejecutar tres conciertos, ya sin fuerzas para terminar. ¿Sería un presentimiento? Y agrega: “Los viejos amigos de la infancia vinieron a recibirme del modo más amable y cariñoso”.

El *Post*, de La Habana, comentaba:

Aunque su personalidad magnética se manifiesta siempre a quien la oye, ella lo ignora y se funde en el espíritu del autor; destacan las características de su nacionalidad, su temperamento, su escuela; y posee una conciencia artística tan perfecta que no se toma libertades ni con el texto ni con el ritmo. Me sorprendió ver que pudieran lograrse tales efectos con medios tan legítimos ¡Qué gran artista hay que ser para esto!

En México, después de un viaje tormentoso y desagradable, Teresa es recibida con un regio banquete y muchos brindis. Una corona de plata le es obsequiada por el Jockey Club, donde se presenta con un notable concierto. Al dar las gracias, Teresa se luxó un pie, y, a pesar del intenso dolor que sufría, continuó el concierto sin dejar entrever su sufrimiento. El pie había comenzado a hincharse cuando el público le pidió una repetición y Teresa, sonriendo, volvió a tocar. Decía

que se sentía feliz entre aquella gente “que habla su propio idioma y la había hecho sentirse como en su casa”. Su casa era Caracas.

En Nashville, un público anhelante de oírla llenó el salón. El empresario le participó que no había dinero para ella. Teresa contestó: “Esta gente ha venido con la seguridad de que va a oírme y de ningún modo puedo defraudarla”. En Cincinnati, el público se puso de pie para ovacionarla.

El viaje continuó entre ovaciones y aplausos calurosos, y terminó con un concierto de despedida en Nueva York, donde la aclamación duró media hora.

Hasta el muelle la acompañó su cuñado, Arturo Tagliapietra, quien estaba notablemente triste. Teresa lo invitó a visitarla en Alemania. La gira que terminaba le había proporcionado una gran satisfacción y una fuerte suma de dinero: seiscientos y trescientos dólares por cada concierto. Pero ella solamente pensaba en que iba a reunirse con sus hijos, los seres amados de su corazón.

En la villa situada en las alturas de Thüringer Wald, buscó refugio con sus hijos y algunos discípulos. Teresita estaba en París recibiendo sus clases de piano y Giovanni quería aprender el violín. Ahora Teresa se disponía a descansar por un largo tiempo.

*

Aquella mañana estaba pensando en los baños que aliviarían su reumatismo cuando notó algo extraño en el ambiente: Arturo, que había llegado de América, se había escondido para sorprenderla. Teresa, al verlo, se olvidó de su reumatismo y corrió a su encuentro, llena de alegría. Ese mismo día resolvieron dar un paseo por Friedrichroda.

Y se hizo imprescindible para Teresa, a quien nombra secretario.

Al comienzo, era el tío de Teresita y Giovanni y luego fue su secretario, a quien Teresa confiaba hasta sus íntimas dudas. Nació un gran afecto fraternal que poco a poco se fue transformando en amor. Un amor tardío, pero que parecía seguro. Un día, resolvieron que debían casarse para que la gente no murmurara. Y la noticia cayó como una bomba en el círculo de sus íntimos. Muchos se retiraron criticándola. Otros pensaron que Teresa buscaba un apoyo en su vejez y le perdonaron que hubiese querido buscarle un padre a sus hijos.

El círculo se cerró tras ellos cuando se efectuó el matrimonio, en el verano de 1902. Arturo había influido para que Teresita regresara al lado de ellos, a su propio hogar. En carta a una amiga, Teresa le habla de su soledad, del vacío de su corazón, y expresa:

Me siento feliz porque al fin he logrado la dicha que he anhelado toda mi vida, la de poseer un corazón sincero, leal y noble que me ayude a través de los pocos años que debo vivir (no pueden ser muchos porque ya estoy vieja), y que comparta conmigo mis angustias y mis alegrías.

Después de celebrada la boda, Teresa nuevamente firmó Carreño-Tagliapietra. La ceremonia se celebró el 30 de junio de 1902 y a ella asistieron Teresita y Giovanni. Los esposos se dirigieron a Tavernola, junto a las tranquilas aguas del lago Iseo.

¿Habría conseguido su felicidad? Arturo la acompañó en sus giras por Finlandia y Rusia, en las cuales no solamente la asistía, sino que la animaba cuando estaba nerviosa. En esta gira, Teresa ejecutó la *Tocata y fuga en re menor*, de Bach.

Teresa era entonces una belleza otoñal que impresionaba al público: aparecía serena, majestuosa, inigualable, conquistando el corazón de la juventud que la cubría de flores.

Arturo la cuidaba, alejaba las preocupaciones y velaba su descanso. Pero no quiso acompañarla más en sus giras: los celos habían comenzado a atormentarle.

La hija, Teresita, empezó a surgir artísticamente y su corazón de madre y artista se estremeció de orgullo. Durante su gira a través de Alemania, Holanda, Inglaterra, Escocia y Polonia, Teresa había ejecutado cincuenta conciertos. Cuando regresó al hogar estaba radiante de felicidad. En Varsovia, el propio Grieg dirigió su *Concierto*, ejecutado por Teresa. El artista le expresó las gracias en una carta, “por el gran honor de tocar su *Concierto para piano y orquesta en la menor* y su *Balada en sol menor*, de tan difícil interpretación”.

Al fin, la paz

Y pasaron los años. La vida de Teresa Carreño, la dulce e inquietante chiquilla, que aseguró una vez que sería artista toda su vida, es una hermosa y esplendente mujer, en pleno otoño de la vida, con sus cabellos plateados, su perfil helénico, su aspecto arrogante, su dulce sonrisa que nunca la abandona ni en los momentos más precarios de su existencia.

Ahora está dispuesta a satisfacer un viejo anhelo: visitar España. En Barcelona y Lisboa, las mujeres llegan al frenesí cuando la oyen. “Las damas lanzaban a la escena flores que llevaban como adorno”. Entre los números que ejecuta Teresa está esta su *Danza venezolana*. Allí se anota dos nuevos triunfos.

Pasa el verano en Vík í Mýrdal, en Islandia, y ensaya el *Concierto para piano n.º 1 en re menor*, de Brahms. Nuevamente en Berlín, enriquece su repertorio musical con obras de Poldini, F. H. Cowen, Amy Beach y Max Reger. Ahora Teresa ejerce una extraordinaria atracción sobre el público.

La muerte de su empresario, Hermann Wolff, acaecida en 1901, es un gran golpe para Teresa y se ve obligada a nombrar como representante particular a *herr* Fernow.

La vida continúa su curso natural: entre el arte y su hogar. Arturo se ocupa de sus contratos, de sus asuntos financieros,

y la alienta en sus dudas y desfallecimientos. La anima en sus anhelos de superación artística. Su espíritu cada día se hace más cosmopolita y continúan las giras por Europa y América.

Parecía que la paz había llegado al fin al hogar. Esta paz no fue alterada durante cinco años consecutivos. Benno Scherek, pianista y empresario, se ofrece para representarle en una gira por Australia y Nueva Zelanda. Y se efectúa la gira en compañía de su marido y sus hijas, Eugenia y Hertha D'Albert. Da cinco conciertos en cada ciudad y obtiene nuevos y resonantes triunfos. Ejecuta a Gottschalk, Vogrich y su propia pieza, *Une revue à Prague*. Pero el clima es fuerte y las lluvias tropicales afectan su salud. Teresa tiene que sufrir, en Melbourne, la operación de un dedo infectado. El médico relata que él estaba más afectado que la misma Teresa cuando la operaba... La sociedad australiana decía que “no había extravagancias ni remilgos en esta dama *siciliana*”. Las mujeres del Club Patriótico de Sídney, le obsequiaron un ramo de orquídeas atados con una cinta roja y otra amarilla. Ante este público, ejecutó a Chopin y a Moszkowski.

En Rotorua, Nueva Zelanda, recibió el agasajo de Maggie y Bella Papakura, finalizando con un coro de niños de la escuela de nativos. Teresa entonces fue invitada a tocar.

La gravedad de su hija Eugenia la obliga a hacer un alto en las islas Fiyi, y cuando corre la noticia de que la gran pianista ha llegado a Suva le piden un concierto para oírla. Con sus nervios destrozados por el insomnio y la angustia, acepta, y obtiene un gran triunfo. Restablecida Eugenia, gracias a la asistencia médica y de un nativo que se consagra a ella, regresa a América, donde la esperan ochenta conciertos que tendrá que ejecutar.

A los tres días de viaje llega a Chicago, donde se anota otro gran triunfo con la Orchestra Hall.

La muerte lenta y cruel del más amado de sus discípulos y colegas, Edward MacDowell, es un tremendo golpe para

Teresa. MacDowell había sido “el primer americano admitido en los programas alemanes, al igual que los compositores de ese país”. Durante su larga y cruel enfermedad había perdido totalmente la memoria y apenas si había reconocido un instante a Teresa, durante su última visita de Navidades. Ella había tocado su *Concierto* con la Orquesta Sinfónica de Boston y ahora, al recordar su tragedia, se turbaba y sufría. El único nombre que pronunció fue “Teresita”.

Corre al año de 1907. Después de esta tragedia de su mejor alumno y amigo, Teresa se propone tocar todas sus obras. Y se alegró mucho cuando la eligieron para que ejecutara su *Segundo Concierto*, en el Memorial Concert, organizado en su honor en Nueva York, el 31 de marzo de 1908.

Teresa incluyó en sus programas la *Keltic Sonata* y, más tarde, la *Trágica*. Después de diecisiete meses casi ininterrumpidos, creyó que necesitaba un largo reposo. La tragedia final de MacDowell la había afectado mucho. Viajaba por el Oeste cuando se efectuaron los funerales y no pudo asistir a ellos.

Nuevamente, regresa a Alemania y se retira a la pequeña ciudad de Oberstdorf, en la Alta Algovia. En una casa cercana instaló su piano, y pasaba la mañana estudiando sin interrupción. Parecía querer aturdirse, arrancar de su vista y de su pensamiento el recuerdo de MacDowell, que “siempre estará en mi corazón y en mi mente mientras viva”.

Las fuerzas de Teresa ya se van agotando. Cada nuevo golpe la afecta profundamente. Siente la necesidad de un descanso y de unas aguas curativas. Se dirige entonces a Bad Gastein. Allí era habitual verla “con sus gruesas botas, una blusa blanca, un sombrero panamá y un bastón, caminando por las calles cercanas, con un aire de indiferencia a las habladurías de quienes no podían reconocer en esta mujer agotada, a la valquiria altiva y majestuosa”.

Mas Teresa no podía olvidarse de sus conciertos. Y comenzó nuevamente el estudio y entrenamiento, una vez que se sintió mejorada. La gira comenzó por Finlandia. Después de la temporada de invierno de los Estados Unidos, visita Australia, Nueva Zelanda, África del Sur y, de regreso a Alemania, pasa por Egipto e Italia. Dieciocho meses duró el viaje, con un total de ciento treinta y dos conciertos. No obstante, estaba quebrada financieramente. Cada vez que viaja se lleva a Arturo, *Mr. Scherek*, sus dos hijas y la institutriz. Teresa los había llevado para que conocieran el sitio escogido para establecer su hogar: un terreno en Grossmont, cerca de San Diego y de su amiga Ernestine Schumann-Heink.

Teresa se siente más enferma cada vez que regresa. En El Cairo, trató de buscar alivio viajando a lomos de un camello por el desierto, pero no es sino en Italia que desaparece su cansancio. Su médico le aconseja reposo absoluto. Los vecinos de Oberstdorf escuchaban todas las mañanas las melodías de la parte del piano del *Quinteto*, de Tanéyev, o el de César Franck; de *Feux follets*, de Liszt, o de la *Sonata para piano n.º 2 en si menor*, de Chopin. A pesar de sus dolores reumáticos, que se acentuaban cada vez más, tenía voluntad de reír. Así le dijo, riendo, a un discípulo: “Muy bien, muy bien, querida. El copiar a otro conduce fácilmente a la caricatura. Lo que es bueno para mí puede no serlo para usted. La interpretación debe salir del corazón”.

En aquellos días, daba largos paseos por los sombríos senderos. Desde las altas ventanas de su apartamento contemplaba las nieblas del atardecer. Le agradaba su aislamiento, contemplar el cielo en las noches silenciosas y recordar los años pasados... Cada día se hacía más melancólica, y una especie de serenidad parecía ganarla.

El próximo viaje lo haría en compañía de Mischa Elman, por las islas Británicas. En la temporada de 1911 no dio sino

cincuenta conciertos, pero se sentía contenta porque regresaba pronto a su hogar y a su paz. El verano de 1912 lo pasa en Grindelwald, Suiza, en el chalé Burgner, en compañía de sus hijas, de Arturo y de uno de sus discípulos. Teresa hacía vida social: servía el té para sus amigos, daba clases a sus alumnos y hacía sus paseos matinales. A este refugio llegó Wilhelm Backhaus a estudiar con Teresa para una futura gira por Gran Bretaña.

Bodas de oro

Y llegó el día de sus bodas de oro como artista. Fue el 21 de noviembre de 1912. Cincuenta años atrás, la hermosa niña, que ya era un prodigio y en quien despuntaba un genio musical, había expresado: “Yo seré una artista toda mi vida”.

Sus amigos querían recordar la fecha y se dispusieron a celebrarla. Organizaron un banquete en el hotel Kairserhof, en Berlín, para doscientas personas, con el fin de rendir un homenaje a la artista venezolana, Teresa Carreño. Arthur Nikisch hizo las invitaciones. Al entrar Teresa al salón, se produjo un gran silencio que fue interrumpido por cálidos aplausos. Teresa sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Tenía el cabello gris con algunos mechones blancos, que hacían de marco a su puro perfil, la tez pálida, la mirada brillante, “llena de la luz del genio que nunca se apagó en ella”. Vestida con un traje de seda azul plata, se dirigió al salón de baile del brazo de su marido. A su lado estaban sus hijas, Eugenia y Hertha. A su izquierda, la soprano wagneriana, Lilli Lehmann. En la mesa se encontraban Christian Sinding, Emil Paur, la “querida Louise”, Edvard Grieg, Johannes Brahms, Hans von Bülow y Antón Rubinstein. A todos los recordó en este homenaje como si estuvieran presentes. A todos los que la habían ayudado a cristalizar sus ideales... Al mirar a Louise Wolff, Teresa levantó su copa y brindó por los ausentes.

Numerosos telegramas y mensajes fueron leídos, los cuales llegaron de todas partes del mundo, de dignidades reales y de antiguos criados. Hubo discursos y poemas recitados por Moritz Moszkowski. El doctor Santos Dominici, embajador de Venezuela, presentó su homenaje a la ilustre compatriota.

Al oír las palabras de Dominici, Teresa recordó la patria lejana, el cuadro enternecedor de sus primeros años en Caracas, en la ciudad de los amplios portalones, de jardines llenos de flores y de calles estrechas y empedradas. ¡Qué lejos estaba todo aquello! Las lágrimas, nuevamente, pugnaron por salir de sus ojos.

Emocionada, dio las gracias por el homenaje con palabras que salían trémulas de sus labios: “Ustedes saben bien que no domino el alemán, pero hay un idioma que todos hablamos: el del corazón”.

Al día siguiente, amaneció algo pesimista. Su espíritu se había sobrecogido con el homenaje rendido en la víspera. A sus discípulos les habló de su anhelo de morir. “He obtenido todo cuanto una artista puede desear. Por más que viva no debo esperar más alto honor, mayor gloria ni más riqueza de lo que tengo hoy”.

Al poco rato había reflexionado con menos amargura: “Todavía hay algo que puedo hacer: ¡enseñar! Si un alpinista que ha escalado alturas peligrosas encuentra a otro en busca del camino, ¿no es su deber indicarle el más corto, fácil y seguro?”.

Su bastón sonó con energía sobre las losas de la calle. ¡Teresa Carreño tenía aún una misión que cumplir! ¡Y volvió a erguirse para seguir adelante!

Sinfonía en gris mayor

Desde entonces comenzó a declinar. ¿Presentía acaso el fin de su carrera? La vida continuaba igual: rodeada de Arturo, el amigo fiel y bueno, sus hijos queridos, sus amigos íntimos. Pero Teresa solo se sentía feliz cuando sabía que había ejecutado bien alguna obra. Todos los años, el primer *Klavierabend* [recital de piano] lo tocaba Teresa. No obstante que todo estaba bien, algo le decía que su misión había concluido, que el fin se acercaba...

Para distraer sus inquietudes daba clases a Teresita, la guiaba en sus conciertos y pareció convencerse de que “en ella había el polvo con que se forman las estrellas”. En una ocasión la madre y la hija tocaron en dos pianos, y el público las aplaudió complacido. Algunos críticos dijeron que Teresita Tagliapietra había crecido musicalmente y que demostraba madurez artística. Pero tenía un temperamento inconstante.

Al fin, la madre tuvo el gusto de asistir a su matrimonio con un joven inglés que seguía estudios de piano. En el otoño nació una niña, la primera nieta de Teresa Carreño. Para que el yerno siguiera sus estudios, Teresa se hizo cargo de la nieta y parecía revivir en ella. Teresita se miró tan desamparada como su propia hija. Los esposos vivían en París mantenidos por Teresa, quien les asignó una pensión para que continuaran sus estudios.

Más tarde se separan; y Teresita viaja a Milán con un nombre supuesto. Luego a Noruega y a Berlín. Y piensa dirigirse a Roma para dedicarse al canto. Teresa no podía dominar sus locuras y sufría viéndola tomar un camino equivocado.

Giovanni, el querido *baby boy* de Teresa, quiere aprender canto y posee una linda voz. Pide ayuda a su madre. En una tierna carta, le escribe sobre su triste situación. ¡Con cuánta amargura habla de la marcha de sus negocios!

En casi todas las ciudades he tenido la mitad de los llenos que tuve la última vez. Hasta ahora no he perdido dinero, pero no gano sino lo necesario para los gastos. Es algo desalentador, ¿verdad? Mientras yo pueda trabajar y ganar, y no te sea posible atender a tus gastos de artista, ahí estaré yo, hijo querido. Si por enfermedad o accidente desaparezco, será entonces cuando no tendrás una madre que vele por ti.

Se queja de su mala salud, pero, siempre animosa, piensa que “mientras no pase de esos límites, la soporto y continuo cumpliendo mis diferentes deberes”.

La vida le reserva todavía algunas tristezas. Cuando se separa de Giovanni, escribe:

¡Con qué tristeza te dejé, querido mío! ¡Deseé quedarme con mi hijo o traérmelo conmigo! Después de todo, ¡qué triste destino el de una madre! ¡Levanta a sus hijos, que cada vez están más cerca de su corazón y le son más queridos, y luego ha de separarse de ellos en el tiempo en que la edad comienza a pesarle, cuando necesita de ellos y de su amor más que nunca!

Ahora vemos a una Teresa Carreño más cerca de nosotros. Es una mujer que parece despojada de su genio, para solo acordarse de que es una infeliz criatura abandonada hasta por sus propios hijos, incomprendida hasta por la carne de su carne. Envía dinero al hijo, que lo despilfarra en el juego, sin un reproche.

Con severidad y ternura maternal le escribe: “Si te hubiera escrito bajo la impresión que me produjo tu carta, lo hubiese hecho con el mismo sentimiento que te afligía, y por ello preferí esperar hasta que pasara un poco esa primera impresión y me sintiera menos desventurada”.

Cuando Giovanni le habla de su primer triunfo, la madre alegre, le escribe:

Sé un verdadero artista, honrado y sincero, lo que solo puede adquirirse por medio de un trabajo serio y continuo. El arte es un goce infinito para el artista y recompensa generosamente todo el trabajo que por él realizamos y todos los sacrificios que le tributamos. Solo un artista puede sentir la satisfacción y la dicha que ofrece en cambio. Los que sirven a su arte honradamente, y no por su propio interés, son los escogidos, los verdaderamente grandes. Y a estos solamente proporciona el arte, multiplicado por mil, la compensación por las horas, días, meses y años de lucha que le han dedicado para alcanzar el más alto ideal.

Le habla de sus viejos recuerdos, cuando era apenas “un niño querido”, de su casa, de su árbol de Navidad, de sus regalos, de su piano... Le habla de Teresita, de su gran talento, y para terminar: “Arturo y yo hemos llegado ayer de Budapest y Viena, donde hube de tocar. Gracias al cielo, tengo ahora diez días de descanso. He trabajado terriblemente en Inglaterra y aquí, pero estoy contenta de haberlo hecho”.

Viaja y toca constantemente: Posen, Breslavia, Praga, Berlín... La carrera es interminable. En todas partes, Teresa se presenta con su misma arrogancia, con su arte inigualable, con su gran personalidad llenando el ambiente, cautivando los corazones. Todavía siguen los conciertos en Viena, Gewandhaus, Leipzig, Múnich, Halle, Colonia, Bonn, Fráncfort, Wiesbaden, Neustadt, Karlsruhe, Stuttgart, Saarbrücken, Greiz, Berlín, Riga, Königsberg. El 4 de abril en París... el 27, en Londres...

Nos parece asistir a una sinfonía en gris mayor. Teresa habla de su pena, porque siente que la salud flaquea y porque “no puede ayudar a sus hijos, Giovanni y Teresita, hasta que alcancen la cumbre”. No habla sino de que debe cuidar su salud, “puesto que es necesario para todos ustedes que yo pueda continuar trabajando.... Si no tomo discípulos, no podremos permitirnos pasar el verano en Salzburgo o en cualquier otro sitio que no sea nuestra casa”.

A su hija Teresita, le suplica que no toque ante sus otras hijas el tema de sus papás... “Deseo que todos ustedes, mis queridos hijos, me recuerden solo a mí en lo relativo a los padres. Y ya que he sido para ustedes madre y padre a la vez, debiera serles fácil recordar que no existió padre alguno”.

Aquel verano lo pasó deliciosamente, en compañía solo de sus hijos y sus discípulos, aspirando el aire de las montañas y en medio de una paz que nada hace presagiar la proximidad de la guerra. Giovanni, quien es un niño romántico, da serenatas a su madre por las noches, y Teresa se siente revivir. Él había llegado a ser una de sus postreras alegrías, las que le hacen olvidar sus dolores físicos.

En 1913 recae Teresa, con un fuerte resfriado, después de un largo viaje. Este resfriado se transforma en influenza y luego en bronquitis. Los médicos le aconsejan un año de reposo. Pero ella no hacía caso, y solo dejó de tocar uno de los cincuenta conciertos programados para aquel invierno. Su gran voluntad la movía de una ciudad a otra. Los que la vieron, en estos últimos años, decían que tenía “un áurea sublime, elevada”. Inspiraba veneración. Y los que la oían encontraban en su arte la sabiduría y la serenidad, frutos de una vida larga y fértil.

Walter Niemann, dice en su estudio:

La Carreño de estos últimos tiempos es la maestra del paisaje, de los íntimos relatos, es la preferida de los *connaisseurs* y *gourmets* del

piano. La de otros tiempos fue maestra de la música al fresco, era la preferida de las masas. La Carreño de hoy merece los mismos honores de la Carreño de antes, cuyo volcánico temperamento envolvió al Viejo y al Nuevo Mundo en el influjo de su hechizo.

Debió haberse sentido como una sinfonía inacabada. Ya su vida era un remanso que anhela solo la paz y el descanso, las pláticas a la luz de la lámpara, el piano suavemente tocado en las noches de nostalgia... Las hijas son ya unas señoritas que se interesan en la pintura y en el canto. Eugenia es una buena madrecita que atiende los deberes de la casa, estudia y prepara a los discípulos para el regreso de mamá... Esa mamá que tanto quiere y admira.

Otra vez la guerra

De regreso de una gira por América, en Oberstdorf, estalla la guerra. Para Teresa esta guerra es una catástrofe: cesan los conciertos y las clases; y para colmo de males, su dinero es retenido por las autoridades alemanas. No tiene dinero ni para vivir, y Teresita es arrestada en el buque que la trae de Malta. Creyó enloquecer. Los contratos fueron cancelados y ella se sumió en la más negra desesperación.

Después de mil torturas debido al cierre de las fronteras, Teresa logra ir a Madrid a dar tres conciertos bajo los auspicios de la Sociedad Filarmónica. La infanta Isabel, tía del rey, permanecía absorta ante la música de Teresa. A la salida, pesca un resfriado y tiene que guardar cama una semana. Debilitada aún por la fiebre, da su segundo recital de piano. Y así tiene que dar el tercero, y uno extra para complacer al público. Más tarde, por invitación real, da un concierto para la reina Victoria, en palacio.

El rey Alfonso la llevó para que viera su retrato en el salón de su madre. Una segunda audición se realiza en un ambiente más íntimo y a petición de la reina madre, quien le obsequió unos broches de oro.

Luego se dirige a Barcelona, ansiosa de recibir noticias de sus hijos. Teresita se encuentra en Lausanne, después de su

tortura mental, producida por el arresto en África del Norte. Ha comprendido que “para hacerse un nombre en Europa no es preciso ser joven, sino grande”. Pero ella está fatigada y llama, en su ayuda, a su madre.

En carta a *Mr. Cochrane*, Teresa escribe:

Mi perspectiva aquí es buena, aún con esta horrible guerra y a pesar de ella. Ya tengo muchas ofertas para la próxima temporada no solo de las diferentes sociedades musicales de Alemania, sino también de las de Escandinavia, Holanda, Suiza y España, la que desea tenerme allí de nuevo.

Entonces considera la conveniencia de radicarse en América y propone a su empresario posponer la gira hasta la temporada 1916-1917.

El verano fue muy activo. Hizo planes para su tratado sobre *Possibilities of Tone Color by the Artistic Use of the Pedal*, y añadió a su repertorio el *Concierto para piano n.º 4 en sol mayor*, de Beethoven.

La temporada que daba comienzo debilitó ya la poca salud de Teresa. Se encontraba en Estocolmo cuando escribió a Arturo sobre su enfermedad. Le habla de sus éxitos, del lleno de los teatros, de sus conciertos en Bergen, Christiania, Gotemburgo, “donde los negocios no fueron tan ventajosos”. Triunfa en Christiania y, a pesar de los críticos, el público le obsequia una corona de laureles. Un aplauso de cinco minutos la mantuvo de pie emocionada.

Artísticamente, Teresa se sentía satisfecha de esta gira de 1915, en la cual recorre el trayecto de Escandinavia a Rumanía, con más de cuarenta conciertos. En casi todos ellos ha tocado la música de Beethoven. Actúa junto con Rosé en tres sonatas para violín y piano de Beethoven, y comparte un concierto con su amiga Lilli Lehmann, que constituye un suceso memorable. Viendo su energía y entusiasmo, un periodista la interrogó: “¿No

se cansa usted nunca?”, a lo que Teresa contestó: “¡Cuando esto suceda, no tocaré más!”.

Pero ya en Bucarest la había amenazado la bronquitis. Sin duda, estaba cansada, y se nota que la mantiene erguida solo su voluntad y la necesidad de ganar dinero para sus hijos. El médico había pronosticado “un año de descanso, de lo contrario, tendrá un colapso nervioso”.

Pero Teresa se siente feliz por varias razones. Una de ellas es que su hijo Giovanni está estudiando a Beethoven, a quien trata de interpretar; otra, que su hija Hertha se ha comprometido con un joven alemán; y la tercera, que ella ha sido nuevamente llamada a España con un jugoso contrato. Pero como no todo es felicidad, una gran amargura la inundó con la noticia de la muerte de su hermano Manuel.

La princesa heredera de Alemania la llamó para agradecerle su ayuda, en favor de las viudas y los huérfanos de la guerra. El concierto lo había dado bajo los auspicios de su excelencia, Von Bülow. Al final, un soldado se le acercó para decirle que lo acompañara al palco de su excelencia, quien deseaba expresarle su agradecimiento. Teresa Carreño se irguió: “Sírvasse decir a su excelencia que no es preciso darme las gracias. Yo hice esto por los soldados”. Y añadió: “Además, si su excelencia, Von Bülow, desea expresarme su aprecio, debe venir a mí, pues soy una mujer”.

Nuevamente, *Mr.* Cochran augura a Teresa una temporada de éxitos en los Estados Unidos. Para aceptarla tuvo primero que guardar sus muebles y cerrar la casa. Mientras lo hacía, murmuró: “Creo que no volveré”, con esa clarividencia que suelen tener algunos privilegiados. Arturo y Teresa tomaron el vapor *Oscar II*, en Dinamarca. Ella viaja con la esperanza de fundar su hogar en Nueva York por algún tiempo y continuar con sus clases.

Al dejar su casa, escribe a un discípulo: “Sentí como si dejara un pedazo de mi corazón al abandonar nuestra vieja casa”. También le participa que su hija Eugenia se ha casado con el teniente Jön Duske.

En el año de 1916, Teresa, nuevamente, tiene la oportunidad de dar clases en su casa. Para estas, usaba tres reglas sencillas: “(I) dominar los principios; (II) saber cómo aplicarlos; (III) aplicarlos”. Dejaba a sus discípulos el derecho de trazar sus propios senderos. Para ella, el progreso de un discípulo era tan interesante como el suyo propio. Les decía que debían seguir sus propias convicciones y expresar sus ideas, tocar fibras sensibles, sin olvidar que lo verdaderamente importante es la música. Acostumbra a sus discípulos a ser buenos oyentes y les decía: “Para comprender la música se le debe oír; para amar la música se le debe oír, y para creer en la música se le debe oír”.

Para Teresa, la música era algo más que un placer: era una abnegación. A sus discípulos les decía que “el arte no es propiamente ejecutar una obra con perfección técnica, sino que implica una entrega total del alma a la causa del compositor”. “Para mí es una empresa seria tocar a Beethoven —expresó—. Cuando ejecuto una de sus sonatas, pronuncio con cada frase una oración para que me conceda interpretarla como él la sentía”.

Odiaba a los que buscaban la profesión con fines interesados. “El arte y el mercantilismo son enemigos declarados”, decía. Ella, en la música, encontraba a su Dios. Y trataba de ser con sus alumnos lo menos académica posible. Les dejaba entrever estas sublimidades que se escapaban de su mundo interior para que ellos las guardaran para sí, sin egoísmos y sin encerrarse en moldes estrechos ni en personalismos.

Las clases las alargaba o las recortaba, de acuerdo al interés y capacidad del alumno. Dejaba que este tuviese confianza en sí mismo y, en ocasiones, ante las muchas repeticiones, le decía:

“No, así no es. Descanse un buen rato. Usted está tocando piano, no paleando nieve”.

Teresa aspiraba a que sus discípulos sintieran la belleza de la música, que fueran conscientes de su misión y que la cumplieran con toda su voluntad.

La madre irremplazable

El 11 de diciembre, Teresa regresó de su gira a pasar las vacaciones al lado de Arturo, quien convalecía de una enfermedad. Había tocado para Woodrow Wilson en la Casa Blanca, y en Kansas City. Un toque de trompetas la saludó al entrar al escenario y el público se puso de pie para aplaudirla. Todos estos gestos la enternecían, pues le recordaban su pasado glorioso.

Ahora la mujer, Teresa Carreño, se conformaba con hacer música, compartir con su marido su tranquilidad y su esperanza en sus hijos.

Una tarde, en la intimidad de su hogar, ante el piano abierto, un periodista le habló de su patria, Venezuela. Teresa se recogió por algunos segundos y expresó: “La he amado a veces por sus desgracias, otras por la generosidad de su naturaleza y siempre como una madre irremplazable. En su seno quiero dormir el sueño de la tierra. Es allí donde deseo que reposen mis cenizas”.

En la penumbra del salón, la voz de Teresa Carreño se fue apagando...

*

Al comenzar la estación volvieron los conciertos; abundaban las clases particulares y las que daría en el American Institute

of Applied Music. En sus últimos años, trabajaba afanosamente sobre un estudio del uso del pedal. Pocas noticias llegaban de sus hijos. En una de ellas, Hertha le pide permiso para casarse con un joven ingeniero, Luis Weber. Teresa le envió sus bendiciones. Era lo que esperaba para dedicarse al descanso. Pero el Chicago Musical College le invitaba a dar un lucrativo curso de verano. Después proyectó una gira que comenzaría por Brasil y Venezuela. Los conciertos de invierno, en Norteamérica, estaban a cargo de Winston & Livingston.

Con esos planes partió contenta para La Habana, donde daría tres conciertos. En Florida, el Club Carreño le rindió honores, y ahí presentó su último concierto antes de partir. Arturo la acompañaba. Viajan en el vapor *Olivette*, cuando de repente se le presenta la enfermedad en toda su gravedad. Comenzó a frotarse los ojos. “¿Qué tendré en los ojos, Arturo? Te veo doble, veo dos sillas y veo dobles todas las cosas”.

Arturo la tranquilizó, y en La Habana consultó al oculista Desvernine, quien les advirtió la gravedad del caso, aconsejándole regresar a Nueva York. Pero Teresa se opuso: si era necesario, tocaría con los ojos vendados. Por la noche, se presentó con su traje azul plata bordado en cuentecillas. Tocó magistralmente, como si fuese la despedida.

Y quiso seguir tocando, porque no se daba cuenta de su gravedad. Cuando llegó a Nueva York, *Mr. Cochran* le dijo a la amiga que vino a recibirla: “Usted ve a su amiga por última vez”.

En La Habana, creyeron que su partida había sido intencionada. El diario *La Noche*, decía sarcásticamente:

¡Singular coincidencia! Lo mismo que Paderewski, Teresa Carreño no pudo dar los conciertos anunciados. Ambos artistas se enfermaron en nuestro saludable clima. Esperamos que la señora Carreño se mejore pronto y que pueda aún, a pesar de su avanzada edad, dar muchos conciertos... ¡en Nueva York!

Pero Teresa estaba herida de gravedad: una parálisis parcial del nervio óptico amenazaba con avanzar. Fue sometida a reposo completo y estricta dieta. Sin embargo, las medicinas prescritas no le hicieron nada. Una postración nerviosa la agotó en pocos días. Una vez más, se sentó al piano para tocar la despedida. Comenzó lentamente a tocar las notas de *El herrero armonioso*, ejecutado en su recital de La Habana. La melodía resonó en la vasta habitación como un canto de adiós. Fue su despedida del arte, esa sublime pasión a la cual había dedicado su vida.

A duras penas, pudo llegar hasta el final... Sí, era su final: el 12 de junio de 1917, se apagaba su luminosa vida.

Eran las siete de la noche.

*

Sus cenizas reposan en el Cementerio General del Sur, en Caracas, desde febrero de 1938; encerrados en una ánfora de bronce, realizada por el escultor venezolano Nicolás Veloz. Así se cumplió su último deseo de “dormir el sueño de la tierra”, en el seno de la “madre irremplazable”...

Bibliografía

MILINOWSKI, Marta

(1953). *Teresa Carreño*. Trad. Luisa Elena Monteverde Basalo. Emecé. Madrid-Caracas.

CALCAÑO, José Antonio

(1939). “Contribución al estudio de la música en Venezuela”. *Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos*, n.º 12. Caracas.

ROJAS, Arístides

(1926). *Estudios históricos*. Serie Primera. Caracas.

PLAZA, Juan Bautista

(1938, 14 de febrero). *Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria consagrada por el Gobierno Nacional a la memoria de Teresa Carreño, con motivo de la repatriación de sus cenizas*. Caracas.

Índice

PRESENTACIÓN	
Carmen Clemente Travieso: entre el periodismo y la historia	7
I. Luisa Cáceres de Arismendi	
Veredicto del Tercer Concurso Femenino Venezolano	17
Nota a la segunda edición	19
Prólogo	21
I	29
II	49
III	57
IV	61
II. Teresa Carreño	
Nota editorial	69
PRESENTACIÓN	
La Agrupación Cultural Femenina y el homenaje a Teresa Carreño	71
El ambiente caraqueño y la tradición musical	81
La revelación del genio	87
La niña prodigio	91

Triunfos en América (<i>Primeros laureles</i>)	93
Teresa conquista París y Londres	101
La carrera musical	109
El regreso a la patria	119
El regreso al hogar	127
La consagración definitiva	129
La madre	135
Giras... Triunfos	139
Nuevamente, el amor	143
Un nuevo fracaso	149
Mamá Berlín y sus hijos	153
Al fin, la paz	167
Bodas de oro	173
Sinfonía en gris mayor	175
Otra vez la guerra	181
La madre irremplazable	187
Bibliografía	191

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,
Piso 21, El Silencio
Caracas -Venezuela 1010

Correos electrónicos
atencional escritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Luisa Cáceres de Arismendi

Teresa Carreño

ENSAYOS BIOGRÁFICOS

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas - Venezuela



Luisa Cáceres de Arismendi, Teresa Carreño / Ensayos biográficos

En esta edición, presentamos a los lectores dos de los ensayos biográficos que forman parte del legado literario de la autora: "Luisa Cáceres de Arismendi, 1795-1866" (ganador del concurso de ensayos promovido por la Asociación Cultural Interamericana en 1942) y "Teresa Carreño, 1853-1917" (publicado en 1953). En ambos, asistimos al retrato intimista y personal, que desde la admiración y el respeto, Carmen Clemente Travieso plasmó de estas ilustres mujeres. Dos biografías que persiguen enaltecer a dos grandes venezolanas, fuente de inspiración, lucha y coraje.

CARMEN CLEMENTE TRAVIESO (Caracas, 1900-1983)

Fue la primera mujer graduada como periodista en la UCV. De espíritu humanista y luchador, su vida estuvo guiada por un elevado sentido ético. Reportera de oficio, Carmen Clemente también se destacó como activista y precursora del movimiento feminista en Venezuela, lo que la lleva a ser cofundadora de la Agrupación Cultural Femenina (1935); militó en el PCV, convirtiéndose en una de las primeras mujeres afiliadas a este partido político; promulgó la reforma del sistema penitenciario, y participó en la creación de la Asociación Venezolana de Periodistas. Dejó tras de sí una importante obra ensayística –en la que prevalece el especial esmero de la autora por reivindicar el legado histórico, cultural y artístico de las mujeres venezolanas–, entre la que se destacan: *Mujeres venezolanas y otros reportajes* (1951); *Las luchas de las mujeres venezolanas* (1962); *Mujeres de la Independencia: seis biografías de mujeres venezolanas* (1964), y *Anécdotas y leyendas de la vieja Caracas* (1971).

